



UPASSANI

ANTON

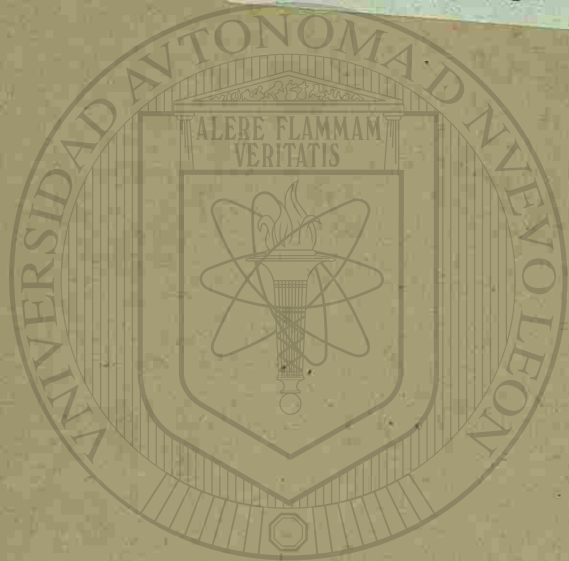
PQ2349

A58

RAULI



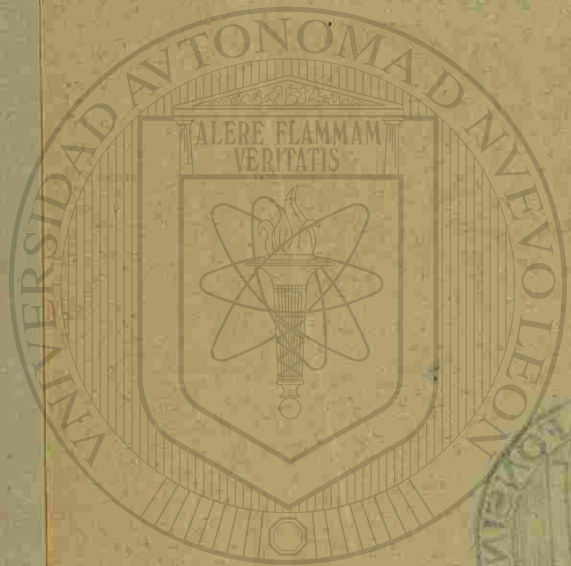
1020026634



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS COMPLETAS
DE
GUY DE MAUPASSANT
(EDICIÓN ILUSTRADA)

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO GONZALEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Auto. _____
Núm. Arg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

CC
M452 am
30505
-8-

Guy

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

Antón.



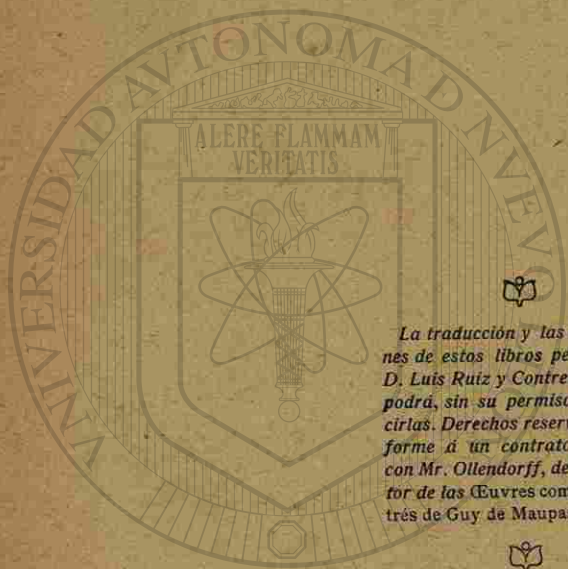
(55 dibujos de Rottembourg, grabados en madera por Lemoyne.)

Madrid 1905

"Ediciones literarias y Artísticas"

099761

30505



La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de Paris, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

843
M.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PQ2349
A58

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



ANTÓN

I

SE le conocía en diez leguas á la redonda. *Triple-Antón*, Antón á secas ó *Antón-Pepino*, que de tantas maneras llamaban las gentes al señor Antonio Machablé, posadero en Tournevent, hizo famoso aquel pobre lugarejo, hundido en un repliegue del valle que se prolonga hasta el mar. Las diez casuchas que lo forman se han guarecido en la hondonada, como se guarecen las alondras en un surco para librarse del huracán, y eran una especie de feudo para el señor Antón, apodado también *Triple-Antón*, aludiendo á su excesiva gordura y á este dicharacho que no se le caía de la boca:

—Mi triple anís, es el primero de Francia.

Otros le apodaron *Antón-Pepino* porque, además de parecerlo por lo rechoncho y abotagado, á cuantos le preguntaban:

—¿Qué podríamos tomar?

Invariablemente respondía:

—Para hacer boca, tengo unos pepinos en vinagre que no los hay mejores: tómalos, yerno.

Solía llamar *yerno* á todos, él, que nunca tuvo hija casada ni por casar.

Sí; conocía todo el mundo á Triple-Antón ó Antón-Pepino, el hombre más obeso, no sólo de la comarca, sino de la región. Su casa parecía irrisoriamente pequeña para hospedarle, y cuando se le veía de pie, junto á la puerta, donde pasaba horas y horas, la gente se preguntaba cómo podía entrar y salir sin gran esfuerzo. Entraba cada vez que aparecía un parroquiano, porque todos los que saboreaban el triple anís de Antón, solían invitarle á vaciar la primera copa.

Su establecimiento lucía este rótulo: *Tertulia de los Amigos*; y, en verdad, el señor Antón era un amigo de toda la comarca. Iban desde Fecamp y desde Montivilliers algunos desocupados para oír sus bromas, pues tenía tanta gracia, que hubiera hecho reír á una lápida sepulcral aquel triple-gordo. Tenía un modo particular de hacer burla de todo el mundo sin enfadar á nadie, una manera propia de guiñar los ojos indicando lo que no decía; y sus accesos de risa, retorciendo el corpachón y gol-

peándose los muslos, alegraban al más hipocondríaco. Además, bebía cuanto le daban, con los ojos alegres, con la doble satisfacción de aumentar la venta y darse un gusto.

Lo más gracioso era verle regañar con su mujer. Una comedia. En treinta y un años de matrimonio, no tuvieron un día de paz, andando siempre á la greña; pero Antón guaseaba mientras ella se ponía furiosa. Era una campesina forzuda, flaca, insolente; ocupándose de sus gallinas y de sus pollos adquirió fama de saber engordarlos.

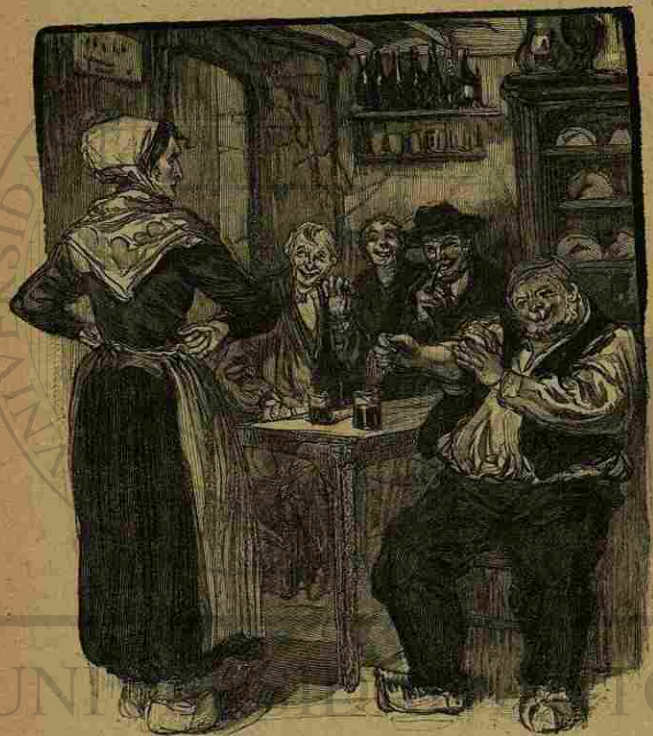
Cuando había comilona en alguna casa principal de Fecamp, nunca faltaban unos pollos comprados en la *Tertulia de los Amigos*.

Era desapacible por naturaleza y ninguna cosa la contentaba. Quejosa de todo, lo estaba principalmente de su marido. La molestaba su alegría, su fama de hombre campechano, su inquebrantable salud, su obesidad. Le miraba despreciativamente al verle ganar dinero sin hacer nada y al verle comer y beber por ocho; no pasaba día sin que le dijera:

—¿No estarías mejor en el establo de los cerdos? Me repugna verte con tantísima grasa.

Y otras veces:

—Aguarda: lo hemos de ver; reventarás cuando menos lo pienses, como un saco viejo.



Antón, riendo con ganas y dándose golpes en el vientre, respondía:

—¡Eh! señora *llueca*: procura engordar así tus pollitos. A ver si lo consigues.

Y arremangándose y luciendo su brazo desnudo proseguía:

—Aquí tienes un alón; míralo, ¿te gusta?

Los parroquianos manoteaban muertos de risa, escupiendo y atragantándose, locos de regocijo.

La mujer, furiosa, gritaba:

—Espera... espera... Ya reventarás como un sacco viejo.

Y entraba en el corral cerrando la puerta, porque la molestaba oír las carcajadas.

En realidad, la gordura de Antón era sorprendente y aumentaba de día en día, cada vez más colorado, más rollizo, con apariencias de una salud sobrehumana.

—Espera un poco... ya veremos lo que sucederá.





II
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Y sucedió que Antón tuvo un ataque de parálisis. Metieron al coloso en una alcobita detrás del mostrador, para que pudiese oír las conversaciones de los parroquianos y hablar con los amigos, porque su cerebro y su lengua estaban expeditos, mientras el enorme corpachón dormía, inmóvil siempre. Al principio se creyó que sus musculosas piernas recobrarían algo del vigor perdido; pero desvanecida toda esperanza, pasó la vida en aquel rincón, del cual una vez á la semana solían sacarle cuatro vecinos para dar lugar á que le hiciesen la cama.

No perdió su jovialidad, pero se mostraba tímido y humilde, temeroso como una criatura de su mujer, la cual repetía constantemente:

—Ahí lo tenéis... Inútil para todo... Comías como un cerdo... ¡No podía suceder otra cosa!

El no replicaba; solamente guiñaba sus ojos cuando ella no lo veía. Su distracción única era oír las conversaciones y dialogar á través del tabique.

—Hola, mi yerno, ¿eres Celestino?

—Sí. ¿Qué haces en esa pocilga? ¿Cuándo echas á correr?

—Correr precisamente, no; pero ni adelgazo ni se me ablandan las carnes; ¡buena madera!

Más adelante hizo entrar á sus íntimos, aun cuando le desconsolaba que bebieran sin poder acompañarles.

—Mi único duelo: no catarlo ¡ni siquiera olerlo! Y la voz chillona de la mujer, gritaba:

—Ya le veis ¡hay que darle de comer, hay que lavarle como á un cerdo!

A veces un gallo de plumas rojas entraba por la ventana observándolo todo y lanzando un cacareo; y otras veces los pollos persiguiéndose y revoloteando, subían á la cama ó buscaban por el suelo migas de pan.

Todos los amigos, poco á poco, sin distinción, fueron entrando y sentándose alrededor del gordo. Paralítico y todo, el famoso guasón les divertía. ¡Hubiera hecho reír al diablo! Tres, no faltaban jamás. Celestino Maloísel, muy seco y algo torcido, como un tronco de manzano. Próspero Horslaville, pequeño, flaco, muy zorro, con las narices como un hurón, y Cesáreo Paumelle, que no hablaba nunca, pero que, sin embargo, se divertía grandemente.

Entraban una tabla del patio y sobre la cama

jugaban al dominó, desde las dos hasta las seis.

Pero la mujer se ponía insoportable. No podía tolerar que su marido continuara divirtiéndose y que los otros jugaran allí. En lo más interesante de una partida, como pudiera, daba un meneo á la tabla, recogía las fichas y las ponía en una mesa del establecimiento, diciendo que ya era bastante mantener un vago, sin buscarle distracciones, lo cual parecía un insulto para las pobres gentes que trabajan sin cesar ganando lo que se comen.

Celestino y Cesáreo bajaban la cabeza; pero Próspero, divertido con las cóleras de la mujer, las provocaba.

Un día, viéndola más furiosa que de costumbre, dijo:

—¿Sabes lo que haría yo en tu pellejo?

Ella esperó que se lo explicara, clavando en él sus ojos de lechuza.

—Pues, como Antón-Pepino tiene tanto calor en la cama, le haría empollar huevos.

Ella quedó indecisa, temiendo la burla, y observando el rostro del campesino, el cual prosiguió:

—Yo le pondría cinco debajo de cada brazo, al mismo tiempo de apartar una llueca. Y nacerían igual. En cuanto salieran del cascarón los pollos



que Antón hubiese incubado, mezclándolos con los de la llueca se criarían perfectamente.

La mujer, algo incrédula, preguntó:

—¿Es posible?

—¿Por qué no ha de ser posible? Lo mismo que

salen pollos de una incubadora, de un cajón caliente, pueden salir de una cama. Todo es que haya calor.



Este razonamiento fué bastante para convencerla.

Y á los ocho días, entró en el cuarto de su marido con el delantal lleno de huevos.

—Acabo de apartar á la parda con diez huevos; ahí tienes otros diez para ti. ¡Cuidadito con romper alguno!

Antón, asombrado, preguntó:

—¿Pero qué piensas?

—Que sirvas de algo: incuba.

El paralítico reía, y acabó por enfadarse al ver la insistencia de su esposa; resistió, negándose resueltamente á consentirlo, hasta que «la Furia» declaró:

—No comerás mientras no lo hagas; veremos lo que sucede.

Antón callaba inquieto.

A medio día, gritó:

—¿No está hecho el guisado?

La mujer dijo á voces desde la cocina:

—No hay guisado para los cerdos.

Antón supuso que sería una broma, y después de aguardar inútilmente, suplicó, amenazó, desesperóse, dió golpes en la pared con la cabeza... y al fin tuvo que resignarse, que admitir los cinco huevos en cada sobaco.

Entonces ella le dió la comida.

Cuando sus amigos entraron por la tarde, creyeron que se agravaba la dolencia de Antón; estaba inquieto, sofocado.

Pusieron la tabla y jugaron al dominó como to-

dos los días. Pero Antón movía los brazos con mucha dificultad, con precauciones infinitas.

—¿Se te ha corrido arriba el parálisis? — preguntó Próspero.

—Siento una pesadez en la espalda...

Entraban dos hombres en el establecimiento; los jugadores callaron. Eran el señor alcalde y un concejal. Pidieron dos copas del triple y continuaron la conversación que traían. Como hablaban muy bajo, Antón quiso levantar la cabeza para oír mejor, hizo un movimiento brusco sin acordarse de los huevos, y... ¡no fué mala tortilla!

Sintiendo la humedad, soltó un taco redondo, la mujer acudió, adivinando en seguida la catástrofe. Un momento estuvo inmóvil, demasiado sofoca-



da para expresar su indignación; luego, acercándose más al paralítico, empezó á golpearle.

Antón callaba, y no se movía por no estropear los cinco huevos del otro lado que no se habían roto; además, creía necesaria mucha prudencia; pero sus tres amigos reían á mandíbula batiente, chillando, tosiendo, sonándose, como locos.



LA mala pécora le venció: Antón vióse obligado á prescindir del juego y atender sólo á la incubación. Su esposa le castigaba duramente, dejándole sin comida; y, para no pasar hambres, el desdichado ni se movía, ni alzaba la voz, temeroso á cada instante de un contratiempo. Preocupábale mucho la gallina parda, llueca entonces ¡como él!, y decía:

—¿Hoy, come?

La mujer no paraba: del gallinero al cuarto de Antón, y del cuarto al gallinero, poseída por la preocupación de los huevos incubados en la cama y en el nido.

Los campesinos de la comarca iban á preguntar por Antón, curiosos y serios. Entraban despacio y decían:

—¿Sigues bien?

—Muy bien; pero el calor me sofoca, y me dan hormigueos...

—¿Cuándo sales de tu cuidado?

—No lo sé; no lo sé.

Una mañana, entró la mujer en el cuarto, diciendo, muy conmovida:

—¡La parda tiene siete polluelos!

Antón, preguntó con ansia, con angustia, como una primeriza en vísperas de ser madre:

—¿De manera que falta poco?

La mujer, temerosa de un mal resultado, respondió con dureza:

—¡Ya lo veremos!

Aguardaron. Los amigos que sabían la proximidad del suceso, llegaban con alguna inquietud.

Se hablaba de lo mismo en todas las casas. Iban los vecinos enterándose de puerta en puerta.

El gordo se amodorró á eso de las tres. Dormía. Le despertó un cosquilleo inexplicable en el sobaco derecho. Llevó al sitio la mano izquierda, y palpó un animalillo cubierto de plumas.

Emocionado profundamente, gritó de tal modo que invadieron su alcoba todos los parroquianos que llenaban á tal hora el establecimiento; hicieron círculo alrededor como si fuesen á presenciar unos títeres, y la mujer, acercándose, cogió al animalito sobre las propias barbas de Antón.

Reinaba entre los presentes un silencio profundo.



Era un día caluroso de Abril, y por la ventana se oía el cloqueo de la gallina parda llamando á los recién nacidos.

Antón, que sudaba de angustia, de afán y de inquietud, murmuró:

—Ya siento salir otro en el brazo izquierdo:

La mujer hundió en la cama su mano descarnada y sacó el segundo pollito, con precauciones de comadrona.

Todos los vecinos querían ver aquello y contemplaban el pollo de gallina como si fuera un fenómeno.

Durante veinte minutos, no pasó nada; luego, cuatro picaron á la vez el cascarón.

Hubo rumores de asombro entre los que presenciaban el extraño suceso y Antón sonrió, empezando á enorgullecerse de aquella paternidad inesperada.

Lo cierto es que no se había visto nada semejante.

El gordo anunció:

—Ya llevo seis; ¡qué bautizo!

Y le rieron mucho la gracia.

Desde que asaltaron la alcoba los que se hallaban reunidos en el establecimiento, poco á poco se había ido llenando la tienda otra vez y al aire libre aguardaban muchos más. Todos repetían:

—¿Cuántos han salido?

—¡Ya tiene seis!

La mujer llevó á la llueca este incremento de la familia y la pobre llueca erizaba sus plumas y extendía las alas para dar abrigo á la prole que de tal modo aumentaba.

—¡Ya tenemos otro!—gritó regocijándose Antón.

Pero se había equivocado. No era otro: eran tres más. ¡Un triunfo! El último rompió su cascarón á las siete. ¡Los diez habían salido! Y el gordo, borracho de alegría, besó al último, con tanta efusión, que á poco más lo espachurra entre sus labios. Quería quedárselo en la cama toda la noche, dominado por una ternura de madre hacia el pobre ser que le debía la vida; pero la mala pécora se lo llevó, como se había llevado los otros, desoyendo la súplica del marido.

Los testigos de aquel suceso iban retirándose, comentándolo; Próspero quedó el último; é hizo al gordo esta pregunta:

—¿Me convidas, para cuando estén ya cebados, á comer uno con tomate?

La idea sublime de comer un pollo con tomate, iluminó el semblante de Antón, el *Triple-Antón*, y con sincero entusiasmo repuso:

—¡Vaya si te convido! Quedas convidado para lo que dices, yerno.



EL HOMBRE-FEMENINO

CUANTAS veces oímos decir: «Es un hombre muy agradable; pero tiene cosas de mujer.» Y en verdad, existe un hombre-femenino, la peste de nuestro país.

Porque todos en Francia somos algo femeninos, es decir: inconstantes, antojadizos, inocentemente pérfidos, sin arraigo en las convicciones ni en la voluntad, violentos y débiles como las mujeres.

Pero el más irritante de los hombres-femeninos es el parisiense, el boulevardier, con revelantes asomos de inteligencia, y que reúne, agrandados por su temperamento, defectos y seducciones de las más encantadoras perdidas. En la cámara de los diputados abundan los hombres-femeninos; forman la gran mayoría de oportunistas amables que se podían llamar «seductores». Conquistán con palabras dulces y promesas engañosas: oprimen las manos de un modo que cautiva el corazón; llaman «querido

La mujer llevó á la llueca este incremento de la familia y la pobre llueca erizaba sus plumas y extendía las alas para dar abrigo á la prole que de tal modo aumentaba.

—¡Ya tenemos otro!—gritó regocijándose Antón.

Pero se había equivocado. No era otro: eran tres más. ¡Un triunfo! El último rompió su cascarón á las siete. ¡Los diez habían salido! Y el gordo, borracho de alegría, besó al último, con tanta efusión, que á poco más lo espachurra entre sus labios. Quería quedárselo en la cama toda la noche, dominado por una ternura de madre hacia el pobre ser que le debía la vida; pero la mala pécora se lo llevó, como se había llevado los otros, desoyendo la súplica del marido.

Los testigos de aquel suceso iban retirándose, comentándolo; Próspero quedó el último; é hizo al gordo esta pregunta:

—¿Me convidas, para cuando estén ya cebados, á comer uno con tomate?

La idea sublime de comer un pollo con tomate, iluminó el semblante de Antón, el *Triple-Antón*, y con sincero entusiasmo repuso:

—¡Vaya si te convido! Quedas convidado para lo que dices, yerno.



EL HOMBRE-FEMENINO

CUÁNTAS veces oímos decir: «Es un hombre muy agradable; pero tiene cosas de mujer.» Y en verdad, existe un hombre-femenino, la peste de nuestro país.

Porque todos en Francia somos algo femeninos, es decir: inconstantes, antojadizos, inocentemente pérfidos, sin arraigo en las convicciones ni en la voluntad, violentos y débiles como las mujeres.

Pero el más irritante de los hombres-femeninos es el parisiense, el boulevardier, con revelantes asomos de inteligencia, y que reúne, agrandados por su temperamento, defectos y seducciones de las más encantadoras perdidas. En la cámara de los diputados abundan los hombres-femeninos; forman la gran mayoría de oportunistas amables que se podían llamar «seductores». Conquistán con palabras dulces y promesas engañosas: oprimen las manos de un modo que cautiva el corazón; llaman «querido

amigo» de una manera delicada y sentimental á quien desconocen por completo; cambian de opinión sin repararlo y exaltan cualquier idea nueva; son



muy sinceros en su constancia de vele- ta y se dejan enga- ñar tan fácilmen- te como engañan, poseyendo el arte de olvidar hoy todo lo que afir- maron ayer.

En las redac- ciones de los periódicos tam- bién abundan los hombres- femeninos, y es, acaso, don- de son más necesarios. Todo buen periodista debe hallarse dispuesto á dejarse conquistar por el pú- blico, á seguir sus opiniones, ondulantes y varias, escéptico y crédulo, perverso y bondadoso, irónico y bonachón, siempre convencido y sin creer nunca en nada.

Los extranjeros—ingleses y alemanes principal-

mente—nos acusan de ligereza. No somos ligeros, no: somos femeninos. Y, por esta razón, á pesar de nuestros defectos, nos quieren, y hablando mal de nosotros, vuelven á nosotros.. ¡Desavenencias de amantes!

El hombre-femenino, tal como se nos presenta en sociedad, es tan encantador que, á las primeras palabras, conquista. Sonriendo, atrae. Su voz tiene un timbre soberanamente halagador. Habiéndole visto una sola vez, parece que se le conoce de mu- chos años. Cualquiera le fía; seduce como una mujer.

Si comete alguna incorrección, se le perdona y nunca se le guarda ojeriza. Muy al contrario: se desea verle de nuevo. Si da excusas, obliga casi á pedirle perdón; si miente, no se le contradice, y sus promesas más livianas valen como un servicio de- licado.

Cuando admira, lo hace con tanta efusión que impone á los demás aquellas convicciones de un momento. Sus alabanzas no admiten paliativos; el más pequeño reparo le pondría furioso. Pero, cuando su desprecio cae sobre algo, su desdén es infinito y no es posible sostener sin irritarle aquello que sus palabras derriban.

Oímos, al pasar, cómo hablan dos mujeres:

—¿Has regañado con Julia?

—Sí; le puse los cinco en la cara.

—¿Qué te había hecho?

—Nada; pero dijo á Paula que yo busconeaba casi todo el año, y Paula se lo dijo á Gontran. ¿Comprendes?

—¿No vivíais juntas en la calle de Chauzel?

—Vivíamos juntas hace tres años en la calle de Breda; luego reñimos por unas ligas; dijo que me las puse, y no era verdad; y la dí una somanta. Entonces me dejó. La encontré hace seis meses, y me dijo que fuese á vivir con ella, porque tenía una casa muy grande...

.....
Se pierden las voces á lo lejos.

Pero, al domingo siguiente, suben al vagón que ha de conducirnos á Saint-Germain, dos muchachas. Una es Julia y la otra... su enemiga.

Todo son zalamerías, ternuras, proyectos: «Dime, Julia... Oye, Julia...» Etc., etc.

El hombre-femenino, tiene intimidades parecidas. Durante un trimestre no puede apartarse de su amigo Jacobo, de su buen Jacobo. Para él no hay otra persona en el mundo. Solamente Jacobo tiene gracia, talento, distinción, agudeza, buen sentido.

Nadie le alcanza, nadie se le parece. Van juntos á todas partes; comen juntos, pasean juntos y cada noche se acompañan diez veces de la puerta del uno á la del otro, no sabiendo cómo despedirse: ¡inseparables!

Si hablamos de Jacobo al hombre-femenino al cabo de tres meses, nos dice:

—¡Ya le conocí! Es un caprichoso, un sinvergüenza. Hombre de poco fuste y de mala educación; etc., etc.

Pero en cuanto pase otro trimestre, los veremos juntos, viviendo juntos. Más tarde recibiremos la noticia de que se han batido en duelo y que luego se abrazaron tiernamente.

Volvieron á ser los mejores amigos del mundo; la mitad del año se calumnian y la otra mitad se acarician. Alternativamente, se oprimen las manos hasta el punto de magullárselas, ó se aprestan á sacarse las tripas.

Porque las amistades entre los hombres femeninos dependen á cada punto de mil eventualidades, tienen sacudidas y notables diferencias de humor, su exaltación ofrece sorpresas y su entusiasmo eclipses. Un día desprecian lo que poco antes acariciaban; y otra día sienten inmensa ternura por lo que fué causa de su desprecio. Su naturaleza, sus

atracciones y su veleidad: todo es femenino. Atraen y admiran como las mujeres.

Tratan á sus amigos como las entretenidas á sus perros. Un amigo es para esa clase de hombres el gozquecillo adorado á quien se acaricia, dándole terrones de azúcar y poniéndole á dormir sobre las mismas almohadas en que descansan la cabeza. Pero, en un momento de humor irascible, son capaces de tirarlo por la ventana, de hacerlo girar agarrándolo por la cola, de ahogarlo sin piedad en un cubo.

Nada tan extraordinario como las ternezas de una mujer y de un hombre femenino. El pega y ella muerde ó araña. Odianse los dos y no saben vivir el uno sin el otro. Ella es liviana y él sollozando la perdona. El acepta el bienestar que otro sostiene, y se juzga, de buena fe, irreprochable. Se adoran y se desprecian. Sufren y se hacen sufrir, ligados irremisiblemente por un lazo fascinador y odioso. Día y noche se injurian y se acarician, mezclando sus besos vibrantes y sus acusaciones abominables.

El hombre-femenino es valeroso y cobarde á un tiempo. Vive como ninguno exaltando el sentimiento del honor, pero carece de honradez, y si las circunstancias le impulsan, padecerá horribles desfa-

llecimientos y cometerá infamias, tal vez sin darse cuenta, porque obedece á las constantes oscilaciones de su pensamiento dominador.

Dejar cuentas pendientes lo juzga muy admisible, casi razonable; le parece lo más natural, y hasta distinguido, no satisfacer sus deudas, exceptuando las de juego, es decir, las más discutibles, que se llaman «deudas de honor».

Engañará con arreglo á ciertas artimañas consentidas, y cuando le falte dinero lo buscará sin escrúpulos por todos los medios posibles. Pero matará, sinceramente indignado, á quien se permita pensar que todo eso indica poca delicadeza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Av. 1625 MONTERREY, MEXICO



UN HARAGAN

Á Simón Bombard, con frecuencia le resultaba desagradable la vida.

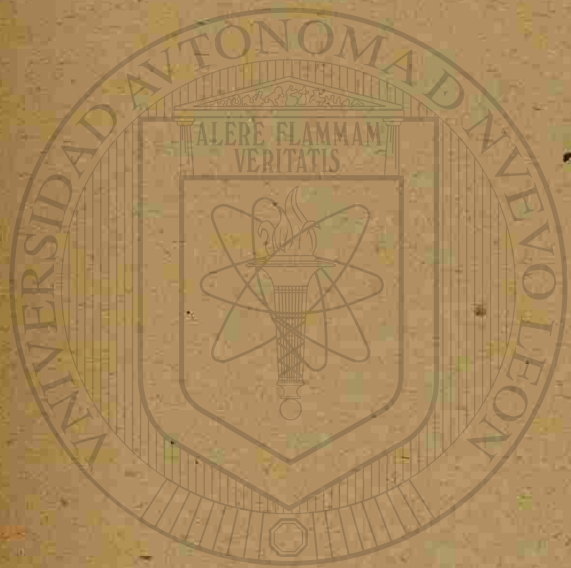
Nació con una increíble aptitud para la holganza y con un deseo inmoderado de no contrariar esta vocación.

Todo esfuerzo moral ó físico, todo movimiento realizado para satisfacer un trabajo, le parecía superior á sus fuerzas. En cuanto se hablaba en su presencia de un asunto serio, el pensamiento de Bombard se distraía; era incapaz de profundizar nada, ni siquiera de poner su atención fija en nada.

Hijo de un tendero de novedades de Caen, había escapado muy dulcemente, como decían los de su familia, hasta los veinticinco años.

Pero como sus padres vivieron siempre más próximos de la quiebra que de la fortuna, pasó grandes apuros y escaseces de dinero.

Alto, fornido, guapo mozo, con patillas rojas al



UN HARAGAN

Á Simón Bombard, con frecuencia le resultaba desagradable la vida.

Nació con una increíble aptitud para la holganza y con un deseo inmoderado de no contrariar esta vocación.

Todo esfuerzo moral ó físico, todo movimiento realizado para satisfacer un trabajo, le parecía superior á sus fuerzas. En cuanto se hablaba en su presencia de un asunto serio, el pensamiento de Bombard se distraía; era incapaz de profundizar nada, ni siquiera de poner su atención fija en nada.

Hijo de un tendero de novedades de Caen, había escapado muy dulcemente, como decían los de su familia, hasta los veinticinco años.

Pero como sus padres vivieron siempre más próximos de la quiebra que de la fortuna, pasó grandes apuros y escaseces de dinero.

Alto, fornido, guapo mozo, con patillas rojas al

uso normando, la tez sonrosada, los ojos azules, alegre y simple, insinuándosele—acaso por el género de vida que llevaba— la curva de la felicidad: vestía con una elegancia estrepitosa de provinciano en día de fiesta. Reía, gritaba, gesticulaba por cualquier cosa, mostrando un buen humor alborotado, con la desenvoltura de un viajante. Imaginaba que la vida sirve sólo para pindonguear y bromear, y en cuanto las circunstancias le obligaban á refrenar su alegría ruidosa, caía en una especie de somnolencia estúpida, pues era incapaz hasta de la tristeza.

Sus necesidades, los apuros monetarios, le inquietaban, y solía repetir una frase que se hizo famosa entre todos los que le conocieron:

—Por diez mil francos de renta, soy verdugo.

Iba todos los años á pasar quince días en Trouville, y á esto le llamaba «su veraneo».

Instalábase, de convidado, en casa de unos primos que le cedían una alcoba, y desde que llegaba hasta que se iba, diariamente no hacía más que pasear por el tablado que bordea la playa.

Andaba satisfecho y erguido, llevando las manos en los bolsillos ó cruzadas atrás, vistiendo siempre trajes holgados, chalecos claros y corbatas llamativas; llevando el sombrero ladeado y un puro de cinco céntimos en la boca.

Rozábase con las mujeres elegantes, y era impertinente con los hombres, como un «guapo» siempre



dispuesto á todo, buscando siempre... buscando...
Porque no hay duda que buscaba.

Sí; buscaba una mujer, contando para seducirla con su arrogancia, con su físico; había calculado:

—¡Qué demonio! Entre las muchas que van á Trouville, acabaré por encontrar la que necesito.

Y buscaba, olisqueando como un perro pachón, con sus narices de normando, seguro de que al fin hallaría su fortuna. Verla y adivinarla.

Un lunes por la mañana, murmuró:

—¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno!

Hacía un tiempo magnífico, uno de esos días dorados y azules del mes de Julio, en que todo se vuelve calor. La extensa playa, cubierta de gente, con los colores de los trajes y de las sombrillas, parecía un jardín; un jardín donde cada flor, cada capullo, fuese una mujer; y las barcas pescadoras, con sus velas oscuras, adormecidas, reflejando en el agua su inmovilidad, recibían una lluvia de sol. Eran las diez; y unas más cerca, otras más lejos del muelle de madera; pero todas paradas, parecían rendidas por el bochorno de un día de verano, demasiado perezosas para lanzarse á alta mar ó para recogerse en el puerto. Y, á lo lejos, asomaba vagamente, dibujada entre las brumas, la costa del Havre, sobre cuyas alturas divisábanse dos puntos blancos: los faros de Saint-Adreisse.

Bombard había pensado: «¡Bueno! ¡bueno! ¡bue-

no!» al encontrarla por tercera vez, sintiendo clavados en él aquellos ojos de mujer madura, experimentada y atrevida, que se ofrece.

Ya se había fijado en ella días antes, porque también ella parecía buscar algo. Era una inglesa, de buena estatura, delgada; la inglesa audaz que se ha convertido, por especiales circunstancias, viajando mucho, en una especie de hombre. No era desagradable; andaba resueltamente, pero á pasos cortos; vestía con sencillez, pero adornaba su cabeza de un modo extravagante, como todas acostumbran. Tenía buenos ojos, los pómulos bastante salientes, bastante arrebolados; los dientes muy largos, y los mostraba de continuo.

Al llegar cerca del puerto, Bombard retrocedió con la esperanza de verla nuevamente. Al cruzarse con ella la cubrió con una mirada encendida, con una mirada que parecía decir:

—Aquí me tienes.

¿Pero cómo entablar conversación?

La vió por quinta vez, y cuando estaban ya cerca el uno del otro, ella dejó caer la sombrilla.

El se apresuró á recogerla, diciendo:

—Permítame usted, señora...

Y ella respondió:

—Es usted muy amable, caballero.

Se miraron, sin ocurrírsele á ninguno cómo empezar una conversación. Ella se había ruborizado.



Entonces, envalentonándose, Bombard insinuó:

—Hace un hermoso tiempo.

Ella repuso:

—¡Ah! Muy hermoso.

Y volvieron á quedar en silencio, mirándose, turbados, y sin pensar en apartarse el uno del otro. Al fin ella tuvo el atrevimiento de preguntar:

—¿Ha venido usted para mucho tiempo á esta playa?

El, sonriendo, contestó:

—Sólo de usted depende.

Y, bruscamente, propuso:

—Vayamos al muelle. ¡Oh! El mar es hermoso en días así.

Ella dijo, sencillamente.

—Sí, vayamos.

Y avanzaron juntos: ella rígida, él balanceándose como un pavo que hace la rueda.

A los tres meses, algunos comerciantes de Caen recibieron una esquila que decía:

En una página:

El señor y la señora de Bombard tienen el honor de participar á usted el efectuado enlace de su hijo Simón, con la señora viuda Kate Robertson.

Y en la otra:

La señora viuda Kate Robertson tiene el honor de participar á usted su efectuado enlace con el señor Bombard.

Se instalaron en París.

La fortuna de la novia producía 15.000 francos de renta saneada. Simón quería 400 francos men-

suales para su bolsillo particular; y para lograrlo, probó que su ternura merecía aquel derroche; lo probó con facilidad y obtuvo lo que deseaba.

Todo fué bien al principio. La frescura de la señora Bombard, que no era ya muy joven, había sufrido grandes averías; pero ella tenía una manera de pedir las cosas que imposibilitaba en absoluto al marido para negarlas.

Decía con su expresión voluntariosa y grave:

—Simón, vámonos á la cama.

Y Simón iba tras ella como un perro cuando le mandan entrar en la casilla.

Ella sabía ordenar en todo, así de noche como de día, con autoridad que no admite resistencia.

Nunca se incomodaba, no daba escándalos ni quejas; no levantaba nunca la voz; nunca mostraba disgusto, enfado, ni siquiera molestia; sabía decir las cosas y hablaba oportunamente, de tal modo, que sus proposiciones jamás admitían réplica.

Más de una vez, Simón estuvo á punto de dudar; pero ante los deseos imperiosos y definitivos de aquella mujer extraña, cedía siempre.

Sin embargo, como le resultaban monótonas y angulosas las caricias conyugales y como llevaba en el bolsillo dinero suficiente para darse un gusto, se

pagó repetidas veces otras dichas, pero siempre con mil precauciones.

La señora pudo notar lo sin que Bombard supiera cómo, y cuando menos lo esperaba el marido, le anunció que había tomado una casa en Mantes, donde vivirían en lo porvenir.

La existencia se hizo más dura. Simón probó algunas diversiones, que nunca le compensaron la necesidad y el gusto de tratos femeninos que le pedía el cuerpo.

Pescador de caña, supo distinguir dónde abundan los gubios, qué lugares prefieren las carpas, los pastos favoritos de la brena y los diversos cebos que gustan más á varios peces.

Pero mirando el corcho á flor de agua, otras visiones atormentaban su espíritu.

Se hizo amigo del oficial primero de la subprefectura y del capitán de gendarmes; jugaban al whist en el café del Comercio, pero sus ojos tristes desnudaban á la reina de trébol y á la sota de cuadro, mientras el problema de las piernas ausentes, en aquellas figuras de dos cabezas, embrollaba del todo los delirios de su imaginación.

Entonces concibió su plan, un verdadero plan de normando ladino, logrando que la inglesa tomase una criada que le convenia; no una mujer bonita,



coqueta y acicalada, sino una mocetona robusta y gruesa, que no despertaría sospechas y que ya estaba dispuesta para realizar sus proyectos.

Le fué cedida y recomendada por el recaudador de contribuciones, un amigo complaciente y cómplice, que la garantizaba en todos conceptos. Y la señora Bombard aceptó sin reparo á la nueva criada.

Simón era feliz; con muchas precauciones, con dificultades increíbles, con sustos infinitos.

Solamente podía librarse de la vigilancia marital durante cortos instantes, y sin tranquilidad absoluta.

Buscaba un recurso, una estratagema, y acabó por encontrar una que le parecía maravillosa.

La señora, no sabiendo qué hacer, se acostaba pronto, mientras que Bombard, jugando al whist en el café del Comercio, se retiraba todos los días á las nueve y media en punto. Imaginó que Victoria, la criada, le aguardase de noche al pie de la escalera, en el vestíbulo, á obscuras.

A pesar de todo, nunca empleaba más de cinco minutos en estas alegrías, temeroso de una sorpresa; pero, al fin, cinco minutos bastaban para satisfacerle, y, de cuando en cuando, regalaba un luis de oro á la moza, pues era espléndido en sus aventuras.

Reía del engaño y triunfaba, repitiendo en alta voz, como el barbero del rey Midas en los cañaverales del río, pescando:

—Ya cayó uno más, patrona.



Y el placer del engaño le compensaba de todo lo que había de incompleto y de vulgar en el goce.

Pero, cierta noche halló como de costumbre, á Victoria en el vestíbulo, aguardándole al pie de la escalera. Ella estaba sin duda más animada que solía, y este atractivo le hizo prolongar hasta diez minutos el entretenimiento.

Quando entró en la alcoba conyugal, no vió allí

á la señora. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, y vencido por una cruel angustia, se aplomó en una butaca.

La mujer apareció con una bujía en la mano.

El marido preguntó estremeciéndose:

—¿De dónde vienes?

Ella respondió tranquilamente:

—De la cocina, de beber un vaso de agua.

Bombard hizo lo posible por tranquilizarse; la inglesa mostróse dichosa y confiada. Esto le animó.

Quando entraron en el comedor, á la mañana siguiente, para tomar su almuerzo, Victoria puso en la mesa un plato de chuletas.

La señora Bombard, dándole un luis de oro que llevaba en la mano, dijo con voz tranquila y grave:

—Toma, hija mía: toma los veinte francos de anoche, que te había cogido. Te los devuelvo.

La muchacha, sorprendida, estúpida, tomó la moneda, mientras Bombard, aterrado, abría unos ojos enormes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESCARMENTADO

EN su oficina, Mongilet pasaba por ser un tipo raro. Viejo, antiguo en la casa y bondadoso, no había salido de París más que una vez en su vida.

Estábamos á fines de Julio, y cada cual, los domingos, iba á echarse sobre la hierba ó á remojarse en los baños del río. Asnieres, Argenteuil, Chatou, Bougival, Maisons, Poissy, tenían sus adeptos y sus fanáticos. Se discutían con pasión los méritos y las ventajas de todos estos lugares, célebres y deliciosos para los empleados de París.

Mongilet, exclamaba:

—¡Rebaño de corderos de Panurgo! ¡Bonita es vuestra campiña!

Todos le preguntábamos:

—Oiga usted, señor Mongilet: ¿Por qué no sale usted nunca para pasear por el campo?

—¡Jamás! Yo me paseo en ómnibus los días de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESCARMENTADO

EN su oficina, Mongilet pasaba por ser un tipo raro. Viejo, antiguo en la casa y bondadoso, no había salido de París más que una vez en su vida.

Estábamos á fines de Julio, y cada cual, los domingos, iba á echarse sobre la hierba ó á remojarse en los baños del río. Asnieres, Argenteuil, Chatou, Bougival, Maisons, Poissy, tenían sus adeptos y sus fanáticos. Se discutían con pasión los méritos y las ventajas de todos estos lugares, célebres y deliciosos para los empleados de París.

Mongilet, exclamaba:

—¡Rebaño de corderos de Panurgo! ¡Bonita es vuestra campiña!

Todos le preguntábamos:

—Oiga usted, señor Mongilet: ¿Por qué no sale usted nunca para pasear por el campo?

—¡Jamás! Yo me paseo en ómnibus los días de

fiesta. Cuando he almorzado bien y reposadamente en la taberna que hay debajo de mi casa, trazo mi itinerario sobre un plano de París, ayudándome del indicador de líneas y empalmes. Después, me encaramó en la imperial de un ómnibus, abro mi som-



brilla, y ¡á vivir! ¡Oh! ¡Veo tantas cosas! muchas más que vosotros, ya lo creo. Cambio de barrio. Y me hace el mismo efecto que un viaje al través del mundo; tales diferencias hay de una calle á otra. Conozco mi París mejor que nadie; y además, no hay nada tan divertido como los entresuelos; lo que se ve de paso con una sola mirada, es incalculable.

Se adivinan las escenas de un matrimonio con sólo escuchar los gritos del marido. Se hace burla, pasando frente á las peluquerías, de los parroquianos que se asoman con las narices llenas de jabón. Se guiña el ojo á las modistas, que sonríen; total nada, porque no hay tiempo de bajar. ¡Ah! Las cosas que se ven desde un ómnibus. Es un teatro, el verdadero, el genuino teatro, el teatro de la Naturaleza visto al trote de los caballos. ¡Dios de Dios! Yo no cambiaría mis paseos en ómnibus por todos vuestros imbéciles paseos á través de los bosques.

Y cuando se le decía:

—Pruébelo usted; una vez siquiera para tomar el gusto, vaya usted al campo.

Mongilet, contestaba:

—Yo estuve una vez hace veinte años, y no me cogerán otra.

—Cuéntenoslo usted.

—Con mucho gusto, si ustedes quieren. La cosa fué así: ¿Ustedes recuerdan á Bonvin, el antiguo empleado á quien pusieron de mote Boileau?

—Sí, perfectamente.

—Era mi camarada de oficina. El maldito tenía una casita en Colombes, y me invitó una vez á pasar el domingo con él, diciéndome: «Ya verás qué bonita excursión haremos.» Yo me dejé coger como un

simple y salí por la mañana en el tren de las ocho. Llegué á un poblacho, un poblacho campesino donde no hay nada que ver, y al cabo conseguí encontrar al final de un corredor, entre dos muros, una puerta de madera vieja con campanilla de hierro.

Llamé. Después de hacerme aguardar mucho me abrieron. ¿Quién abrió? No lo supe de momento. ¿Una mujer ó un orangután? Era una cosa fea, vieja, envuelta en trapos; algo sucio y desapacible; tenía enredados en el pelo plumones de ave, y una expresión de tigre, amenazando devorar, que asustaba.

Me preguntó:

—¿A quién busca usted?

—Al señor Bonvin.

—¿Para qué busca usted al señor Bonvin?

Me iba resultando fatigoso el interrogatorio de aquella fiera; balbuceé:

—El señor Bonvin... me aguarda.

Ella insistió:

—¡Ah! ¿Es usted el invitado á almorzar?

Yo dije temblando:

—Sí, señora.

Entonces ella, volviendo la cara hacia dentro, gritó iracunda:

—¡Bonvin! ¡Bonvin! Aquí tienes al invitado.

Era la mujer de mi amigo, el cual apareció al

punto; llevaba un pantalón de hilo blanco, lleno de manchas, y un ancho sombrero de paja, muy estropeado.

Después de saludarme estrechándome las manos, me condujo á lo que llamaba su jardín. Estaba al extremo de otro corredor formado por muros enormes, y era poco más grande que un pañuelo; ro-



deábanle casas tan altas que sólo entraba el sol dos ó tres horas al día. Matas de pensamientos, de claveles, de alhelies, y algunos rosales, agonizaban en el fondo de aquel pozo sin ventilación, sin aire y abrasado por las reverberaciones de los edificios inmediatos.

—No tengo árboles—decía Bonvin—, pero los muros de las casas próximas me dan tanta sombra como un bosque.

Luego, cogiéndome por un botón de la chaqueta, me dijo en voz baja:

—Espero de ti un favor. Has visto á mi mujer. No es muy agradable, ni muy complaciente que digamos. Hoy, como tenía forastero, me ha hecho poner una ropa más decente que de costumbre; pero si la mancho estoy perdido. Espero de ti que me ayudes á regar mis plantas.

Me quité la chaqueta, me arremangué y me puse á dar á la bomba que silbaba y jipaba como el pecho de un tísico, para dejar correr un hilillo de agua perceptible apenas. Tardamos diez minutos en llenar la regadera. La cogí luego y Bonvin me guió.

—Ven, á esta planta; un poco más. Bastante. A esta otra.

La regadera desestañada, dejaba caer sobre mis pies más agua que sobre las flores. Mi pantalón, chorreando, se llenaba de barro. Y veinte veces seguidas hice lo mismo: regué mis pies y sudé haciendo gemir la bomba. Cuando me paraba, extenuado, Bonvin suplicante me decía:

—Una regadera más, una sola y habremos acabado.

Para corresponder al servicio que le hice, me regaló una rosa, una gran rosa; pero apenas la hube puesto en el ojal, se deshojó completamente, dejándome como una condecoración, una especie de perita

verde. Aquello me sorprendió, pero no dije nada.

La voz de la señora gruñía:

—¿Vienen ó no vienen? Ya todo está dispuesto.



Entramos en la casa. Así como el jardín estaba hundido en la sombra, la casa recibía un baño de sol; la segunda estufa del Hammam es menos caliente que el comedor de mi camarada.

Había en la mesa tres platos y otros tantos tenedores de estaño, bastante grasientos. En el centro, una cazuela de barro contenía un guisote de carne con patatas.

Empezamos á comer.

Un jarro de agua teñida ligeramente de rojo, me chocaba; Bonvin, confundido, preguntó á su mujer:

—Oye. ¿No podrías darnos hoy un poco de vino puro?

Ella le miró furiosamente.

—Para que os emborrachéis los dos, ¿no es cierto? ¿Y que os paséis toda la tarde voceando en mi casa? Gracias, pero no me satisface.

Calló. Después del guisado, puso en la mesa patatas asadas con manteca. Cuando nos las hubimos comido en silencio, exclamó:

—Ya no hay más. Pueden irse á donde quieran. Bonvin la contemplaba estupefacto.

—Pero el pichón... ¿el pichón que has desplumado esta mañana?

Ella se puso en jarras, provocativa y amenazadora:

—¿Acaso no habéis comido bastante? Que tú me traigas invitados no es motivo para devorar todo lo que tenemos. Y por la noche, ¿qué comería yo?

Nos levantamos. Bonvin me dijo al oído:

—Aguárdeme un minuto y nos iremos.

Entró en la cocina y le oí hablar con su mujer.

—Dame un franco, si haces el favor.

—¿Para qué necesitas un franco?

—Nadie sabe lo que puede ocurrir. Es bueno siempre llevar dinero en el bolsillo.

Ella gritó mucho, para que yo la oyera bien:

—No, no quiero darte nada; puesto que tu amigo almorzó á tu costa, es justo que pague lo que ahora gastéis.

Bonvin se acercó á mí. Queriendo mostrarme fino, me incliné ante la mujer de mi camarada, murmurando:

—Señora... Muchas gracias... Nunca olvidaré sus atenciones....

Ella me interrumpió:

—Bien. Ahora no me lo vuelva usted borracho, porque tendría usted que habérselas conmigo, si tal cosa ocurriera; ya lo sabe usted.

Nos fuimos. Era necesario atravesar una llanura estéril y ardorosa. Quise coger una planta que vi al borde del camino, y lancé un grito de dolor, sintiendo múltiples pinchazos en la mano. Aquella hierba era una ortiga.

Todo apestaba. El calor y los malos olores revolaban el estómago.

Bonvin me decía:

—Un poco de paciencia; pronto llegaremos á la orilla del río.

En efecto, llegamos á la orilla del río. Además de la peste y el calor, los reflejos del sol en el agua me dejaban ciego.

Rogué á Bonvin que nos metiéramos en cualquier parte, y me hizo entrar en una barraca llena de hombres, una taberna de marineros de agua dulce, diciéndome:

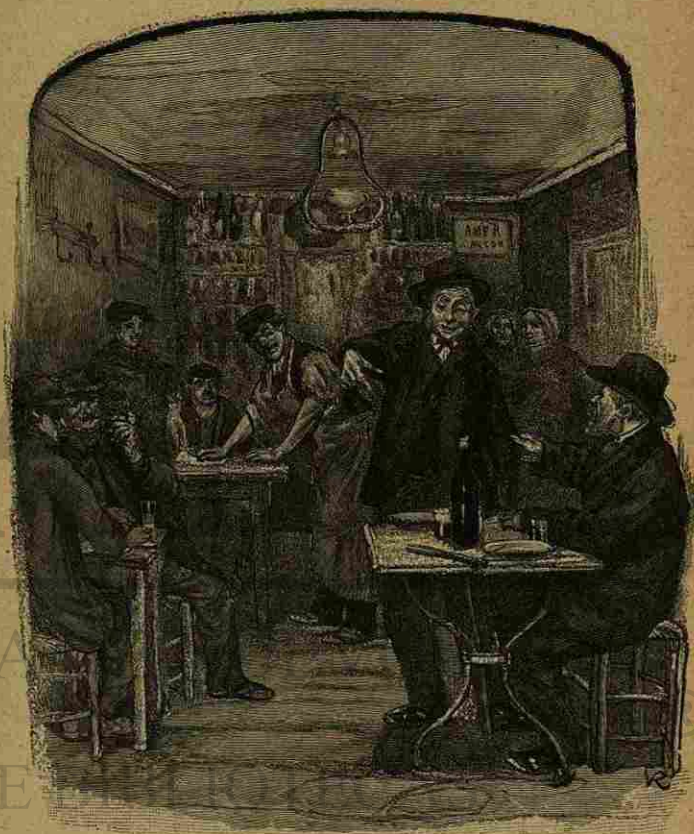
—No tiene buena apariencia, pero es un sitio cómodo.

Yo sentía hambre y pedí una tortilla y una botella de vino. Pero al segundo vaso que bebió Bonvin, perdió los estribos, haciéndome comprender los temores de aquella bruja.

Perorando se levantó, hizo alardes de fuerza, intervino como pacificador entre unos que se pegaban. Hubiéramos recibido la gran paliza sin la llegada oportuna del amo del establecimiento.

Le arrastré, sosteniéndole como se sostiene á los borrachos, hasta un matorral, donde nos tumbamos.

Dormimos de tal modo, que ya era de noche cuando desperté. Bonvin roncaba. Le sacudí. Se levantó; pero aunque no tanto como antes, aún estaba muy borracho.



Y avanzamos en la obscuridad, á través de la llanura. Bonvin pretendía reconocer el camino, y me condujo hacia la izquierda, después hacia la derecha y luego hacia la izquierda otra vez. No veíamos el cielo, ni la tierra, y nos encontramos perdidos en una especie de bosque. Debía ser una viña, con estacas para sostener los pámpanos. Ni una luz en el horizonte. Habíamos andado una ó dos horas vacilantes, tendiendo los brazos, locos y sin hallar salida, porque dábamos vueltas en un pequeño espacio.

Bonvin cayó, hiriéndose en una mejilla, y quedó en el suelo inmóvil. Yo grité, pidiendo socorro; y encendía cerillas para que algún transeunte pudiera verme.

Al fin se acercó un labriego que nos acompañó hasta el camino.

Conduje á Bonvin con intención de dejarle á la puerta de su casa; pero abrieron bruscamente, y apareció la mujer con una vela en la mano.

Al ver á su marido, á quien aguardaba desde la caída de la tarde, rugiendo como una pantera, se anzó hacia mí.

—¡Ah! ¡Canalla! ¡Bien sabía yo que me lo volvería borracho!

Huí corriendo y no paré hasta la estación.

Por si aquella furia me perseguía, ocurrióseme encerrarme en el retrete, aguardando que pasara un tren.

Por esto no he querido casarme y no he vuelto á salir de París.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



EL ARMARIO

Hablábamos de mujeres galantes, la eterna conversación de los hombres.

Uno dijo: «Voy á referir un suceso extraño». Y era como sigue:

Un anochecer de invierno se apoderó de mí un abandono perturbador; uno de los terribles abandonos que dominan cuerpo y alma de vez en cuando. Estaba solo, y comprendí que me amenazaba una crisis de tristeza, esas tristezas lánguidas que pueden conducirnos al suicidio.

Me puse un abrigo y salí á la calle. Una lluvia menuda me calaba la ropa, helándome los huesos. En los cafés no había gente. ¿A dónde ir? ¿Dónde pasar dos horas? Decidíme á entrar en Folies-Bergere, divertido mercado carnal. Había escaso público; los hombres vulgares; y las mujeres, las mismas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS



EL ARMARIO

Hablábamos de mujeres galantes, la eterna conversación de los hombres.

Uno dijo: «Voy á referir un suceso extraño». Y era como sigue:

Un anochecer de invierno se apoderó de mí un abandono perturbador; uno de los terribles abandonos que dominan cuerpo y alma de vez en cuando. Estaba solo, y comprendí que me amenazaba una crisis de tristeza, esas tristezas lánguidas que pueden conducirnos al suicidio.

Me puse un abrigo y salí á la calle. Una lluvia menuda me calaba la ropa, helándome los huesos. En los cafés no había gente. ¿A dónde ir? ¿Dónde pasar dos horas? Decidíme á entrar en Folies-Bergere, divertido mercado carnal. Había escaso público; los hombres vulgares; y las mujeres, las mismas

de siempre, las miserables mozas desapacibles, fatigadas, con esa expresión de imbécil desdén que muestran todas, no sé por qué.

De pronto descubrí entre aquellas pobres criaturas despreciables á una joven fresca, linda, provocadora. La detuve, y brutalmente, sin reflexionar, ajusté con ella el precio de la noche. Yo no quería volver á mi casa.

Y la seguí. Vivía en la calle de los Mártires. La escalera estaba obscura. Subí despacio, encendiendo cerillas.

Ella se detuvo en el cuarto piso, y cuando entramos en su habitación, echando el cerrojo de su puerta, me preguntó:

—¿Piensas quedarte aquí hasta mañana?

—Eso me propongo; eso convinimos.

—Bien, mi vida, lo pregunté por curiosidad. Aguárdame un minuto; en seguida vuelvo.

Y me dejó á obscuras. Oí cerrar dos puertas; luego me pareció que aquella mujer hablaba con alguien. Quedé sorprendido, inquieto. La idea de un *chulo* me turbó, aun cuando tengo bastante fuerza para defenderme. «Veremos lo que sucede», pensé.

Y afinando el oído, escuchaba. Se movían con grandes precauciones para no hacer ningún ruido.

Luego sentí abrir otra puerta y me pareció que hablaban, pero muy bajo.

La moza volvió al fin con una bujía, diciéndome: —Ya puedes entrar.

Entré, y pasando por un comedor donde sin duda nunca se comía, me condujo á un gabinete alcoba.

—Ponte cómodo, mi vida.

Yo lo inspeccionaba todo y no encontraba cosa que pudiera causarme inquietud.

Ella se desnudó tan de prisa, que ya estaba en la cama cuando yo no me había quitado aún el abrigo.

Y riendo, prosiguió:

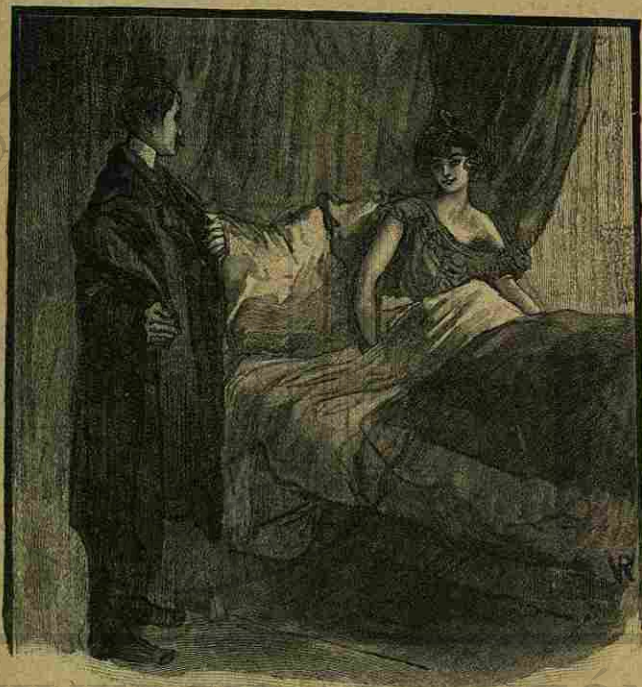
¿Qué te ocurre? ¿Te has convertido en estatua de sal? Acaba y ven.

Así lo hice.

A los cinco minutos me daban intenciones de vestirme y escapar. Pero el maldito abandono que me amenazó en mi casa con tristezas crueles, me quitaba las energías, reteniéndome, á disgusto mío, en aquella cama pública. El encanto sensual que me había hecho sentir aquella criatura en el teatro, desapareció cuando la vi tan cerca y deseosa de complacerme. Su carne vulgar, semejante á la de todas, y sus besos insípidos, me desilusionaron.

Para entretenerme, le hice varias preguntas:

—¿Hace mucho que vives en esta casa?



- El 15 de Febrero hará seis meses.
 —Y antes, ¿dónde vivías?
 —En la calle Clauzel. Pero la portera la tomó conmigo y tuve que despedirme.
 Relátome con detalles minuciosos aquella historia.
 De pronto sentí ruido cerca de nosotros; así como

un suspiro; después un roce ligero, como si alguien se removiera sobre una silla.

Me senté con viveza en la cama, preguntando:

—¿Qué significa ese ruido?

Ella respondió tranquilamente:

—No te importe, mi vida; es en el otro cuarto. Como son tan delgadas las paredes, todo se oye. ¡Hacen unas casas! ¡De cartón!

Mi abandono era tan grande que me arrebujé de nuevo entre sábanas. Y proseguimos la conversación. Movidó por la estúpida curiosidad que induce á todos los hombres á conocer la primera falta de las mujeres galantes, como para encontrar en ellas un rastro de inocencia, tal vez evocada por una frase ingenua que ofrece la imagen del pudor perdido, pues, aun cuando mienten, se descubre alguna vez entre mentiras algo conmovedor, la dije:

—Vaya, cuéntame cómo cediste al primer amante.

—Yo era criada en el restaurant *Marinero de agua dulce*, y un señorito me forzó mientras le hacía la cama.

Recordé la teoría de un médico amigo, un observador filósofo que, por hacer servicio en un hospital de mujeres, conoce todas las flaquezas de las pobres criaturas víctimas de la embestida brutal del macho errante con dinero en el bolsillo.

—«Siempre—me decía—, siempre una moza es vencida por un hombre de su clase ó condición. Tengo anotadas muchas observaciones acerca del asunto. Se acusa á los ricos de coger la flor de la inocencia entre las niñas pobres. No es verdad. Los ricos pagan luego las flores tronchadas; las cogen en la segunda floración, pero no cortan jamás el primer capullo.»

Reí, mirando á mi compañera.

—Ya sabes que conozco tu historia. El señorito no era el primero. Hubo antes otro.

—Te lo juro, mi vida.

—Mientes, mi cielo.

—No, no; te lo juro.

—Mientes... Vaya, dime la verdad.

Ella dudó asombrada; yo continué.

—Soy adivino, sonámbulo. Ahora no me dices la verdad. Cuando te duermas yo haré que la digas.

Tuvo miedo; era estúpida como todas, y balbució:

—¿Cómo lo has adivinado?

—Vamos, dílo.

—¡Ah! La primera vez casi no fué nada. Para una fiesta contrataron á un gran cocinero. Desde que Alejandro llegó, dispuso de toda la fonda. El amo, el ama, estaban á sus órdenes, como si fuera un

rey. Desde la cocina gritaba: «¡Manteca! ¡Huevos! ¡Coñac!» Y era necesario llevarle corriendo lo que pedía, porque si no se incomodaba mucho y daba miedo.

Cuando hubo acabado, sentóse á fumar su pipa frente á la puerta, y al pasar yo con una pila de platos, me dijo: «Muchacha: vente conmigo á la ribera para enseñarme la campiña». Fui con él como una tonta, y apenas llegamos á la orilla del río, me forzó con tal prisa, que apenas me di cuenta de lo que hizo. Luego se fué en el tren de las nueve. No le vi más.

—¿Y así acabó todo?

—Creo que Angel es hijo suyo.

—¿Quién es Angel?



—Mi nene.

—¡Ah! Muy bien. Y luego dijiste al señorito que te había hecho la criatura, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Tenía dinero el señorito?

—Algo. Me dejó una renta de trescientos francos. Aquellas confianzas me divertían. Proseguí.

—Muy bien, mi cielo; muy bien. Sois menos ton-tas de lo que parece. ¿Y cuántos años tiene Angel?

—Doce. Hará su primera comunión en primavera.

—Bravo. Y desde que te ocurrió esa... desgracia... te dedicaste al oficio...

Suspiró, resignada.

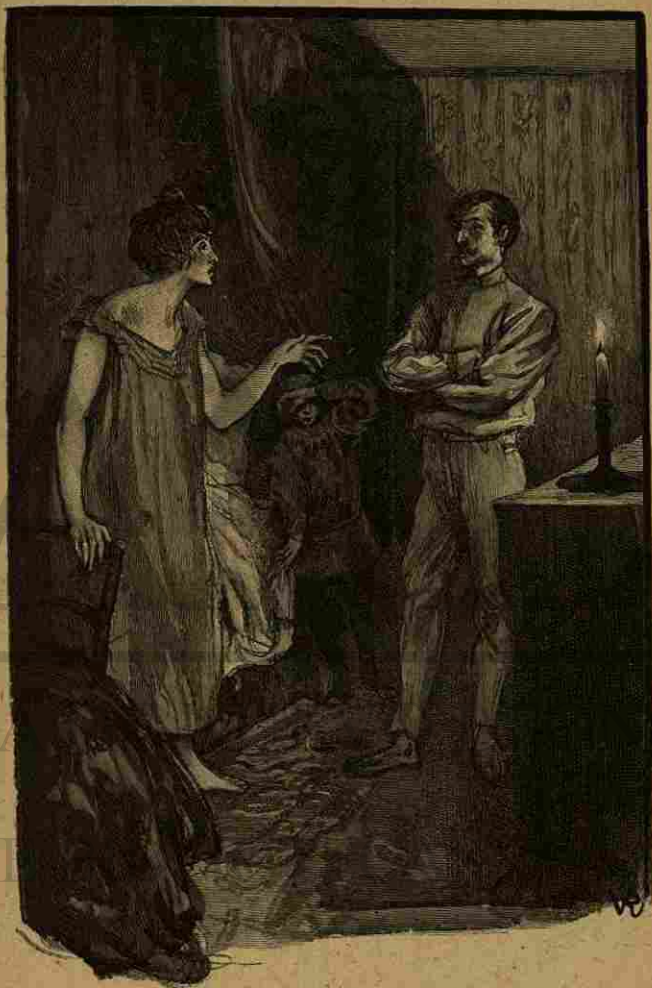
—Se hace lo que se puede...

Un ruido, bastante fuerte, me hizo saltar de la cama. No me cabía duda; era el ruido que produce un cuerpo que se desploma y luego se levanta de nuevo agarrándose á la pared.

Cogí la bujía y miré alrededor, furioso. Elta se había levantado también, y trataba de contenerme, repitiendo:

—No es nada, mi vida; te aseguro que no es nada.

Pero yo, que sabía ya dónde se produjo el ruido, me dirigí á un armario que había junto á la cabeza de la cama y lo abrí de par en par...



Tembloroso, aterrado, con los ojos muy abiertos y brillantes apareció un chiquillo anémico y débil agarrado á los barrotes de una silla, de la cual había caído sin duda.

Al verme rompió á llorar, tendiendo los brazos hacia su madre.

—Yo no tengo la culpa, mamá; yo no tengo la culpa. Estaba dormido y me caí. No me castigues; yo no tengo la culpa.

Acercándose á la mujer, dije:

—¿Qué significa esto?

Ella, confusa y desalentada, respondió entre dientes:

—Ya lo ves. No gano bastante para tenerlo pensionista y no puedo pagar un cuarto mayor. Duerme conmigo cuando no hay nadie; y cuando alguien viene por una hora ó dos, lo escondo en el armario. Pero cuando hay cliente para toda la noche, se cansa, y le duelen los riñones de dormir en la silla... Tampoco él tiene la culpa. Quisiera verte durmiendo en una silla, metido en un armario... Ya veríamos...

Irritándose, gritaba,

El niño seguía llorando.

Yo también sentía ganas de llorar.

Y volví á mi casa tristemente.



EL CUARTO DE LA POSADA

DE manera que usted no sabe por qué trasladaron al presidente de la Audiencia?

—No sé absolutamente nada.

—Tampoco el presidente Amadón lo sabe. Pero es una historia de las más peregrinas.

—Cuéntemela usted.

—Usted recordará sin duda, que la señora de Amadón es una morena preciosa, muy delgada, muy elegante, muy fina.

—Lo recuerdo.

—Pues bien. Tampoco habrá olvidado el respeto, la consideración, el cariño de que se veía rodeada en toda la ciudad. Margarita sabía recibir, organizar fiestas benéficas, encontrar dinero para los pobres y entretener á la gente joven, de muchos modos.

Era muy distinguida y muy coqueta, pero de una coquetería platónica y una distinción provinciana.

Tembloroso, aterrado, con los ojos muy abiertos y brillantes apareció un chiquillo anémico y débil agarrado á los barrotes de una silla, de la cual había caído sin duda.

Al verme rompió á llorar, tendiendo los brazos hacia su madre.

—Yo no tengo la culpa, mamá; yo no tengo la culpa. Estaba dormido y me caí. No me castigues; yo no tengo la culpa.

Acercándose á la mujer, dije:

—¿Qué significa esto?

Ella, confusa y desalentada, respondió entre dientes:

—Ya lo ves. No gano bastante para tenerlo pensionista y no puedo pagar un cuarto mayor. Duermeme conmigo cuando no hay nadie; y cuando alguien viene por una hora ó dos, lo escondo en el armario. Pero cuando hay cliente para toda la noche, se cansa, y le duelen los riñones de dormir en la silla... Tampoco él tiene la culpa. Quisiera verte durmiendo en una silla, metido en un armario... Ya veríamos...

Irritándose, gritaba,

El niño seguía llorando.

Yo también sentía ganas de llorar.

Y volví á mi casa tristemente.



EL CUARTO DE LA POSADA

DE manera que usted no sabe por qué trasladaron al presidente de la Audiencia?

—No sé absolutamente nada.

—Tampoco el presidente Amadón lo sabe. Pero es una historia de las más peregrinas.

—Cuéntemela usted.

—Usted recordará sin duda, que la señora de Amadón es una morena preciosa, muy delgada, muy elegante, muy fina.

—Lo recuerdo.

—Pues bien. Tampoco habrá olvidado el respeto, la consideración, el cariño de que se veía rodeada en toda la ciudad. Margarita sabía recibir, organizar fiestas benéficas, encontrar dinero para los pobres y entretener á la gente joven, de muchos modos.

Era muy distinguida y muy coqueta, pero de una coquetería platónica y una distinción provinciana.

Los novelistas, que viven todos en París, nos cantan solamente á la parisién, porque desconocen á la provinciana; pero yo declaro que una provinciana bonita y graciosa, es la mujer más agradable del mundo.

La provinciana fina tiene un modo especial de ser: más discreta en sus maneras que la parisién, más humilde, no promete nada y da mucho; mientras que la parisién promete mucho y luego no tiene que dar cuando llega el caso.

La parisién es el triunfo desvergonzado y elegante de la mentira; la provinciana es la modestia recubriendo la verdad.

Una provincianita despabilada, con su expresión recelosa de mujer de su casa y su fingido candor de novicia, con su sonrisa insignificante y sus pasiones disimuladas, pero tenaces, debe usar de más engaños, fingimientos é invenciones femeninas, que todas las parisienses juntas, para satisfacer sus gustos ó sus vicios, sin despertar ninguna sospecha, ninguna murmuración, ningún escándalo en la ciudad, que tiene, para seguirla y sorprenderla, tantos ojos como ventanas.

La señora de Amadón era el prototipo de esa raza casi desconocida y encantadora. Nunca dió que sospechar, nunca supuso nadie que su vida no fuese

pura como su mirada, una mirada caliente, amorosa, pero ¡tan pura!

Usaba de una treta genial, de una invención admirable, de un ingenio maravilloso, de una increíble sencillez.

Elegía sus amantes entre los oficiales de la guarnición; le duraba cada uno tres años, el tiempo reglamentario de residencia; el relevo no la conmovía, porque los gozó siempre sin amarlos.

Y al llegar el regimiento nuevo, se procuraba informes concernientes á todos los oficiales de treinta á cuarenta años, porque hasta los treinta el hombre no es discreto, y después de los cuarenta, ya se pierden las energías.

¡Ah! Conocía el personal mejor que el coronel. Enterábase de todo absolutamente: conocía las costumbres íntimas, la instrucción, la educación, las condiciones físicas, la resistencia para un esfuerzo, el carácter paciente ó agresivo, la fortuna, la tendencia á la prodigalidad ó al ahorro.

Luego elegía, prefiriendo siempre á los hombres de apariencia tranquila, pero descontando siempre á los que no fuesen arrogantes y de correctas facciones.

Exigía también que no se les conociera ningún amorio, ninguna pasión de las que dejan memoria

ó producen escándalo. Porque no es jamás discreto el hombre que deja traslucir sus aventuras galantes.

Cuando había elegido el que, durante los tres años de reglamento, sería su amante, faltaba sólo atraerle.

Para muchas de las mujeres hubiera sido cosa difícil, y acudiendo á los recursos ordinarios, á las mañas conocidas, conseguirían que su pretendido las enamorase, marcando todos los progresos de la conquista y de la resistencia, dejándose un día besar las puntas de los dedos, al siguiente la palma de la mano, al otro la mejilla, más adelante los labios, y así hasta el fin.

Margarita usaba un sistema rápido, seguro y prudente. Daba un baile.

El oficial elegido, valsando con la señora de la casa, la sentía—en la confusión y aturdimiento del baile—abandonada, como si quisiera entregársele, oprimiéndole además la mano con opresión continua y nerviosa.

Si él no lo comprendía, juzgándole idiota, ella renunciaba de momento á su pretensión, insinuándose al siguiente vals, y en la misma forma, con el que ocupaba el segundo lugar en la bien dispuesta lista de sus caprichos.

Y si él se mostraba enterado y satisfecho, al pun-

to era cosa convenida, sin ostentación, sin galanteorías comprometedoras y sin frecuentes visiteos.

¿Hay labor amorosa más práctica y sencilla?

Todas las mujeres debieran usar procedimientos parecidos para darnos á entender su gusto. Esto suprimiría dificultades y dudas, palabras, movimientos, inquietudes, engaños y turbaciones. Muchas veces pasamos junto á una dicha posible, sin sospecharlo siquiera, porque, ¿hay alguien que penetre los pensamientos reservados, los abandonos ocultos de la voluntad, las mudas instigaciones de la carne, todo el desconocido engranaje del alma de una mujer, cuya boca no dice la verdad que sus ojos velan? Al comprender, se apresuraba el futuro amante á pedir una cita. Ella le hacía esperar un mes ó mes y medio, para observarle, conocerle á fondo, y librarse á tiempo si tenía una condición peligrosa.

Durante aquel tiempo, el oficial meditaba dónde podrían verse discreta y ocultamente, imaginando combinaciones difíciles y arriesgadas.

Al fin, viéndole, por casualidad, en cualquier parte, le decía ella:

—Vaya usted el martes, por la noche, á las nueve, á la posada del *Caballo de Oro*, en las afueras, camino de Vouzieres, y pregunte por la señorita

Clarisa. Le aguardaré allí; pero, sobre todo, vístase de paisano.

Hacia ocho años que tenía un cuarto alquilado en aquella posada modesta. Fué invención de sú primer amante, y como le pareció seguro este procedimiento, al volar el pájaro, conservó ella el nido.

Un miserable nido; cuatro paredes cubiertas de papel gris con flores azules; una cama de pino, colgaduras de muselina, un sillón, cuatro sillas, una alfombra y los cacharros precisos para lavatorios y aseo. Nada más.

En las paredes, tres grandes fotografías: tres coroneles á caballo. Los coroneles de sus amantes. ¿Por qué? No pudiendo conservar el retrato de cada uno, la imagen misma, ¿quiso tal vez tenerlos presentes por carambola?

Y en sus múltiples visitas al *Caballo de Oro*, ¿nadie la reconocía jamas?

Nadie. Tenía para esto un recurso tan ingenioso como sencillo. Había organizado series de reuniones benéficas, á donde acudía unas veces y faltaba otras. El marido, enterado perfectamente de sus obras piadosas, que le salían muy caras, nunca sospechó.

Así, pues, una vez fijada la fecha de la cita, en la mesa, y delante de los criados, decía:

—He de ir á la «Asociación de las Fajas de Franela para los viejos paralíticos».

Salía próxima-mente á las ocho. Entraba un momento en el domicilio de la Asociación; recorría después varias calles; cuando se hallaba sola en un rincón obscuro, se quitaba el sombrero y se ponía una cofia que llevaba en el bolsillo. Sacaba de debajo de su vestido un delantal blanco y un pañuelo grande: se ponía el delantal y envolvía el sombrero y la manteleta que se quitaba de los hombros, en el pañuelo. Así avanzaba resueltamente como si fuese á un recado, á prisa.

¿Quién pudo sospechar que aquella criadita vi-
varacha era la señora del presidente Amadón?



Llegando al *Caballo de Oro*, subía directamente á su cuarto, cuya llave tenía, y el gordo posadero, al verla pasar, murmuraba:

—Ahí va Clarisa, siempre afanosa en sus amorfios.

Aunque aquel hombre, por naturaleza malicioso, algo recelaba, no se metió nunca en averiguaciones.

Veamos de qué manera supieron que la tal Clarisa fuese la señora de Amadón.

* * *

Jamás había ido, jamás, jamás, en tantos años, á recrearse con sus amores dos noches seguidas. Era demasiado avisada y prudente. Así, pues, el posadero, que lo había observado, con frecuencia utilizaba el cuarto de la señora si tenía muchos viajeros, al día siguiente de una visita.

Pero en el último verano, el señor Amadón estuvo ausente una semana. Era en Julio, el mes de los ardores, y como no podía temer una sorpresa, Margarita dijo al despedirse de su amante un viernes, que desearía tener otra entrevista el sábado.

Y convinieron que se verían á la hora de costumbre, añadiendo Margarita:

—Si llegas antes que yo, espérame acostado.

Se besaron al despedirse.

Pero al día siguiente, á eso de las diez, el posadero, que leía tranquilamente un periódico republicano de la ciudad, gritó á su mujer que desplumaba unas gallinas en el patio:

—Ya tenemos el cólera en la provincia. Un hombre ha muerto en Vauvigny, anoche.

No le preocupó mucho aquella noticia, porque tenía la posada llena de gente, y le iban muy bien los negocios.

Al medio día se presentó un viajero, á pie, una especie de turista, que se hizo servir un abundante almuerzo después de tomarse dos aperitivos. Como hacía mucho calor, absorbió un litro de vino y dos de agua próximamente.

Tomó café, una copita, ó mejor dicho, tres copitas, y sintiéndose algo pesado, pidió habitación para dormir un par de horas. No había ninguna libre, y el posadero, después de consultarlo con su mujer, le dió la de Clarisa.

El hombre se acostó. A eso de las cinco, el posadero fué á despertarle.

¡Qué sorpresa! ¡Estaba muerto!

El posadero acercóse á su mujer y la dijo:

¿Sabes? Aquel huésped que pidió un cuarto para dormir un poco... me parece que se ha muerto.

Ella levantó los brazos, exclamando:

— ¡No es posible! ¡Santísima virgen! ¿Será el cólera?

El posadero meneó la cabeza, diciendo:



Antes me parece que será una congestión, porque tiene la cara negra como el vino.

Pero la mujer, aterrada, repitió:

— Hay que ocultarlo, para que no se figuren los

huéspedes que ha sido el cólera, y se vayan. Vete á dar parte al Juzgado y que lo saquen de noche cuando nadie lo vea. Ni visto ni oído. Anda.

El hombre murmuró:

— Clarisa vino ayer á sus asuntos amorosos: el cuarto está libre hoy seguramente.

Y volvió luego con el médico forense, que reconoció en seguida el ataque cerebral, por congestión, después de abundante comida. Luego convinieron con el juez que sacarían el cadáver de noche, para que no se asustaran los huéspedes.

Acababan de dar las nueve cuando la señora de Amadón se deslizó furtivamente por la escalera del *Caballo de Oro*, sin que nadie la viese aquel día. Llegó á su cuarto, abrió la la puerta y entró. Había sobre la chimenea una bujía encendida. Sin duda el amante se hallaba durmiendo, porque había cerrado las colgaduras.

Margarita dijo:

— Espera un momento: en seguida voy, rico mío.

Y comenzó á desnudarse con brusquedad febril, tirando las botas y el corsé; dejando caer el vestido negro y las enaguas, en círculo en torno suyo, y

quedó en camisa de seda roja, como una flor que acabara de abrirse.

Como no había oído á su amante, preguntó:

—¿Duermes, cielo mío?

No tuvo respuesta, y reía murmurando:

—¡Tiene gracia! Está dormido como un tronco.

Llevaba puestas las medias, unas medias de seda negra, y, corriendo hacia la cama, se introdujo con rapidez, estrechando entre sus brazos y besando con ardor en plena boca... ¡el cadáver frío del viajero!

Durante un segundo quedó inmóvil, demasiado aterrada para comprender lo que sucedía; pero el



contacto de aquella carne inerte le produjo un espanto de tal naturaleza, que no pudo pararse á reflexionar.

Y saltó de la cama, temblando; acercóse á la chimenea para coger la bujía, miró entonces aquel rostro desconocido, negro, abotagado, con la mueca espantosa de la muerte.

Gritó: su grito era terrible, agudo, interminable; y dejando caer la bujía, corriendo á la puerta, huyó desnuda por el pasillo.

Un viajante que ocupaba el cuarto núm. 5, salió y la detuvo, recibéndola en sus brazos.

—¿Qué sucede, hija mía?

Ella balbució:

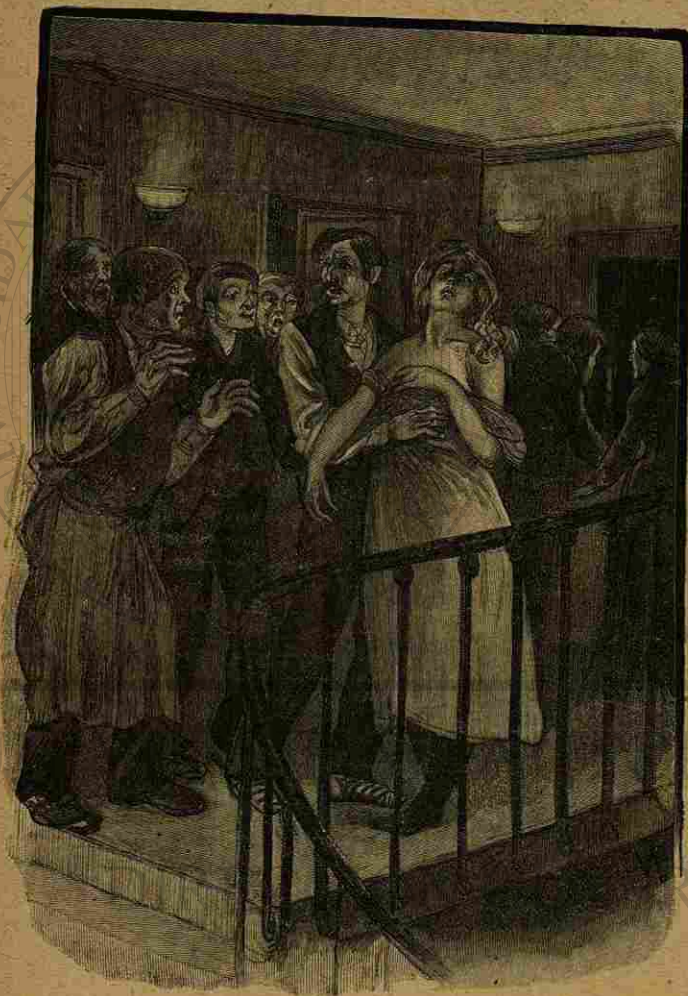
—Han... han matado á uno... á uno... en mi... en mi... cuarto.

Se acercaban otros huéspedes. El posadero se presentó al punto.

Y detrás de todos, el gallardo amante de Margarita entró en el pasillo.

Al verle, corriendo hacia él, aterrorizada, la señora de Amadón, le decía:

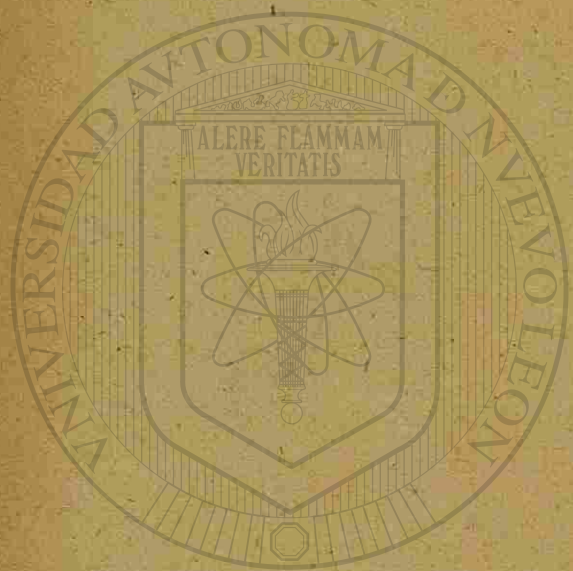
—¡Sálvame! ¡Sálvame!... Han asesinado á uno en mi cuarto.



La explicación de todo esto era difícil. Sin embargo, el posadero dijo la verdad, y rogó á todos que dejaran libre á Clarisa, de la cual respondía con la cabeza. Pero el viajante, habiendo examinado al difunto, afirmó que se había cometido un crimen, y convenció á los demás huéspedes para que le ayudaran á impedir la fuga de la mujer y de su amante.

Aguardaron la presencia del juez, que los dejó en libertad, pero divulgando la noticia.

Y á los pocos días, el presidente Amadón fué ascendido y trasladado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS PRISIONEROS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEX.

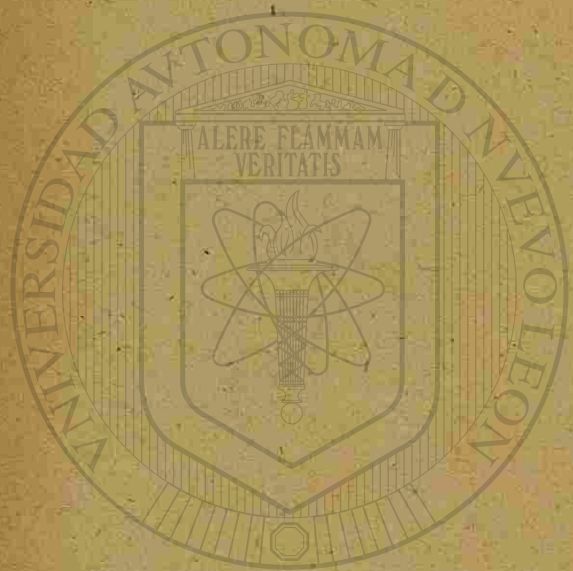
EN el bosque sólo se oía un tenue murmullo: el roce de la nieve con las hojas de los árboles. Nevaba desde medio día; nieve menuda, tendiendo sobre los caminos inmensa y suave alfombra, apagando todo ruido agigantaba el silencio de aquella soledad.

Delante de la puerta de la casa del guarda partía leña, manejando el hacha con los brazos desnudos, una moza de buena estatura, delgada y fuerte, una mujer del bosque, hija y esposa de guardas campesinos.

Una voz gritó en el interior de la casa:

—Estamos solas, Bertina; ya debíamos recogerlos; la noche se acerca, y vendrán por el bosque prusianos y lobos.

La leñadora respondió, partiendo un tronco y mostrando la firme curva de su pecho á cada movimiento que hacía para levantar el hacha:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS PRISIONEROS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEX.

EN el bosque sólo se oía un tenue murmullo: el roce de la nieve con las hojas de los árboles. Nevaba desde medio día; nieve menuda, tendiendo sobre los caminos inmensa y suave alfombra, apagando todo ruido agigantaba el silencio de aquella soledad.

Delante de la puerta de la casa del guarda partía leña, manejando el hacha con los brazos desnudos, una moza de buena estatura, delgada y fuerte, una mujer del bosque, hija y esposa de guardas campesinos.

Una voz gritó en el interior de la casa:

—Estamos solas, Bertina; ya debíamos recogerlos; la noche se acerca, y vendrán por el bosque prusianos y lobos.

La leñadora respondió, partiendo un tronco y mostrando la firme curva de su pecho á cada movimiento que hacía para levantar el hacha:

—Ya he acabado, madre; pero no hay miedo, aún es de día.

Después, recogiendo las astillas, las colocó junto al hogar; volvió á salir para cerrar los postigos, enormes postigos de viejas encinas, y entró, corriendo los pesados cerrojos de la puerta.

La madre, que hilaba junto al fuego, era una vieja arrugada, y con la edad se había vuelto miedosa.

La moza prosiguió:

—¡Ah! Yo mataría de igual manera un prusiano que un lobo.

Y miraba un revólver grande colgado en la pared.

Su marido fué incorporado al ejército en los comienzos de la invasión prusiana, y las dos mujeres habían quedado allí solas con el viejo guarda Nicolás Pichon, esposo de la vieja y padre de la joven, llamado Zancos, el cual se negó tercamente á dejar su casa; no quiso acogerse á la ciudad, Rethel, antigua plaza fuerte construida sobre un peñón, cuyos habitantes habían decidido resistir á los invasores, encerrarse y aguantar el sitio, según la tradición de la ciudad. Otras dos veces, en tiempos de Enrique IV y Luis XIV, se habían hecho notorios con heroicas defensas. Repetirían la suerte ó pegarían fuego á sus casas.

Habían comprado fusiles y hasta cañones, armando una milicia y haciendo el ejercicio diariamente en la Plaza de Armas. Todos, panaderos, drogueros, carniceros, notarios, abogados, carpinteros, librerros y hasta farmacéuticos, maniobraban á las horas reglamentarias bajo las órdenes del antiguo sargento de dragones Lavigne, que, habiéndose casado con la hija del señor Ravaudan, heredó el comercio de sedas fundado por su suegro.

Lavigne se llamaba comandante, Mayor de Plaza, y como toda la gente joven se había incorporado al ejército, el Mayor de Rethel alistó á los hombres de alguna edad resueltos á defenderse. Los gordos andaban todo el día por la calle á paso gimnástico, para adquirir agilidad, y los débiles paseaban cargados con bultos de peso, para adquirir fuerzas.

Y todos aguarban á los prusianos. Pero los prusianos no comparecían. Sin embargo, no andaban muy lejos; dos veces los exploradores habían llegado, atravesando el bosque, hasta la casita del guarda Pichon, á muy poca distancia de la ciudad.

El viejo guarda, corriendo como un zorro, había dado aviso á la plaza, donde se dispusieron los cañones para el combate; pero el enemigo no se presentó.

La casita del guarda servía de avanzada en el

bosque Aveline. Y el viejo Pichon iba dos veces por semana á recoger provisiones y á dar noticias de la campaña.

Aquel día fué á la ciudad para prevenir á los burgueses milicianos que un destacamento de infantería alemana hizo alto en su casa el día anterior á eso de las doce, volviendo á partir inmediatamente. El sargento que mandaba la fuerza hablaba francés.

Para esas correrías, el viejo se llevaba á sus dos perros, dos mastines feroces, por miedo á los lobos, que comenzaban á ser temibles, y dejaba solas á las dos mujeres, recomendando mucho que se atrancaran bien antes de anochecer.

La joven no tenía miedo; pero la vieja, temblando, repetía:

—Esto acabará mal; ya lo veréis como esto acaba mal.

Aquella tarde se mostraba más inquieta que de costumbre.

—¿Sabes á qué hora volverá tu padre?

—Antes de las once, sin duda no; cuando cena en casa del comandante, suele tardar mucho.

Y acercando el puchero á la lumbre para hacer

la sopa, se paró á escuchar un ruido vago que percibía por la chimenea:

—Andan por el bosque, lo menos, de siete á ocho personas.

La madre, angustiada, interrumpiendo su labor, balbuceaba:

—¡Ah, Dios mío! ¡Y tu padre no está en casa!

No había terminado esta frase cuando se

oyeron golpes rudos que hacían retremblar la puerta.

Las mujeres callaron, y una voz fuerte y gutural gritó:

—¡Abrid!

Como nadie contestaba, la voz de fuera prosiguió:

—¡Abrid ó echo abajo la puerta!

Bertina descolgó el revólver, escondiéndolo en el bolsillo de su falda; luego, acercándose á la puerta, preguntó:



—¿Quién llama?

—El destacamento de ayer.

—¿Qué quiere?

—Nos hemos perdido en el bosque por la mañana. Si no abren, echo abajo la puerta.

Era forzoso; la moza descorrió los cerrojos, y abriendo las maderas, descubrió, á la pálida luz del crepúsculo, seis hombres, seis soldados prusianos, los mismos que habían ido allí el día anterior. Y les dijo resueltamente:

—¿Por qué vienen aquí á estas horas?

El sargento repitió:

—Nos hemos perdido en el bosque. Por fortuna reconocí esta casa. No he comido nada en todo el día; tampoco mi destacamento ha comido nada.

Bertina dijo:

—Estoy sola con mi madre.

El sargento, que parecía un buen hombre, contestó:

—No importa; no haré daño á nadie. Pero nos daréis algo de comer; venimos hambrientos y cansados.

La joven se quitó de la puerta:

—Entren ya.

Entraron cubiertos de nieve, llevando sobre los cascos una especie de merengues. Estaban extenuados.

La joven, señalando á los dos bancos á uno y otro lado de la mesa, les dijo:

—Siéntense; haré la sopa. Ciertamente, deben estar muy cansados.

Y volvió á correr los cerrojos de la puerta.

Añadió agua al puchero, echó en él manteca y patatas, y la mitad de un trozo de tocino que descolgó de la chimenea.

Los seis hombres contemplaban sus movimientos, y el hambre parecía salirles á los ojos. Habían dejado sus fusiles y sus cascos en un rincón, y aguardaban quietos, como niños en los bancos de una escuela.

La madre se había puesto nuevamente á hilar, lanzando á cada instante miradas intranquilas sobre los soldados invasores. No se oía más que el ronquido leve del huso, el chisporroteo de los tizones y el murmullo del agua hirviendo.

Pero, de pronto, un ruido extraño los hizo estremecer á todos, algo como una respiración potente, junto á la puerta; un aliento de bestia, prolongado y ronco.

El sargento se abalanzó hacia los fusiles, y la moza le detuvo sonriendo:

—Son lobos—dijo—; como soldados alemanes, rondan descaminados y hambrientos.

El hombre, incrédulo, quería cerciorarse, y cuando entreabrió la puerta, dos sombras grises huían saltando rápidamente.

Volvió á sentarse murmurando:

—No lo hubiera creído.

Y aguardó que la comida estuviese preparada.



Devoraron, abriendo sus bocas hasta las orejas para engullir más. Como si comieran también con los ojos, los abrían desmesuradamente.

Las dos mujeres observaban en silencio los rápidos movimientos de las grandes barbas rojas, y

las patatas desaparecían entre aquellos vellones oscilantes.

Como tenían sed, la moza bajó á la cueva para darles sidra. Tardó mucho en subir; era una cueva abovedada que durante la revolución había servido unas veces de cárcel y otras de escondrijo, según se decía. Bajábase por una estrecha escalera de caracol, cerrada por una trampilla de recia madera, en el suelo de la cocina.

Cuando Bertina compareció, reía, reía sola, satisfecha, presentando á los alemanes el cántaro lleno de sidra.

Luego se puso á cenar tranquilamente con su madre al otro extremo de la cocina.

Los soldados habían comido, y apoyados en la mesa, se durmieron. De cuando en cuando, un cuerpo se desplomaba con sordo ruido; el hombre, despertando, erguíase.

Bertina dijo al sargento:

—Podrían echarse cerca de la lumbre; hay sitio para todos. Yo subo á mi habitación con mi madre.

Y las dos mujeres subieron al piso de arriba. Oyóselas cerrar la puerta y andar de un lado á otro. Al fin cesaron todos los ruidos.

Los prusianos se tumbaron en el suelo, con los pies hacia la lumbre, y apoyando las cabezas en las

mantas arrolladas, pronto roncaban todos con sonidos varios, agudos ó graves, pero continuos y ruidosos.

*
*
*

Habían dormido ya bastante rato cuando sonó un tiro muy cerca; hubiérase dicho que lo dispararon junto á los muros de la casa. Los soldados pusieronse todos en pie. Oyéronse dos nuevas detonaciones, y otras dos al instante. Abrióse la puerta del piso de arriba, y apareció la joven, inquieta, descalza, en camisa, con una palmatoria en la mano, y balbució:

—¡Los franceses! ¡Más de doscientos franceses!, y si los descubren aquí pondrán fuego á la casa. De prisa, es necesario esconderse; bajen á la cueva sin hacer ruido. Si hacen el menor ruido, nos perdemos todos.

El sargento, sorprendido, murmuró:

—Es verdad, es verdad. ¿Por dónde bajamos?

La joven levantó precipitadamente la trampa, y los seis hombres desaparecieron por la estrecha escalera de caracol, hundiéndose en el suelo uno tras otro.

Pero cuando la punta del último casco hubo desaparecido, Bertina dejó caer la pesada tabla de





nudosa encina, gruesa como una pared y dura como el acero, que se cerraba con dos pasadores y un cerrojo de cárcel; y riendo, con una risa muda y alegre; dábanla tentaciones de bailar sobre sus prisioneros.

Los alemanes no chistaban encerrados en aquella caja de piedra, sin más abertura que un pequeño tragaluz cruzado por dos fuertes barrotes de hierro.

Bertina despabiló la lumbre, acercó el puchero nuevamente y se puso á preparar otra sopa, murmurando:

— Padre vendrá fatigado esta noche.

Sentada esperó. Sólo interrumpían el silencio profundo los golpes de la péndola de un reloj de pared.

De cuando en cuando la joven levantaba los ojos para ver la hora, con una mirada impaciente que parecía decir:

— Va muy despacio.

Luego creyó que bajo sus pies resonaban algunas voces apagadas. Los prusianos iban dándose cuenta del engaño, y no tardó el sargento en acercarse á la trampilla, encaramado en la estrecha escalera de caracol, gritando:

— ¡Que abran!

La joven se acercó y dijo, imitando la voz y la pronunciación del alemán:

—¿Qué se ofrece?

—¡Que abran!

—¡No quiero abrir!

—El hombre se irritó.

—¡Si no abren, rompo la puerta!

—Rómpala si puede; rómpala, rómpala.

Y el sargento comenzó á golpear con la culata del fusil, pero inútilmente, porque la encina vieja hubiese resistido á una catapulta.

La joven le oyó bajar. Subieron los soldados, uno después de otro, á inspeccionar el cierre, á probar todos. Pero juzgando sin duda sus tentativas inútiles, bajaban de nuevo, hablando violentamente.

La joven los oía; luego abrió la puerta de la casa y estuvo escuchando en el silencio de la noche.

Resonó un ladrido á lo lejos. Bertina silbó como los cazadores, y al fin aparecieron dos perrazos enormes, abalanzándose á ella para acariciarla. Ella los retuvo cogiéndolos por el cuello y gritó con toda su fuerza:

—¡Padre!

Una voz lejana respondió:

—¡Bertina!

La joven aguardó un momento. Luego insistió:

—¡Padre! ¡Padre!

La voz, ya más próxima, dijo:

—Aquí estoy, Bertina.

Y ella repuso:

—No pases por delante del tragaluz. Hay prusianos en la cueva.

Y de pronto, el gigantesco perfil del hombre se dibujó á la izquierda, entre dos troncos de árbol. Detúvose y preguntó con inquietud:

—¿Prusianos en la cueva? ¿Qué hacen allí?

La joven rió.

—Son los de ayer; se habían perdido en el bosque, y los tengo encerrados en la cueva.

Refirió su aventura; cómo los asustó con los disparos del revólver y cómo pudo convencerlos para que bajasen á la cueva.

El viejo guarda, siempre serio, preguntó:

—¿Y qué haremos ahora?

—Pues avisar al comandante Lavigne y á su gente. Los hará prisioneros. Un triunfo para el comandante.

—Sí; le gustará mucho tener prisioneros.

—Ahí está la sopa. Come de prisa, y ¡andando!

El viejo guarda comió, dando al mismo tiempo de comer á los perros.

Los prusianos, oyendo hablar, callaron.

A los quince minutos, Zancos volvía de nuevo á la ciudad, y Bertina, con la cabeza entre las manos, aguardaba.

Los prusianos mostrábanse cada vez más impacientes. Vociferaban, llamaban, golpeaban la trampa, sin lograr moverla.

Luego disparaban los fusiles por el tragaluz, con la esperanza de que acudiese algún destacamento alemán.

La moza seguía inmóvil, aguardando; pero todo aquel ruido la enervaba, la irritaba. Despertábase la cólera en su corazón; hubiera querido asesinar á los miserables para que se callaran.

Cada vez más impaciente, miraba al reloj, contando los minutos.

Hacia hora y media que su padre salió. Ya estaba, sin duda, en casa del comandante Lavigne. Y ella le imaginaba refiriendo el suceso; el comandante palidecía emocionado; llamaba á la criada para que le diese el uniforme y las armas; los tambores recorrían las calles; asomaban á los balcones rostros despavoridos; los milicianos abandonaban sus hogares á medio vestir, presurosos, abrochán-

dose el cinturón, corriendo hacia la casa del comandante.

Luego, la tropa, con Zancos á la cabeza, se ponía en marcha, entre la obscuridad nocturna, sobre la nieve, hacia el bosque.

Bertina miraba el reloj, pensando: «Pueden llegar antes de una hora.»

Dominábala una impaciencia nerviosa. Los minutos la parecían interminables. ¡Qué tardanza!

Y al fin, transcurrido el tiempo que suponía suficiente para que llegara, abrió la puerta y escuchó. Una sombra se acercaba cautelosamente. Bertina tuvo miedo y lanzó un grito. Tranquilizóse reconociendo á su padre.

—Me envían á ver si todo continúa igual.

—Todo igual.

Entonces el guarda lanzó en el silencio de la noche un silbido estridente y prolongado. Y pronto una masa oscura se adelantó entre los árboles: era la vanguardia, formada por diez hombres.

Zancos repetía sin cesar:

—No pasen por delante del tragaluz.

Y los primeros indicaron á los otros el tragaluz temible.

Al fin apareció el batallón en masa; doscientos

hombres, cada uno de los cuales llevaba doscientos cartuchos.

El comandante Lavigne, agitado, tembloroso, distribuyó sus fuerzas de modo que rodearan la casa, dejando libre solamente la parte donde aparecía el tragaluz á raíz del suelo.

Luego entró en la cocina, enterándose del número y actitud del enemigo; los alemanes guardaban tanto silencio, que se les hubiera podido creer escapados, evaporados por el tragaluz.

El comandante Lavigne golpeó con un pie sobre la trampilla de la cueva, gritando:

—¿Señor oficial prusiano?

El alemán no respondió.

El comandante repetía:

—¿Señor oficial prusiano?

Todo inútil. Durante veinte minutos, el comandante Lavigne invitó al sargento silencioso á que se rindiera con armas y bagajes, prometiendo respetar sus vidas y su honor militar. Pero no consiguió respuesta ni el menor signo de asentimiento ni de hostilidad. La situación se hacía cada vez más difícil.

Los milicianos andaban sobre la nieve pisando firme; se golpeaban los hombros con las manos, cruzando los brazos, como hacen los cocheros para calentarse, y mirando al tragaluz, sentían un deseo,

ardiente y pueril, de pasar por delante de él. Uno, llamado Potdevin, que era muy ligero, al cabo se decidió. Tomando carrera, pasó frente al tragaluz como un ciervo escapado. La intentona tuvo éxito; los prisioneros parecían muertos.

Una voz dijo:

—No hay nadie.

Y otro miliciano atravesó el espacio libre frente al tragaluz peligroso. Entonces muchos repitieron la prueba. Y á cada minuto un hombre decidido pasaba de un grupo á otro, como hacen los niños jugando al marro, y al correr levantaban salpicaduras de nieve: con tal presteza movían los pies. Habíanse dispuesto, para calentarse, grandes hogueras de ramas secas, y el perfil del miliciano que pasaba corriendo de uno á otro grupo, aparecía iluminado en su veloz carrera.

Uno gritó:

—A ti te toca, Maloison.

Maloison era un panadero muy gordo, cuyo abultado vientre hacía reír á sus camaradas.

Dudó. Le hicieron burla. Entonces, decidiéndose, avanzó á paso gimnástico, sacudiendo á cada impulso nuevo su enorme barriga.

Todos reían como locos. Y algunos gritaban para darle ánimos:

—¡Bravo! ¡Bravo, Maloison!

Había recorrido las dos terceras partes del trayecto, cuando un fogonazo rojo salió del tragaluz, una detonación estremeció el aire, y el panadero cayó de bruces lanzando un grito.

* * *

Nadie se acercó á socorrerle. Gimiendo, arrastrábase con dificultad sobre la nieve, y cuando llegó al fin del peligroso trayecto, se desmayó.

Tenía un balazo en la parte carnosa del muslo.

Pasados la sorpresa y el espanto, volvió á dominar la risa.

El comandante Lavigne apareció en la puerta de la casa. Ya tenía resuelto su plan de combate. Gritó con tono imperioso:

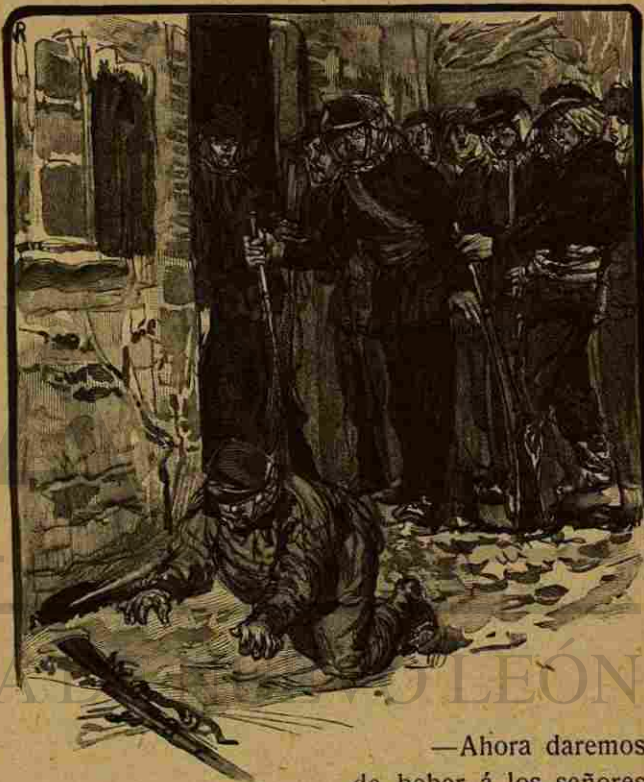
—El plomero Planchert y sus operarios.

Aproximáronse tres hombres.

—Arrancad los canalones.

En un cuarto de hora le llevaron más de veinte metros de canal.

Entonces, con mil precauciones prudentes, hizo abrir un barreno al borde de la trampilla, y poniendo en comunicación este agujero con la bomba por medio de los canalones, dijo, encantado con su invento:



—Ahora daremos
de beber á los señores
alemanes.

Un grito frenético de admiración estalló, seguido por aullidos alegres y risas descomunales. El comandante organizó pelotones de obreros que se re-

levaban de cinco en cinco minutos. Luego dió la voz de mando:

—¡Dadle á la bomba!

Y al impulso del volante subía el agua, corriendo por la canal después, y entrando en la cueva con un murmullo de cascada de jardín, al saltar de escalón en escalón.

Escucharon.

Pasó una hora; pasaron dos, tres.

El comandante paseaba por la cocina, febril apli- cando al suelo una oreja de cuándo en cuándo, que- riendo adivinar los movimientos del enemigo, espe- rando la capitulación.

El enemigo se agitaba ya. Oíasele remover las barricadas, hablar, chapotear.

Al fin, hacia las ocho de la mañana, una voz sa- lió del tragaluz.

—Quiero hablar al señor oficial francés.

Lavigne respondió desde la ventana, sin asomar demasiado la cabeza:

—¿Se rinden?

—Me rindo.

—Pues echen los fusiles por el tragaluz.

Uno á uno asomaron hasta seis fusiles, cayendo sobre la nieve. La mismo voz de antes dijo:

—Ya no hay más. De prisa, que me ahogo.

El comandante ordenó:

—¡Dejen la bomba! ¡No más agua!

El volante quedó al punto inmóvil.

Y después de llenarse la cocina de milicianos, arma al brazo, levantaron la trampilla.

Cuatro cabezas aparecieron de pronto; cuatro ca-



bezas rubias y después otras dos; uno tras otro sa- lieron los seis alemanes, temblorosos, chorreando agua.

Los ataron en seguida codo con codo y luego, como si fuera de temer una sorpresa, formáronse

dos grupos, uno conduciendo á los prisioneros y otro llevando al herido Maloison sobre una colchoneta.

Entraron en Rethel triunfalmente.

«Por hacer la captura de una vanguardia prusiana», el comandante Lavigne fué condecorado, y el panadero recibió una cruz del Mérito Militar, «por haber recibido una herida frente al enemigo».



NUESTROS INGLESES

UN cuadernito yacía en el mullido asiento del vagón. Lo cogí hojeándolo con cierta curiosidad. Era un diario de viaje olvidado sin duda por su dueño.

Copio á continuación las tres últimas páginas.

.....
«1.º de Febrero.—Menton, capital de los tísicos; famosa por sus tubérculos pulmonares. En absoluto diferentes del tubérculo llamado patata, que vive y retoña en la tierra para servir de alimento al hombre y engordarlo: esa humana vegetación, adquiere desarrollo á expensas de la carne del hombre y á su vez alimenta y engrasa la tierra.

Dióme á conocer semejante definición, muy gráfica y algo científica, un sabio médico del país.

Busco un Hotel. Me indican el «*Gran Hotel de Rusia, de Inglaterra, de Alemania y de Holanda*».

Rindiendo culto á la inteligencia cosmopolita del fondista, me quedo en aquel hospital que me parece

dos grupos, uno conduciendo á los prisioneros y otro llevando al herido Maloison sobre una colchoneta.

Entraron en Rethel triunfalmente.

«Por hacer la captura de una vanguardia prusiana», el comandante Lavigne fué condecorado, y el panadero recibió una cruz del Mérito Militar, «por haber recibido una herida frente al enemigo».



NUESTROS INGLESES

UN cuadernito yacía en el mullido asiento del vagón. Lo cogí hojeándolo con cierta curiosidad. Era un diario de viaje olvidado sin duda por su dueño.

Copio á continuación las tres últimas páginas.

.....
«1.º de Febrero.—Menton, capital de los tísicos; famosa por sus tubérculos pulmonares. En absoluto diferentes del tubérculo llamado patata, que vive y retoña en la tierra para servir de alimento al hombre y engordarlo: esa humana vegetación, adquiere desarrollo á expensas de la carne del hombre y á su vez alimenta y engrasa la tierra.

Dióme á conocer semejante definición, muy gráfica y algo científica, un sabio médico del país.

Busco un Hotel. Me indican el «*Gran Hotel de Rusia, de Inglaterra, de Alemania y de Holanda*».

Rindiendo culto á la inteligencia cosmopolita del fondista, me quedo en aquel hospital que me parece

deshabitado, tal vez por sus enormes anchuras.

Luego doy un vistazo á la población, agradable y resguardada por una cumbre imponente (véanse las descripciones en las *Guías*). Tropiezo con personas que tienen semblantes melancólicos, enfermos, y las acompañan otras personas con semblantes aburridos. Algunos usan aquí tapabocas. (Aviso á los naturalistas que temen su completa desaparición)

Las seis. La hora de comer. Ocupa la mesa un salón inmenso, donde podrían acomodarse trescientos huéspedes, pero sólo se sientan veintidós. Llega primero un inglés, larguirucho y afeitado; lleva una levita de mucho vuelo y muy entallada, cuyas mangas oprimen sus brazos esqueléticos, lo mismo que oprime al paraguas la funda. Recuerda el uniforme civil de los antiguos militares, el de los inválidos, la sotana de algunos clérigos, y luce por delante una fila de botones, también cubiertos de paño negro, y tan juntos como un reguero de hormigas. Frente á ellos, una fila de ojales que parecen abrirse con el deseo de abrocharlos, inspiran ideas viciosas.

El chaleco está cerrado por el mismo sistema. Embutido en sus vestiduras, el inglés no aparenta un carácter alegre. Me saluda, y correspondo á su cortesía.

Entran luego tres damas inglesas, la madre y dos hijas. Todas lucen sobre su cabeza un tocado como de huevo batido, lo cual me sorprende. Las hijas y la madre representan la misma edad. Son igualmente descarnadas, huesudas, tiesas, descoloridas. Y asoman unos largos dientes entre los labios para infundir terror á los manjares y á los hombres.

Llegan más huéspedes, ingleses todos. Uno, solamente uno, es gordo y colorado, con patillas blancas. Todas las mujeres (y son catorce) lucen sobre su cabeza un tocado como de huevo batido. Noto que aquel entremés que se han encasquetado todas, á manera de sombrero, está construído con encajes blancos ó tul espumoso; no lo sé á punto fijo. Pero, no parece cosa dulce. Todas aquellas mujeres presentan el aspecto de conservas en vinagre, aun cuando cinco son jóvenes y bastante agraciadas, á pesar de sus perfiles rectos y escurridos y su expresión desengañada.

Recuerdo una estrofa del poeta Bouilhet:

¡Qué importa que tu pecho no tenga exuberancias!
Así hallaré más próximo tu amante corazón.
Tu delgadez informe acorta las distancias
y de tus pobres huesos en el tenue armazón,
me alegra—como un mirlo que sobre un pie dormita
en su jaula encerrado—el amor que me incita.

Dos ingleses, bastante jóvenes, entran, oprimidos por sus levitas eclesiásticas. Son sacerdotes laicos, pastores protestantes, casados y con hijos. Parecen más pulcros, más reverendos y menos amables que nuestros curas. Yo no cambiaría una cuba de éstos por un barril de los otros. Cada cual tiene sus gustos.

En cuanto se hallan reunidos todos, el pastor de más categoría toma la palabra y pronuncia—en inglés, no en latín—una especie de *benedicite*, muy largo, que los demás oyen con recogimiento.

Así, cuando, á pesar mío, hasta mis alimentos quedan consagrados al Dios de Israel y de Albión, comenzamos á comer la sopa.

Reina en el salón espacioso un silencio solemne, un silencio que no debe ser lo acostumbrado. Supongo que mi presencia resulta desagradable para la colonia inglesa, entre la cual no se había intercalado hasta entonces ningún intruso, ninguna oveja impura.

Sobre todo las mujeres, contenidas y tirantes, como si temiesen que se les cayera en el plato su tóca de huevo batido, muestran una dificultosa y grave actitud.

El pastor de más categoría dirige algunas frases á otro pastor que come á su derecha. Como tengo



la desgracia
desaber inglés,

puedo asombrarme al notar que prosiguen una conversación interrumpida, comentando los textos de los profetas.

Todos atienden y reflexionan cada palabra.

Y me atiborran—á pesar mío—de sentencias bíblicas.

«Derramaré agua para que beba el sediento», dijo Isaías.

Yo, ignorante, no lo sabía; como tampoco tuve,

hasta el presente, conocimiento de las verdades que lanzaban Jeremías, Malaquías, Ezequiel, Gagachías y Elías.

Aquellas verdades penetran en mis oídos y zumban en mi cerebro como abejorros.

«El que tiene hambre reclama un alimento.»

«En el aire viven los pájaros, como los peces en el mar.»

«La higuera produce higos, y la palmera dátiles.»

«El hombre que no escucha, no aprovechará lo que dice la ciencia.»

¡Cuánto más grandioso y más profundo es nuestro Enrique Monnier, que puso en boca de un hombre solo, de su inmortal Proudhon, tal cúmulo de sorprendentes verdades, que no dijeron tantas entre todos los profetas!

Viendo el mar, exclamó: «Es hermoso el Océano; pero ¡cuánta extensión de tierra perdida para el cultivo!»

Y formula en breves frases la eterna política del mundo: «Esta espada es el día más hermoso de mi existencia. La consagraré á luchar por el Gobierno que me la ofrece, y si es necesario, á combatirlo.»

De hallarme presentado á la sociedad inglesa que me rodeaba, seguramente algunas frases, elegidas

entre las muchas famosas de nuestro profeta francés, hicieran mella.

Terminada la comida, los huéspedes pasan á otro salón.

Yo me aislo, sentándome cómodamente. La tribu evangélica parece conspirar, apiñándose al otro extremo de la estancia inmensa.

De pronto, una señora se dirige al piano.

Y reflexiono: «¡Ah! Un poco de música. ¡Me place!»

Ocupa la banqueta, levanta la tapa, y toda la colonia se arremolina en torno y la envuelve.

¿Se disponen á cantar una ópera?

El pastor de más categoría, convertido en maestro de coros, hace una señal con la mano, y un clamor indescritible y horroroso fluye de todas las gargantas. ¡Entonan su cántico!

Las mujeres chillan, los hombres mugen, los cristales retiemblan. El perro del Hotel, furioso, aulla en el patio y otro le responde con aullidos feroces desde una ventana.

Escapo, aturdido, y voy á dar un paseo por las calles. No encontrando casino, teatro, ni lugar donde cobijarme, vuelvo al Hotel.

Ellos cantan aún.

Me acuesto. Siguen cantando. Cantarán hasta me-

dia noche sus preces al Señor, con voces desentonadas y chillonas, las más horribles que oí en mi vida, mientras yo, turbado por el espantoso instin-



to de imitación, que puede arrastrar á todo un pueblo en una danza macabra, sin querer, improviso, canturreando:

Compadezco al Señor, poderoso de Albión,
cuyas glorias berrea la tribu en el salón.

Si tiene más oído
que su pueblo rendido;
si le agrada el talento, la belleza,
el ingenio, el placer, la gentileza,

la mimica elegante,
la música sentida é insinuante...

Compadezco al Señor, poderoso de Albión;
le compadezco, sí, ¡de todo corazón!

Y cuando logré, al fin, dormirme, tuve sueños horrosos. Vi á los profetas, cabalgando sobre los pastores y comiendo huevos batidos en descarnadas calaveras.

¡Horrible! ¡horrible!

2 de Febrero.—En cuanto despierto, pregunto al fondista si aquellos bárbaros invasores de su hotel, repiten á diario su espantosa diversión.

Y me responde, sonriente:

—No, caballero. Ayer era domingo, y el domingo, ya lo sabe usted, lo dedican á sagradas ceremonias.

Entonces improviso:

Nada es sagrado para un pastor;
ni mi descanso reparador,
ni mi comida, ni mis oídos
que aturde ¡bárbaro! con sus berridos.
Como repitan—sábelo bien—
me voy en busca del primer tren.

Algo sorprendido, el fondista me prometió indicarme sus quejas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, N.M.

De día, he dado un agradable paseo por la montaña.

Por la noche, al sentarme á la mesa, soy testigo del propio *benedicite*. Luego, vamos al salón. ¿Qué harán esta noche? Durante una hora... nada.

Y de pronto, la misma señora que ayer acompañó los cánticos, dirígese al piano, lo abre—tiemblo de horror—y toca... ¡un vals!

Las jóvenes bailan.

El pastor de más categoría lleva el compás, golpeándose un muslo con la mano; tiene la costumbre de llevar el compás en las ceremonias. Los caballeros invitan á las damas, y los huevos batidos comienzan á girar; giran, giran, giran, como si alguien continuara batiéndolos.

¡Vaya! ¡Eso me gusta! Después del vals, un rigodón, una polca.

No habiendo sido presentado, mi papel se reduce á observar desde mi rincón.

3 de Febrero.—Otro agradable paseo al vetusto Castellar, admirable ruina que aún guarda entre sus restos informes, algún vestigio de su grandeza.

Nada tan hermoso como las crestas graníticas de un castillo roquero, asomando entre las nieves de los Alpes (véanse las *Guías*). Un panorama delicioso.



Durante la comida, ya que nadie puede presentarme, me presento yo mismo á la señora que se sienta junto á mí; desparpajo francés. Ella no se digna contestarme; corrección británica.

Por la noche, baile de ingleses.

4 de Febrero.—Excursión á Mónaco (véanse las *Guías*).

Por la noche, baile de ingleses. Lo presencio desde mi rincón, á distancia, como un apestado.

5 de Febrero.—Excursión á San-Remo (véanse las *Guías*).

Por la noche, baile de ingleses. Continúa mi cuarentena.

6 de Febrero.—Excursión á Niza (véanse las *Guías*).

Por la noche, baile de ingleses. Desde la mesa me voy á la cama.

7 de Febrero.—Excursión á Cannes (véanse las *Guías*).

Por la noche, baile de ingleses. Tomo un té, refugiado en mi rincón.

8 de Febrero.—Domingo. Ha llegado la hora de mi desquite. Nos veremos. Afectan el recogimiento propio del día sagrado, preparándose á cantar como energúmenos.

Pero antes de la comida, me deslizo hasta el sa-

lón, cierro el piano, y me guardo la llave. Después le digo al camarero que se halla de servicio en el despacho:

—Si los ingleses piden la llave del piano, dígalos que yo la he cogido; que se dirijan á mí.

Durante la comida, tratan de varios puntos de la Biblia que se prestan á dudas, comentan los textos, aclaran las genealogías de los personajes bíblicos.

Luego van al salón. Se acercan al piano. ¡Estupor! Se consultan. La tribu parece aterrada. Los huevos batidos agítanse como si quisieran volar. Después, el pastor de más categoría, se aparta del grupo; sale del salón; al poco rato entra de nuevo. Discuten. Me observan con ojos indignados; y al fin los tres pastores avanzan hacia mí, en orden, alineados, como una embajada. En su actitud hay algo de imponente.

Saludan. Me levanto. El de más categoría me dirige la palabra ceremoniosamente:

—Señor: me dicen que tiene usted la llave del piano. Las señoras desean abrirlo para entonar el cántico.

Respondo:

—Señor clérigo: me lastima no complacer á las señoras cuyo deseo parece justo; pero usted es un hombre religioso, y comprenderá que, siéndolo yo



también,
mis doctrinas, más
intransigentes que las de usted, sin duda, me obligan á evitar la profanación que ustedes proyectan. Yo no puedo admitir, caballeros, que se valgan para entonar cánticos al Señor, del instrumento que durante seis días ha servido para que se divirtieran bailando las muchachas. Nosotros no damos bailes públicos en las iglesias, ni tocamos valeses ni rigodones en los órganos. El uso que ustedes hacen del piano, me indigna y me subleva. Pueder

participar á las señoras mis opiniones y mi resolución.

Los tres pastores, confusos, retiranse. Las señoras los oyen estupefactas. Y se deciden á entonar su cántico sin acompañamiento.

9 de Febrero.—El fondista me advierte que busque hotel, no pudiendo alojarme ya en el suyo. Los ingleses le han exigido que me arroje de su casa.

Los tres pastores atisban, deseosos de verme salir para no volver. Salgo á su encuentro, y después de saludarlos, digo:

—Caballeros: parece que han estudiado ustedes á fondo la Sagrada Escritura Yo también domino algo la exégesis bíblica. Y quisiera someter al juicio de ustedes, una preocupación que turba mi conciencia de católico. El incesto es considerado como abominable, ¿no es así? Pero la Biblia nos refiere un caso abrumador para la Fé. Lot, al huir de Sodomá, fué seducido por sus dos hijas, y perdió á su mujer convertida en estatua de sal. De aquel doble y horrible incesto, nacieron Ammón y Moab, fundadores de pueblos poderosos, los ammonitas y los moabitas. Esto no lo ignoran ustedes. Y tampoco ignoran que Ruth, la segadora que despertó al dormido Booz, haciéndole padre, fué una moabita. ¿No dice Victor Hugo:

«Ruth, una moabita se tiende vacilante. de Booz á los pies, cautelosa y desnuda y aguarda que un rayo de gloria la sacuda cuando el hombre despierte luminoso y triunfante?»

El rayo de gloria que sacudió el desnudo cuerpo de Ruth, fué causa de que naciera Obed, abuelo de David. ¿Y nuestro Señor Jesucristo, no es descendiente del rey David?

Los tres pastores, en silencio, se miran consternados.

Y prosigo:

—Me dirán ustedes que hablo de la genealogía de José, esposo legítimo, pero inútil, de María, madre de Jesús. Como José no contribuyó poco ni mucho al nacimiento de su hijo, aun siendo su origen incestuoso, el incesto no mancha la cuna del Niño-Dios. ¿Eh? Conformes. Pero he de hacer dos advertencias. Una: que José y María, siendo primos, debieron emanar de la misma procedencia. Otra: que resulta escandaloso hacernos leer diez páginas genealógicas para despedirnos con salida inconcebible. Nos quedamos ciegos aprendiendo que A engendró á B, el cual engendró á C, el cual engendró á D, el cual engendró á E, quien engendró á F, y cuando ya estamos locos de seguir línea por línea tan aplas-

tante serie de engendros, llegamos al último que no engendró nada. Eso puede llamarse, caballeros, el colmo de la burla.

Bruscamente, los tres pastores me vuelven la espalda en silencio, escapando.

A las dos, tomó el tren de Niza.»

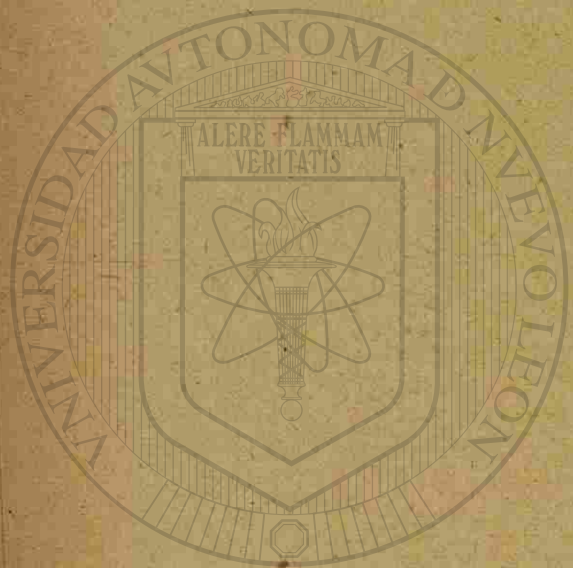
.....

*
*
*

El *diario* no continúa. Y, aun cuando esas notas revelan poca delicadeza en su autor, conceptos vulgares y sobrada grosería, las publico suponiendo que puedan servir á muchos viajeros para librarse ó apartarse de los invasores ingleses.

Debo añadir que también se refugian con frecuencia en Francia ingleses agradables y correctos. Algunos conozco. Pero en general, distan mucho de ser así los que frecuentan los balnearios.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL SISTEMA DE ROGER

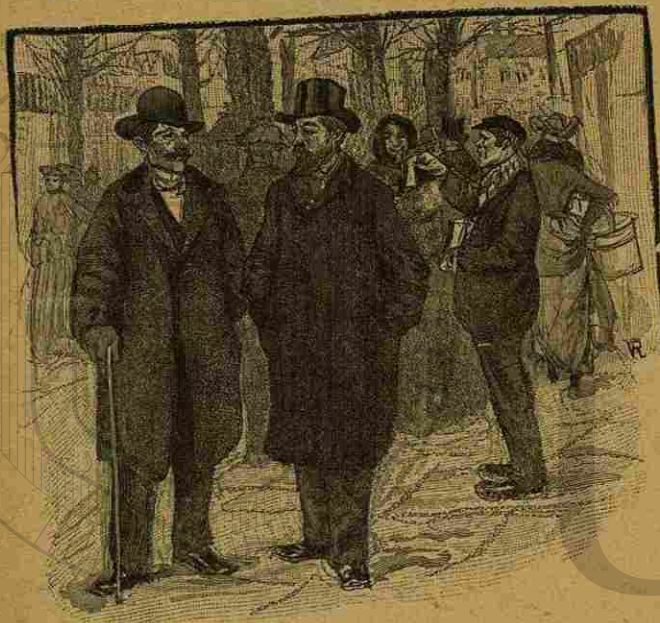
PASEÁBAME por el bulevar con Roger, cuando un vendedor de romances voceó cerca de nosotros:

—¡Quién quiere uno! con la explicación de cómo un hombre se libra de la suegra. ¡Quién quiere uno! Me detuve, y dije á mi camarada:

—Este pregón me recuerda una pregunta que deseo hacerte: ¿Qué significa eso del «sistema Roger», que tu mujer con tanta frecuencia repite? Da tanta intención á esa frase y la envuelve con tan chusca ironía, que supongo se trata de algo muy curioso, de algún bálsamo amoroso cuyo secreto posees. Cada vez que se habla de algún joven fatigado, agotado, rendido, ella se dirige á ti, riendo, para decirte: [®]

—Será necesario indicar á ese infeliz el sistema Roger.

Y lo más gracioso es que al oír estas palabras te pones colorado.



Roger contestó:

—No me faltan motivos, y si mi mujer supiera de qué se trata, no insistiría seguramente. Quiero confiarte la historia que dió origen á esa frase. Ya sabes que me casé con una viuda, de la cual estaba muy enamorado. Mi mujer ha gustado siempre de conversaciones bastante libres, y antes de casarnos habíamos discutido muchas veces asuntos algo escabrosos, cosa permitida y corriente tratándose de

viudas que aún conservan en los labios el gusto picante del amor carnal. Agradábanla mucho los cuentos verdes, los chistes de color subido, sin que por esto se propasara ni perdiera la compostura. Los pecadillos de palabra no son graves en ciertos casos; ella es atrevida, yo soy algo tímido: y antes de casarnos divertíase con frecuencia comprometiéndome con preguntas y con bromas, á las cuales no era fácil responder. Acaso estos atrevimientos contribuyeron á enamorarme. Llegué á estar loco, enamorado de pies á cabeza, en cuerpo y en alma; ella lo sabía, la tunanta.

Decidimos, al casarnos, prescindir en absoluto de fiestas, ceremonias y viajes. Después de recibida la bendición en la iglesia, tomaríamos un pisolabis en compañía de los padrinos y testigos, iríamos á dar un paseo en coche los dos solos, y volveríamos á comer, solos también, á mi casa, calle de Helder.

Después que se despidieron todos, un coche nos llevó al bosque de Bolonia. Era en Junio y hacía un tiempo maravilloso.

En cuanto se vió sola conmigo, me dijo riendo:

—Mi querido Roger, ha llegado la hora de mostrarse amoroso. A ver cómo te luces.

Con esta inesperada brusquedad quedé confuso, como paralizado. Besándole las manos, yo repetía:

«Te quiero mucho; te quiero mucho.» Enardecido, resolví dos veces besarla en el cuello; pero los transeuntes me cohibían.

Entre tanto ella, provocadora y graciosamente, repetía:

—¿Y qué más? ¿Y qué más?

Este «¿y qué más?»..., tantas veces repetido, me descomponía y desconsolaba. No eran el coche ni el bosque de Bolonia, en pleno día, lugar á propósito para ciertas empresas amorosas... Ya comprendes.

Ella se divertía porque adivinaba mi turbación, y de vez en cuando murmuraba:

—Temo no haber acertado: me inspiras mucha inquietud...

Y también yo empecé á sentirme inquieto, á desconfiar de mi fuerza. Si me acobardo no soy capaz de nada.

En la comida estuvo deliciosa, y en cuanto fué posible, hice retirar al criado que servía la mesa... ¡Oh! Entonces no me propasé; pero hicimos todas las tonterías propias de amantes: beber en el mismo vaso, comer con el mismo tenedor; y á veces encontrábase dulcemente nuestros labios.

Ella me dijo:

—Dame un poco de *champagne*.

Cogí la botella, corté los cordeles, empujé suavemente para que saltara el corcho; pero no saltó. Gabriela, riendo, murmuraba:

—¡Mal presagio!

Apreté con fuerza, tirando á un lado y á otro. ¡Inútil! y, al cabo, en vez de saltar el corcho, se rompió.

Gabriela suspiraba:

—¡Pobre Roger!

Cogí un sacacorchos, y ni aun con su ayuda conseguí des-

tapar la botella. Tuve que llamar á Próspero.

Mi mujer reía con toda su alma, repitiendo:

—Bien, bien... ya veo que necesitas ayuda, que no es prudente confiar en ti...

Estaba muy alegre, y después del café llegó á embriagarse del todo.



Las preparaciones de una viuda para la primera noche no exigen las maternales ceremonias, imprescindibles cuando se trata de una soltera. Gabriela entró en su alcoba tranquilamente, diciendo:

— Fuma un cigarro mientras yo me desnudo.

Cuando me acerqué á ella desconfié de mí, lo confieso. Me sentía enervado, turbado, indeciso.

Ocupé mi lugar. Ella no me decía nada; mirándome y sonriendo con visible deseo de burlarse de mí. Aquella ironía, en aquel momento, acababa por desconcertarme, y, lo confieso, me hizo perder los bríos.

Cuando Gabriela reparó en... mi comprometida situación, no hizo nada para alentarme. Al contrario. Me preguntó con marcada indiferencia:

—¿Tienes á diario la misma viveza y la misma gracia?

No pude contenerme; y respondí:

—Eres insoportable.

Entonces ella soltó una carcajada ruidosa, inconveniente, irritante.

Verdad es que yo hacía una triste figura y que debía parecer un estúpido.

De vez en cuando, entre dos risotadas alegres, conteníase, ahogándose casi para decir:

—¡Vaya: valor! ¡Adelante! ¡Un esfuerzo, mi pobre Roger! ¡Un esfuerzo!

—Y la risa la dominaba tan bárbaramente, que gritaba y se retorció de gozo.

Al cabo me sentí de tal modo abatido y descompuesto, que me hubiera revuelto contra ella, golpeándola, y, para no hacerlo, escapé.

Vestíme bruscamente, rabioso y sin pronunciar una palabra.

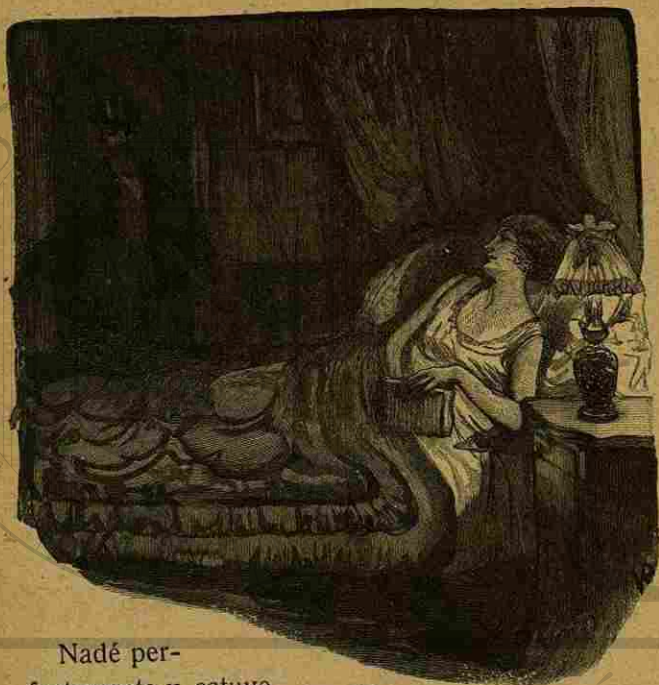
Ella se calmó de pronto al verme así. Comprendiendo que yo me había enfadado, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

No contesté y salí á la calle. Tenía ganas de matar á cualquiera, de vengarme, de hacer alguna locura. Iba sin rumbo, caminando á grandes pasos, y de pronto me asaltó bruscamente la idea de entrar en una casa de placer.

¿Quién sabe? ¿No sería una demostración, un ensayo, un acicate? ¡Por lo menos resultaría siempre una venganza! Y si alguna vez mi esposa tuviese intención de serme infiel con otro, yo hubiera sido infiel antes.

No dudé. Conocía una casa pública, no distante de mi casa, y entré corriendo, como los que se arrojan ansiosos al agua para ver si saben nadar todavía.



Nadé perfectamente y estuve allí mucho rato, saboreando la venganza secreta y refinada. Luego me lancé á la calle, casi al amanecer. La frescura del aire me serenó; sentíme tranquilo, satisfecho, vigoroso y seguro de mí, dispuesto á toda clase de proezas.

Volví á mi casa muy despacio, y abrí suavemente la puerta de la alcoba.

Gabriela estaba leyendo; alzó la cabeza y me preguntó vacilante y temerosa:

—¿Qué te ha ocurrido? ¿A dónde fuiste?

No contesté, y desnudándome tranquilamente, ocupé de nuevo, como triunfante señor, el mismo lugar que antes abandoné temeroso.

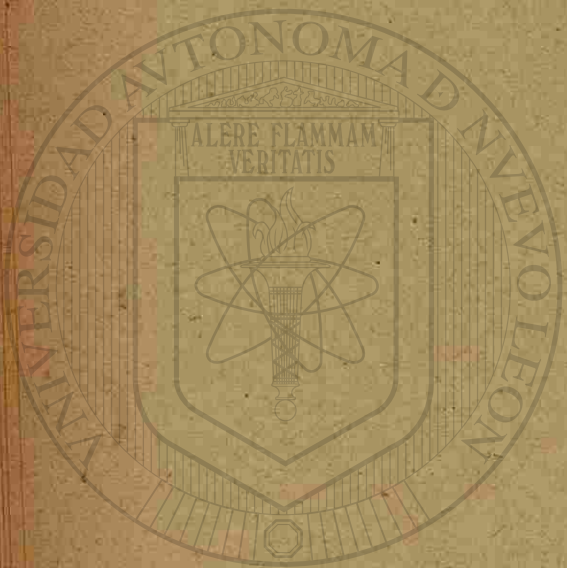
Ella quedó asombrada y convencida de que yo había empleado algún recurso misterioso.

Por eso, á cada instante habla del «sistema Roger», como hablaría de un procedimiento científico infalible.

Pero, ¡ay! Pasaron diez años, y ahora la misma prueba no daría seguramente los mismos resultados; no sería eficaz, al menos para mí.

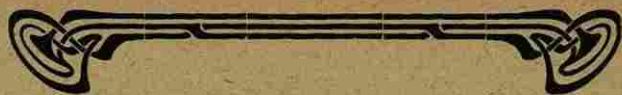
Sin embargo, si alguno de tus amigos, joven aún, teme las emociones de una primera noche de matrimonio, indícale mi estratagema, y asegúrale que de los veinticinco á los treinta y cinco años no hay manera mejor de prepararse á... enfilear bien las agujas—como hubiera dicho en su tiempo el señor de Brantome.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



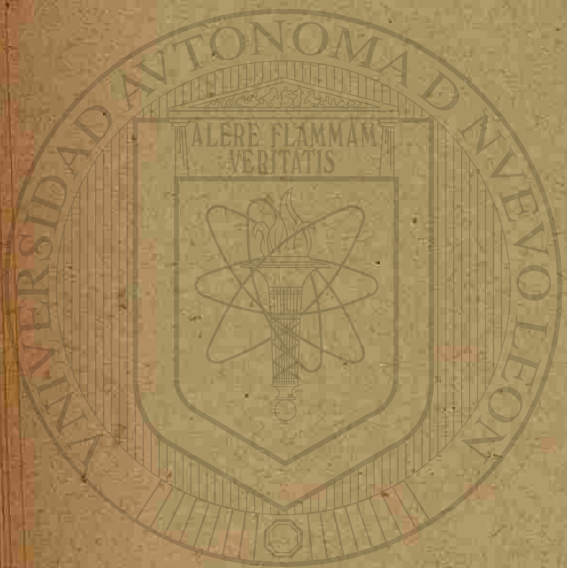
EL SECRETO

AL morir en Veziars-le-Réthel un hombre tan digno y estimable como el señor Leremincé, toda la población asistió al entierro, y las últimas palabras que pronunció, en elogio del muerto, el delegado especial de la prefectura, se grabaron en la memoria de aquellas gentes:

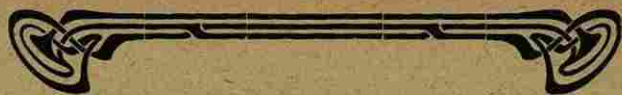
«¡Era un modelo de honradez y de prudencia!»

Modelo de honradez y de prudencia, seguramente lo había sido en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su compostura, en su actitud, en su trato, en sus costumbres, en su vestir, hasta en la forma del sombrero y en el corte de la barba. No pronunció nunca una frase que no fuera ejemplar; nunca dió una limosna sin acompañarla de un saludable consejo; nunca tendió la mano á un amigo sin que su noble movimiento pareciera una bendición.

Dejaba un hijo y una hija. El hijo era diputado



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



EL SECRETO

AL morir en Veziere-le-Réthel un hombre tan digno y estimable como el señor Leremincé, toda la población asistió al entierro, y las últimas palabras que pronunció, en elogio del muerto, el delegado especial de la prefectura, se grabaron en la memoria de aquellas gentes:

«¡Era un modelo de honradez y de prudencia!»

Modelo de honradez y de prudencia, seguramente lo había sido en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su compostura, en su actitud, en su trato, en sus costumbres, en su vestir, hasta en la forma del sombrero y en el corte de la barba. No pronunció nunca una frase que no fuera ejemplar; nunca dió una limosna sin acompañarla de un saludable consejo; nunca tendió la mano á un amigo sin que su noble movimiento pareciera una bendición.

Dejaba un hijo y una hija. El hijo era diputado

provincial y la hija—esposa del señor Poizel de la Voulte, notario de Veiziers-le-Réthel—sobresalía entre las más encopetadas.

No había consuelos para su desdicha; su padre les inspiró siempre tanto cariño como veneración.

Cuando hubo terminado la ceremonia volvieron á la casa paterna, y encerrados en la sala el hijo, la hija y el yerno, éste abrió el sobre donde se guardaban las últimas voluntades del difunto, las cuales debían ser conocidas por los tres al regresar del cementerio. Así lo advertía el testador en el mismo sobre, de su puño y letra.

El notario, poniéndose las gafas, leyó pausada y monótonamente, como tenía por costumbre al tratarse de contratos y escrituras:

«Hijos míos, adorados hijos míos: Me sería imposible alcanzar el reposo eterno, si aún os ocultase, más allá de la muerte, la infamia que amargó mi vida. Sí, una infamia, un crimen espantoso, abominable.

Yo tenía entonces veintiséis años, y comenzaba en París á ejercer mi carrera de abogado, viviendo como viven los jóvenes provincianos que ambicionan los triunfos de la capital, donde seguramente fracasan faltos de relaciones, de amigos, de parientes.

Allí tuve una querida. Ofende á muchos el solo nombre: ¡una querida!; y sin embargo, hay personas que no pueden vivir solitarias. Yo no puedo. La soledad me angustia; es horrible una casa desierta y pasar las noches en silencio, sin que otro



ser nos acompañe. Al hallarme solo en una casa, me parece también que me hallo solo en la tierra, horriblemente solo y rodeado por todas partes de peligros amenazadores, de misterios vagos y desconocidos, pero espantosos. La medianería que me separa del vecino—de un vecino al cual no conozco—me aleja del mundo á la distancia de las es-

trellas que observo, indiferentes y silenciosas; á través de los cristales de mi ventana. Una especie de fiebre me invade, una fiebre de impaciencia y de temor, y el silencio entre cuatro paredes me horripila. ¡Es tan triste y tan profundo el silencio de un cuarto donde se vive solo! Es el silencio de la muerte. Y cuando un mueble cruje, sobresalta el corazón y apena el ánimo, porque ningún ruido se anuncia en una estancia semejante.

¡Cuántas veces desolado, abatido por aquella inmovilidad silenciosa, intenté hablar en voz alta, pronunciando frases incoherentes para que se animase con las resonancias el aposento! Pero las inflexiones de mi voz, extrañas, desconocidas, me asustaron. Y callé, más inquieto y miedoso que antes. ¿Hay algo más triste que hablar solo en una casa vacía? Nuestra voz nos parece la de un infeliz al cual nadie atiende; sus palabras no interesan, porque antes de oírlas ya las conocemos, y sus entonaciones asustan, porque las destigura el silencio, ahuecándolas, y al resonar en el vacío, nos impresionan como ecos de frases que se remueven apenas en un rincón de la memoria.

Tuve una querida, una de tantas jóvenes que viven en París ejerciendo cualquier oficio que no produce lo bastante para las atenciones de la vida.

Era cariñosa, ingenua y humilde. Sus padres habitaban en Poissy. De cuando en cuando, pasaba con ellos algunos días.

Viví tranquilamente con ella durante un año, decidido á dejarla en cuanto se me ofreciese ocasión de tratar á una señorita que me conviniera para casarme; me proponía despedirme asegurándole una humilde renta; pues hemos convenido en que las caricias de una mujer se paguen siempre: con dinero si es pobre, y con regalos si es rica.

En esto, un día me advirtió que se creía embarazada, y me aterró, imaginando en un segundo el desastre de toda mi existencia. Sentí la mordedura del grillete que me aprisionaba para el resto de mi vida; el grillete de la mujer que da un hijo; el grillete del hijo, al cual es necesario educar y proteger, ocultándose y sustrayéndose á su cariño y á su compañía, ocultándolo á la sociedad. La noticia me desconcertó en absoluto, y un deseo borroso, que no se formulaba francamente, pero que se revolvía en la intención, dispuesto á descubrirse á cualquier hora, como un traidor oculto entre puertas aguardando que le llamen, un deseo criminal, rodó en las profundidades lóbregas de mi pensamiento: —«¡Si sobreviniera una desgracia! ¡Mueren tantas criaturas antes de nacer!»

¡Oh! no deseaba la muerte de mi querida. ¡Pobre muchacha! Pero deseaba tal vez la muerte del otro antes de que apareciera.

Nació. Aposenté una familia en mi cuarto de soltero; una mujer, un hijo... ¡Qué tristeza!

Era... era como todos los niños; no me inspiraba la menor ternura. Las madres quieren desde un principio; los padres tardan algo en querer. Sólo el tiempo, las circunstancias, engendran poco á poco el cariño paternal.

Transcurrió un año. Yo huía de mi casa, pequeña para una familia, molestándome tropezar á cada paso con pañales, gorras, calcetines como dedos de guante, invadiendo la mesa, las butacas, todos los muebles. Yo huía sobre todo para no escuchar los berridos molestos de la criatura, que lloraba de continuo, cuando le mudaban, cuando le lavaban, cuando le cogían, cuando le dejaban, ¡siempre!

Yo tenía ya bastantes relaciones y en una tertulia conocí á la que sería con el tiempo vuestra madre. Me agradó, enamoréme y decidido á casarme, si me correspondía, la pretendí. Fué mi novia, y habiéndola pedido en matrimonio, sus padres me la concedieron.

Me vi entre la espada y la pared. Casarme con la mujer adorada teniendo un hijo con otra, ó decir



la verdad, renunciando á la dicha y al porvenir, porque sus padres—gentes rígidas y escrupulosas—no consentirían que se realizara el matrimonio en tales condiciones.

Pasé un mes de horrible angustia, de tormentos morales; un mes interminable, obsesionado por espantosas ideas. Y sentí agrandarse, no ya la indiferencia, el odio contra mi pobre hijo, contra el mise-

rable pedazo de carne viva y chillona que obstruía mi camino, que derrumbaba mi existencia, condenándome á una vida sin esperanza, sin las ilusiones que son el encanto de la juventud.

La madre de mi querida enfermó y ella fué á cuidarla, dejándome solo con el niño.

Estábamos en Diciembre. Hacía un frío espantoso. ¡Qué noche!

Acababa de marcharse mi querida. Después de comer solo, entré despacio, para no despertar al niño, en la alcoba donde le había dejado su madre. Dormía.

Me senté junto á la chimenea, en una butaca. El viento estremecía los cristales; un viento seco, helado, y contemplaba yo el brillo refulgente de las estrellas en las noches glaciales.

La obsesión que me atosigaba, se revolvió de pronto más poderosa, con redoblados bríos. Envolvía mi quietud y mi silencio de aquella hora, royéndome como roen las ideas fijas, como el cáncer debe roer los músculos. Arraigaba en mi cerebro, en mi corazón, en mi espíritu, en todas mis fibras, devorándome, como un animal rabioso y hambriento. Quise rechazar sus provocaciones, librarme, abrir mi razón á otras ideas, á otras luchas, á otras esperanzas, como se abre un postigo al aire fresco y puro del

amanecer para renovar el ambiente viciado por los miasmas de la noche; pero no pude; se agarraba, no pude alejarlo de mí. ¡Tampoco puedo explicar aquella tortura! Sè cebaba en mi corazón y sentía un espanto doloroso y terrible á cada nueva dentellada.

Mi vida era un desierto. ¿Cómo salir de aquel trance? ¿Cómo retroceder ni confesar?

Y adorando á la que sería con el tiempo vuestra madre, adorándola como un loco, veía surgir el obstáculo que me alejaba para siempre de mis amores.

Una cólera terrible me agarrotó el cuello, una cólera implacable, un delirio inconcebible... ¡Qué noche aquella!

El niño dormía, y me levanté para mirarle, para verle de más cerca. ¡Oh! Aquel feto, aquella larva, era mi condenación.

Y dormía tan satisfecho; dormía con la boca muy abierta muy arropado, en su cuna, junto á mi lecho, donde no me sería posible dormir por su causa.

¿Cómo pude resolverme? ¿Lo sé acaso? ¿Qué fuerza me impulsó, qué poder soberano me alentaba? ¡Oh! Realicé mi crimen sin darme cuenta, sin luchar contra las tentaciones que me vencieron. Sólo recuerdo que mi corazón latía de una manera

espantosa; latía tan violentamente, que sus golpes resonaban como los martillazos que se dan con fuerza en un tabique. No sé otra cosa de aquel trance; ¡mi corazón se destrozaba! Sumergía mi cerebro un tumulto, un desorden, una torpeza incomprensibles. Perdí la serenidad. Me hallaba en un momento de angustia, de inconsciencia, en que un hombre alucinado, no es dueño de sí, no se rige por su propia voluntad.

Levanté suavemente las ropas que abrigaban el cuerpo del niño, arrojélas á los pies de la cuna, y le vi desnudo. No despertó. Acercándome á la ventana, sin ruido, abrí los cristales.

Una ráfaga de aire glacial entró como un asesino; era tan fría, que me hizo retroceder, y las llamas de las velas parpadearon. Estuve de pie cerca de la ventana, sin atreverme á volver la cabeza, evitando saber lo que detrás de mí ocurría, y sintiendo resbalar sobre mi frente, sobre mis mejillas y sobre mis manos, un soplo mortal. Así estuve mucho rato.

No discurría, no reflexionaba. De pronto, una tosecilla seca, sonando á mi espalda, me produjo un estremecimiento espantoso, un estremecimiento que aún me crispera. Y, cerrando bruscamente la ventana, me acerqué á la cuna.



El niño dormía, con la boca muy abierta, desnudo. Su cuerpo estaba helado. Lo cubrí con las ropas.

De pronto, mi corazón estallaba de ternura, de cariño, de piedad por aquel pobre inocente, cuya vida era un estorbo para mí. Besé, compadecido, sus cabellos rubios y volví á sentarme junto á la chimenea.

Reflexionaba horrorizado, estúpido ante mi obra, preguntándome cómo se producen esos tempestuosos conflictos de las almas, en los cuales el hombre pierde por completo el dominio de su razón, la serenidad, la dulzura, y es víctima de una especie de borrachera delirante, sin saber lo que piensa ni á dónde va, como una lancha combatida por las revueltas olas.

El niño tosió de nuevo, y su tosecilla seca me desgarraba el corazón. ¡Si muriera! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué sería de mí!

Levantéme para observarle, y al notar que respiraba fácilmente, me tranquilicé. Pero, al oír de nuevo la tosecilla, estremecido, retrocedí, como cuando nuestros ojos descubren por sorpresa una cosa horrible.

Corría por mi frente un sudor, á la vez ardoroso y helado, reflejo de la tortura moral, que hiela y

abrasa; un sudor, que parecía destilarse del cerebro á través del cráneo.

Y estuve hasta el amanecer, inclinado sobre la cuna, tranquilizándome cuando creía que respiraba el niño tranquilamente, y traspasado por dolores abominables, cuando una débil tos crujía entre sus labios.

Despertó, al fin, con los ojos encendidos, respirando penosamente y con la voz ronca.

En cuanto vi entrar á la asistenta la envié á buscar un médico. Presentóse al cabo de una hora, y me dijo, después de palpar y observar á la criatura:

—¿Cogió frío?

Me puse á temblar como tiemblan los viejos, balbuceando:

—Me parece que no.

Al poco rato pregunté:

—¿Será cosa grave?

Y el médico respondió:

—Nada puedo aún diagnosticar. Volveré por la noche.

Y por la noche volvió. El niño había pasado casi todo el día en una modorra invencible y tosiendo algunas veces.

Durante la noche se declaró la pulmonía.

Y estuvo así una semana. Es indecible mi sufri-

miento durante las horas interminables que separan el amanecer de la noche y la noche del amanecer.

Murió...

Y, desde aquel día... desde aquel día no tuve ni un momento de tranquilidad, siempre atosigado por



el recuerdo perturbador y terrible, por el recuerdo que devora y corroe, que oprime, desgarrando el alma, como la mordedura de una bestia.

¡Oh! ¡Si el dolor se hubiese convertido en locura!
Conservé la razón para sufrir, para sufrir nada más.»

.....

El señor Poirel de la Voulte alzó sus anteojos con un movimiento acostumbrado al terminar cualquier lectura, y los tres herederos del difunto se miraron, sin decir palabra, rígidos, pálidos.

Luego, el notario murmuró:

—Hay que destruirlo.

Y los otros dos bajaron la cabeza en señal de asentimiento.

Encendió una bujía, descosió primorosamente las páginas reveladoras de aquel terrible secreto, sin estropear las otras referentes á la herencia, y las acercó á la llama.

Luego, arrojólas á la chimenea.

Las hojas de papel habíanse carbonizado, y sobre la superficie abarquillada y negra, se dibujaban algunas frases en trazos blanquecinos. Con el pie, la señora las convirtió en cenizas.

Y quedaron aún los tres largo rato pensativos, contemplándolas, como si temiesen que pudiera escaparse por la chimenea el terrible secreto.





LA MADRE DE LOS MONSTRUOS

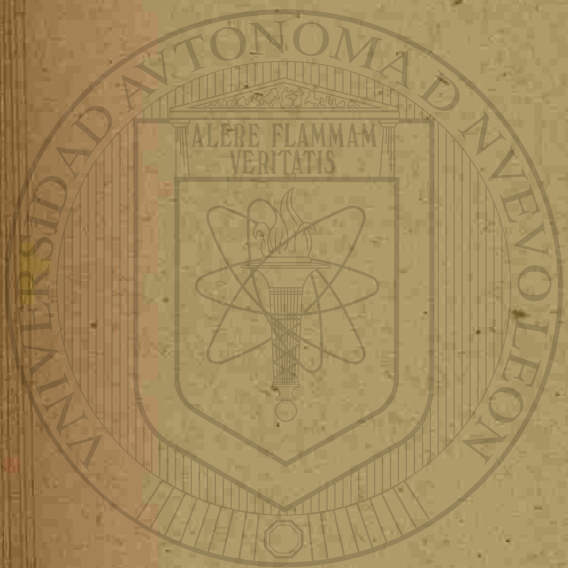
HE recordado esta horrible historia, viendo pasear en una playa de moda una parisién elegante, conocida, hermosa y adorada.

Mi cuento ya tiene larga fecha; pero hay cosas que nunca se olvidan.

I

Invítome un amigo á pasar una temporada en el campo. Me paseó mucho, mostrándome campiñas frondosas, residencias feudales, fábricas, ruinas, iglesias, pórticos de recamada escultura y árboles enormes de forma extraña.

Cuando hube admirado todas las curiosidades de la comarca, mi amigo se lamentó de que no hubiese más. Yo, en cambio, me alegraba disponiéndome



LA MADRE DE LOS MONSTRUOS

HE recordado esta horrible historia, viendo pasear en una playa de moda una parisién elegante, conocida, hermosa y adorada.

Mi cuento ya tiene larga fecha; pero hay cosas que nunca se olvidan.

I

Invítome un amigo á pasar una temporada en el campo. Me paseó mucho, mostrándome campiñas frondosas, residencias feudales, fábricas, ruinas, iglesias, pórticos de recamada escultura y árboles enormes de forma extraña.

Cuando hube admirado todas las curiosidades de la comarca, mi amigo se lamentó de que no hubiese más. Yo, en cambio, me alegraba disponiéndome

me á descansar en lo sucesivo á la sombra de los árboles; pero de pronto, me dijo:



—¡Ah, sí! aún te falta conocer á la madre de los monstruos.

Yo pregunté:

—¿Qué significa eso?

Y él prosiguió:

—Es una mujer abominable, un verdadero demonio que da voluntariamente á luz todos los años hijos deformes,

repugnantes, horribles, monstruos en fin, y los vende á los titiriteros de las ferias que de tiempo en tiempo vienen á informarse de si hay mercancía nueva; cuando el monstruo es de su gusto, se lo llevan y pagan un alquiler á la madre, la cual tiene ya once hijos fenómenos, y con eso está rica. Tú supones que yo invento, que hablo en burla. No, amigo mío; te digo la verdad, la verdad exacta.



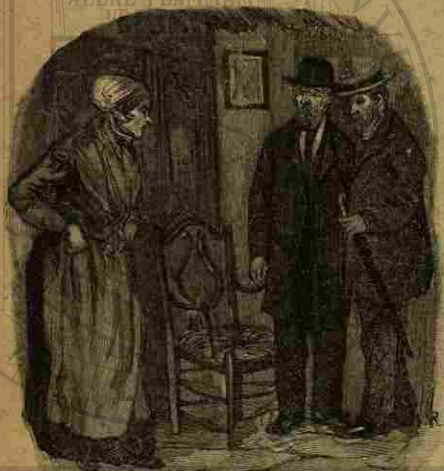
II

ME llevó á un arrabal. Aquella mujer habitaba una risueña casita junto al camino. El jardín estaba lleno de flores.



Una criada nos hizo pasar á un saloncito, y la miserable compareció.

Tenía próximamente cuarenta años. Era buena moza, de facciones varoniles, bien formada, fuerte,



rebosando salud. El tipo verdadero de una campesina robusta, morena y marimacho.

Preguntó:

—¿Qué desean estos caballeros?

Mi amigo respondió:

— Me han dicho que, al

fin, ha tenido usted una criatura formada regularmente, como todas, y que no se parece á sus hermanos. He querido cerciorarme, y á eso vine.

Ella, mirándonos con desconfianza, dijo:

—No, no, señor mío. Acaso es todavía más horrible que los otros. No tengo suerte, no tengo suerte. Todos iguales, mi buen señor; es una desolación.

¿Es posible que Dios haga eso con una pobre mujer sola en el mundo? ¿Es posible?

Hablaba de prisa, con los ojos bajos, con expresión hipócrita, semejante á un feroz animal que tiene miedo. Endulzaba el tono áspero de su voz; y era extraño el salir aquella vocecita llorosa de aquel fornido y huesudo cuerpo, al que le cuadraban mejor movimientos brutales y aullidos como de lobo.

Mi amigo preguntó:

—¿Podemos ver la criatura?

Ella, ruborizándose, después de un silencio, dijo en voz alta:

—¿Para qué?

Y levantaba la cabeza desafiándonos con la mirada.

Mi amigo prosiguió:

—¿No querrá enseñárnosla? Bien la enseña cuando vienen algunos... Ya sabe usted de cuáles hablo.

Sobresaltóse y encolerizada, exclamó:

¿Para eso vinieron ustedes? ¿Para insultarme? ¿Tengo yo la culpa de que mis hijos nazcan así? No se lo enseñaré; no, no y no. Váyanse de mi casa. ¿Con qué derecho vienen á martirizarme?

Y avanzó hacia nosotros con los brazos puestos en jarras. Al estampido brutal de su voz una especie de sollozo, algo así como el maullar de un gato,

resonó en el aposento contigo. Estremeciéndome, retrocedí.

Mi compañero dijo severamente:

—Cuidado, *señora diablo* (era su apodo), el día menos pensado tendrá usted que ver con la justicia.

Ella, temblando rabiosa, rugió:

—Váyanse, váyanse ¡maldecidos!

Si en aquel momento no desaparecemos, aquella fiera salta sin duda sobre nosotros.

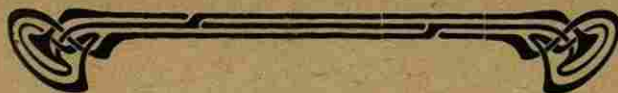
Ya en salvo, mi amigo me preguntó:

—¿Qué me dices ahora?

Yo respondí:

—Cuéntame lo que sepas de tal mujer.

Y andando por la carretera blanca, que se abría entre amarillas mieses, ya maduras, agitadas por el aire ligero con ondulaciones parecidas á las de un mar tranquilo, me contó lo siguiente:



III

ESA mujer servía cuando moza en un cortijo, y era trabajadora, económica y prudente. No se la conocía noviajo alguno, ni se la sospechaba capaz de ninguna flaqueza.

Cometió una falta, como todas ellas; una tarde, al anochecer, en el campo, sobre los haces recién segados, bajo el cielo tempestuoso, cuando el aire inmóvil y pesado ahoga como el que sale de la boca de un horno, y baña en sudor los cuerpos morenos de los mozos y de las mozas.

Sintióse luego encinta, y la vergüenza y el miedo la torturaron. Queriendo á costa de todo tener oculta su desdicha, se apretaba el vientre con un sistema que había inventado, un corsé de fuerza, hecho con tablitas y cordeles. Cuanto más abultaba su barriga con el esfuerzo del ser que iba desarrollándose, más ceñía el instrumento de tortura, padeciendo el martirio, valerosa en el dolor, siempre risueña y viva, sin dejar ver ni sospechar nada.

Así deformó en sus entrañas á la criatura, con aquella espantosa máquina; la comprimió, la estropeó,

hizo de su carne un monstruo. Su cráneo alargado, acababa en punta, y sus ojos muy saltones, aparecían en lo alto de la frente. Los brazos y las piernas, oprimidos contra el cuerpo, se retorcían como raíces de cepa, y se alargaban desmesuradamente, acabando en dedos parecidos á patas de araña.

El torso era raquíptico y redondo como una cáscara de nuez.

Una mañana de primavera parió en medio del campo.

Cuando los jornaleros que se acercaron á socorrerla vieron aparecer semejante monstruo, huyeron gritando. Y la noticia de que había nacido un demonio, corrió toda la comarca. Desde entonces la llamaban *La diablo*.

Despidieronla de la casa donde servía. Vivió de caridad, acaso de amores ocultos, porque era muy hermosa y no todos los hombres temen al infierno.

Crió su monstruo, al que trataba entonces malamente, con odio salvaje, y al que hubiera estrangulado tal vez, si el párroco, previendo el crimen posible, no la hubiese atemorizado con la justicia.

Pero un día, unos titiriteros oyeron hablar del monstruo espantoso y trararon de verle para llevarlo

de feria en feria si les agradaba. Les agradó, y ofrecieron á la madre quinientos francos. Al principio, avergonzada ella, ni quería enseñarles aquella especie de bestia; pero en cuanto supo que podía valerle dinero, tranquilizóse, regateó, haciendo resaltar las deformidades horribles de la criatura, exagerando su mérito con una tenacidad campesina.

Para no salir perjudicada, les hizo firmar un contrato, comprometiéndoles á entregar cuatrocientos francos anuales, además de quinientos recibidos de presente.

La inesperada ganancia enloqueció á la madre, y concibió la idea de criar otro fenómeno para vivir de renta como una señora.

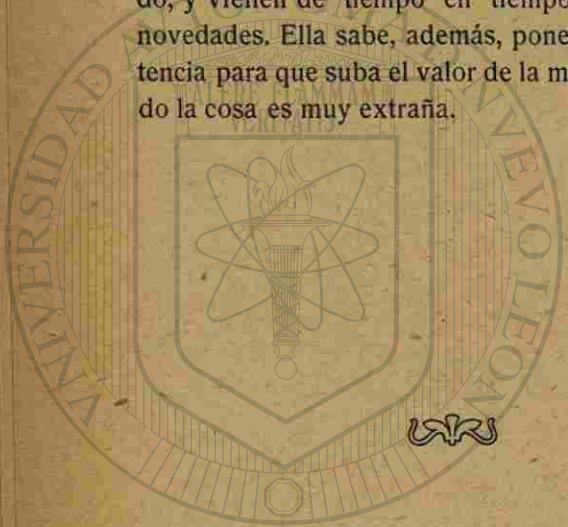
Era fecunda y hábil, y consiguió, como se proponía, variar las formas de sus monstruos, variando las presiones que les hacía sufrir en el embarazo.

Los hizo largos, achatados, unos como cangrejos de mar, otros como lagartijas. Varios murieron; eso la desconsolaba.

El juez trató de intervenir; pero no siendo posible probarle nada, la dejaron fabricar tranquilamente sus fenómenos.

Consiguió tener once vivos, que rentan, un año con otro, de cinco á seis mil francos. Y aún le queda uno sin colocar; el último, que no ha querido

enseñarnos; pero no lo tendrá en casa mucho tiempo, porque la conocen todos los titiriteros del mundo, y vienen de tiempo en tiempo á ver si hay novedades. Ella sabe, además, ponerlos en competencia para que suba el valor de la mercancía, cuando la cosa es muy extraña.



IV

MI amigo calló. Una repugnancia invencible, una cólera tumultuosa, un remordimiento por no haber estrangulado á la mala bestia cuando estuvo cerca de mí, angustiaba mi corazón.

Luego pregunté:

—¿Quién es el padre?

Y mi amigo contestó:

—No lo sabemos. El que sea, ó los que sean, tienen algún pudor, y se ocultan. Acaso partan con ella los beneficios.

Ya no me preocupaba ese lejano recuerdo, cuando he visto en una playa de moda una mujer elegante, coqueta, hermosa, querida y rodeada por hombres que la desean.

Yo iba del brazo de un amigo, el médico del balneario. A los diez minutos he visto á una criada con tres niños tumbados en la arena.

Unas muletas muy chiquititas me han conmovido. Allí estaban, junto á los tres niños deformes, jorobados, cojos, repugnantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año de 1925 MONTERREY, MEXICO



El doctor me ha dicho:

—Eso produce la encantadora mujer que vimos hace poco.

Sentí piedad hacia ella y hacia las criaturas.

—¡Pobre madre! ¿Y es posible que la queden aún ganas de reír?

El médico ha proseguido:

—No la compadezcas. Los pequeños merecen sólo compasión. Mira las consecuencias de las cinturas delgadas y esbeltas hasta el último día. Estos monstruos los fabrica el corsé. La madre no lo ignora, y arriesga su vida en tales juegos. ¿Qué le importa, si resulta bonita y es deseada?

Esto me ha recordado á la otra; la campesina, *La diabla*, que vendía sus monstruos.

URU

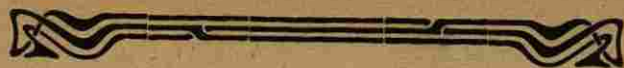
®

AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

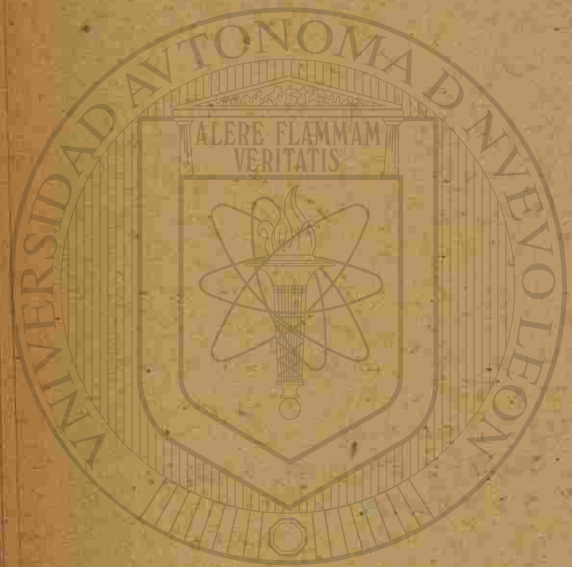
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



LA CONFESION DE TEODULIO SABOT

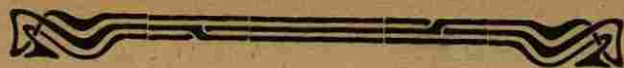
Al entrar Sabot en la taberna del pueblo se alegraba el cotarro. Le reían las gracias antes de que abriese la boca. Sus burlas eran de lo más chusco. Y ¡qué odio á la clericalla! ¿Transigir con el clero? No, no y no. ¡Comerse crudos á los curipastros. ¡La carne de sacristía es tierna y jugosa!

Teodulio Sabot, carpintero en Martinville, representaba en el pueblo las ideas radicales más avanzadas. Era un hombre alto, de pocas anchuras, con los ojos grises y maliciosos, los labios delgados y el pelo muy lacio, caído sobre la frente. Al oírle decir con tono picaresco: «Nuestro santísimo padre... curda», nadie podía contener la carcajada. Nunca dejaba de trabajar en domingo durante la hora de la misa. Mataba un cerdo todos los años el miércoles de ceniza para comer carne todos los viernes de Cuaresma y toda la Semana Santa, y



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

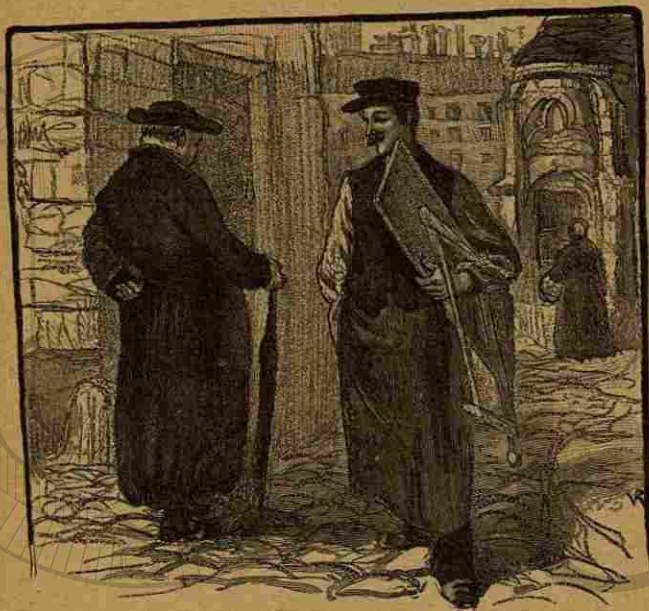
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



LA CONFESION DE TEODULIO SABOT

AL entrar Sabot en la taberna del pueblo se alegraba el cotarro. Le reían las gracias antes de que abriese la boca. Sus burlas eran de lo más chusco. Y ¡qué odio á la clericalla! ¿Transigir con el clero? No, no y no. ¡Comerse crudos á los curipastros. ¡La carne de sacristía es tierna y jugosa!

Teodulio Sabot, carpintero en Martinville, representaba en el pueblo las ideas radicales más avanzadas. Era un hombre alto, de pocas anchuras, con los ojos grises y maliciosos, los labios delgados y el pelo muy lacio, caído sobre la frente. Al oírle decir con tono picaresco: «Nuestro santísimo padre... curda», nadie podía contener la carcajada. Nunca dejaba de trabajar en domingo durante la hora de la misa. Mataba un cerdo todos los años el miércoles de ceniza para comer carne todos los viernes de Cuaresma y toda la Semana Santa, y



cuando se cruzaba en la calle con el cura, decía siempre, acentuando la mofa: «Vedle; tan satisfecho porque acaba de tragarse á Dios.»

El cura, hombre corpulento y gordo, temía esas chuscadas que, haciendo reir á los indiferentes, quitaban devoción. Era un diplomático habilidoso, y á un ataque franco, prefería una estratagema. Pasaban los años. Teodulio era concejal, con muchas probabilidades en su favor para que le nombraran alcalde.

Se aproximaban las elecciones y el partido católico de Martinville temía un desastre, cuando el cura participó á su ama que se iba dos ó tres días á Roan, para ver al señor arzobispo.

Volvió con el semblante alegre y victorioso, y al día siguiente circulaba por todo el pueblo una importante noticia: Monseñor había dado al cura, de su peculio, seiscientos francos para reconstruir el coro de la iglesia.

La madera de pino sería reemplazada por encina. Era un trabajo de importancia para un carpintero y dió asunto á todas las conversaciones.

Teodulio Sabot, preocupado y serio, ni asomó á la taberna.

Cuando le vieron muy de mañana dirigirse á la ciudad, los vecinos le salían al encuentro preguntándole con sorna:

—¿Te han encargado las obras del coro?

No se le ocurría ningún oportuno denuesto para contestar á la pregunta impertinente, y rabiaba desazonado, furioso.

Los vecinos añadían:

—Es una obra como no hay muchas; dejará, limpios, dos ó trescientos francos.

Corrieron voces de que haría el trabajo Celestino Chambrelán, el carpintero de Percheville. Des-

mintióse la noticia, y se dijo que la obra era ya de mayor importancia, porque se mudarían todos los bancos de la iglesia. Cosa de un par de miles de francos. La emoción fué inmensa.

Teodulio Sabot, inquieto, ni dormía. Jamás ningún carpintero de la comarca hizo una obra semejante. Hubo nuevos informes, asegurando que al cura le contristaba no tener en el pueblo quien pudiera encargarse de tan lucrativo trabajo; todo, por *aquellas* malditas ideas que profesaba Sabot.

Este lo supo, y al anochecer, llegóse al presbiterio. El ama le dijo que podía ver al cura en la iglesia. Y Sabot entró en la iglesia.

Dos hijas de María, solteras y arrugadas, bajo la dirección del sacerdote, adornaban el altar de la Virgen.

Sabot hallábase cohibido en aquel ambiente, como si hubiera entrado en una cueva de alimañas feroces; pero el ansia de lucro le agujoneaba. Dándole vueltas á la gorra entre las manos, acercóse al cura sin preocuparse de las hijas de María, las cuales al verle quedaron sin aliento, como petrificadas.

El carpintero balbuceó:

— Buenas noches tenga usted, señor cura.

El sacerdote respondió, sin volver la cabeza, solamente atento al adorno del altar:



—Buenas y santas noches.

Desconcertado, Teodulio no sabía cómo pegar la hebra, y al fin, dijo:

—¿Preparan el mes de María?

El sacerdote respondió:

—Sí; hay que prepararlo.

Teodulio murmurando:

—Bueno, bueno...

Ya no supo qué decir.

Fracasaban sus proyectos, y tenía intenciones de retirarse, cuando la vista del coro le detuvo. Diez y seis poltronas; un trabajo bien retribuido. Costarían, á lo más, trescientos francos, y, con alguna maña, no era difícil ganar doscientos francos en la obra.

Entonces, animándose, balbuceó:

—Vengo á ver si me da ese trabajo.

El sacerdote, fingiendo sorpresa, le dijo:

—¿Qué trabajo?

Sabot, completamente aturdido, repetía:

—Ese trabajo.

Entonces, el cura, encarándose con él, miróle frente á frente:

—¿Habla usted acaso de la reforma del coro?

Lo dijo de una manera, que Sabot estuvo á punto de largarse á toda prisa. Pero, conteniéndose, masculló:

—Sí, la reforma del coro, señor cura.

El sacerdote, cruzando los brazos, erguido, como si le dejase atónito aquella petición, reflexionaba:

—¿Y viene usted... usted... usted... el carpintero Teodulio Sabot... Viene usted á pedirme trabajo en la iglesia... Usted, el único impío de mi parroquia...? ¡Si no fuera un escándalo..., un escándalo público...! Es posible que Monseñor me reprendiese... tal vez, hasta que me trasladase.

Y, respirando fuertemente, prosiguió con más calma:

—Comprendo que le resulte á usted doloroso ver que un trabajo tan importante lo aprovecha un forastero. Yo quisiera... si pudiese... No; no es posible... Hay una solución... que un hombre de *sus ideas* no aceptará nunca.

Sabot contemplaba los bancos puestos en fila desde el altar mayor hasta la puerta. ¡Cristo! ¡Si le mandaran hacer otros tantos con buena encina!

Y preguntó:

—¿Por qué no he de aceptarla... si me conviene?

Muy severo, el sacerdote dijo:

—Sería necesario que diese usted una prueba patente de su buen deseo.

Teodulio murmuró:

—Diga cuál; acaso nos entenderemos.

El sacerdote añadió:

—Sería necesario que todos mis feligreses le vieran comulgar en la misa del próximo domingo.

El carpintero, pálido como la cera, lanzóse á preguntar:

—¿Y se hacen también los bancos?

El sacerdote pronunció con mucha entereza:

—Sí. Pero más adelante.

Teodulio dijo:

—No me niego... No me niego... No soy un réprobo... no me disgusta la religión...; lo que me disgusta es... practicarla... Sin embargo...

Las hijas de María, ocultas detrás del altar, escuchaban, temblorosas de santa emoción.

El sacerdote, seguro de su victoria, tomaba un tono familiar y apacible:

—Bien, bien; así me gusta. Es usted un hombre muy razonable. Confío en su buena voluntad.

Sabot, sonriendo, turbado, hizo una pregunta:

—¿No podía retrasarse algo... la comunión?

El sacerdote recobró su tono severo:

—No le confiaré la obra del coro sin estar seguro de su conversión.

Y añadió con dulzura:

—Mañana venga usted á confesar. Es preciso confesarle por lo menos dos veces.

Teodulio se asombró.

—¿Dos veces?

El sacerdote sonreía:

—Comprenderá usted que se impone una limpieza minuciosa; un buen fregado. Es preciso restregar mucho. Venga mañana.

El carpintero, conmovido, preguntó:

—¿Dónde hace usted eso?

—En el confesonario.

—¿En ese cajón? La verdad... No me gusta.

—¿Por qué?

—Porque... no tengo costumbre... Además, me da vergüenza... Soy algo sordo...

El cura se mostró complaciente:

—Bueno; vaya usted á mi casa. Nadie le verá; nadie podrá oírle. ¿Conformes?

—Conformes. En su casa, ¡perfectamente! Pero, en el confesonario... no.

—Mañana, después de trabajar, por la tarde.

—Sí. Hasta mañana. Estamos conformes en todo, y que le zurzan al que se arrepienta.

Presentó su mano callosa y el sacerdote chocó ruidosamente con la suya:

—Lo dicho, dicho.

Al día siguiente, Teodulio Sabot estaba inquieto, desasosegado. Sentía una excitación semejante á la que sentimos cuando nos hemos de hacer arrancar una muela. A cada punto se repetía: «Es preciso que me confiese hoy.» Este pensamiento le obsesionaba. Y sus débiles convicciones de ateo, de ateo ignorante, no le defendían, temblando ante la proximidad inaplazable del misterio religioso.

En cuanto hubo acabado sus faenas, encaminóse hacia el presbiterio. El cura le aguardaba en el jardín leyendo tranquilamente su breviario. Al ver tan mustio al carpintero, le salió al paso, radiante de alegría, y le dijo riendo:

—¡Bien! Aquí estamos ya. Entre, Sabot, entre, que no me lo comeré.

Sabot entró en la casa, balbuceando:

—Si á usted le fuera igual, yo le agradecería que principiásemos lo antes posible.

—En seguida. Voy á ponerme la sobrepelliz—dijo el cura—. La tengo aquí preparada.

El carpintero, emocionado y confuso, le veía cubrirse con la rizada y blanca vestidura. El cura hizo un signo, indicándole que se acercara:

—Póngase de rodillas en el almohadón.

Sabot continuaba de pie. Al cabo masculló:

—¿No hay otro remedio?

El cura dijo en actitud solemne:

—Sólo de rodillas puede acercarse un cristiano al tribunal de la penitencia.

El carpintero se arrodilló.

—El sacerdote dijo:

—Ahora el *Yo pecador*.

—¿Qué?

—Si no lo sabe, repita una por una mis palabras.

Y el sacerdote iba diciendo el *Yo pecador*, despacio y claramente, para

que Teodulio pudiera repetirlo palabra por palabra. Una vez terminado, el sacerdote dijo:

—Confiese.

Pero el carpintero callaba, ignorante de cómo debería empezar.

El sacerdote lo comprendió y quiso ayudarle.



—Vamos á ver. Puesto que no parece usted muy enterado, seguiremos uno por uno los Mandamientos de la ley de Dios. Oigame y responda tranquilamente. Diga la verdad y no me oculte nada. Sepa que Dios lo ve todo y es inútil pretender engañarle. *Primero: Amar á Dios sobre todas las cosas.* ¿Ha preferido usted al amor de Dios el amor de sus criaturas? ¿Ha olvidado usted á Dios para entregarse á los afectos mundanales?

Teodulio sudaba del esfuerzo que hizo para reflexionar su respuesta:

—No; eso no, señor cura. Yo quiero á Dios tanto como el que más. Decir que soy capaz de no querer á mis hijos por quererle, ya es otra cosa. Si me obligaran á elegir entre mis hijos y Dios... habría que verlo. Si me dijeran que perdiese cien francos por amar á Dios... habría que verlo. Aparte de lo que digo, le amo como el que más.

El sacerdote repuso gravemente:

—*Sobre todas las cosas.* Procure usted amarle sobre todas las cosas.

Y Sabot, de buena fe, dijo:

—Haré lo posible, señor cura.

El sacerdote prosiguió:

—*Segundo: No jurar su Santo Nombre en vano.* ¿Tiene usted costumbre de jurar?

—¡Nunca! eso no. ¿Jurar? ¡Nunca! Si acaso, en un arranque de cólera, digo: «¡Rediós!» ó «¡Me paso en Dios!» Pero lo que se dice jurar, nunca.

El sacerdote advirtió:

—No debe usted repetir esas blasfemias, que ofenden á Dios. *Tercero: Santificar las fiestas.* ¿Qué hace usted los domingos?

El carpintero se rascó la oreja:

—Los domingos... trabajo en mi casa...

El cura le interrumpió, viéndole turbado:

—En adelante, santificará usted las fiestas de otro modo, ¿eh? Oyendo misa, como á una persona honrada y que teme la justicia del Señor, corresponde... Bien. El tercero, el cuarto y el quinto... los dejaremos para mañana. Veamos ahora el sexto, el octavo y el noveno. *Sexto: No hurtar.* Dígame si tiene algo de que acusarse respecto á este punto. ¿Se apoderó usted en alguna circunstancia de los bienes de otro?

El carpintero dijo, indignándose:

—¡Nunca! ¡Eso, nunca! ¡Jamás! ¿Lo entiende usted, señor cura? ¡Soy un hombre honrado! Eso, lo juro. Alguna vez que otra puse jornales de más en las cuentas, ó me llevé á casa un tablón sobrante; pero ¡robar! Eso, nunca, nunca.

El sacerdote pronunció sentenciosamente:

Apropiarse un céntimo, nada más que un céntimo, de otra persona, constituye un robo. No lo haga usted. *Octavo: No levantar falsos testimonios ni mentir.* ¿Ha mentido usted?

— No; eso no, señor cura; no soy embustero. Naturalmente, á veces me ocurre contar alguna invención para reirme de alguien. Y si me conviene que se crea una cosa, la digo y la pruebo con razones que puedan convencer..., sólo cuando me conviene. ¿Pero mentiroso? Le aseguro que no soy mentiroso.

El sacerdote se limitó á decir:

— El engaño es una mentira; la burla es un engaño... Piénselo usted con algún detenimiento. *Noveno: No desearás la mujer de tu prójimo.* ¿Ha deseado usted ó ha conseguido alguna mujer que no sea la suya?

Teodulio exclamó con sinceridad:

— ¡No! de ninguna manera. ¡Engañar á mi pobre mujer! ¡Faltarle! Ni por asomo. ¡Ni pensarlo! Estoy seguro.

Calló, reflexionando, como si una duda le sobrecogiera, y luego dijo, menos calurosamente:

— Cuando voy á la ciudad, á veces, me llaman unas mujeres de una casa... y me hacen subir... Todo en broma... para divertirme un poco... y ha-

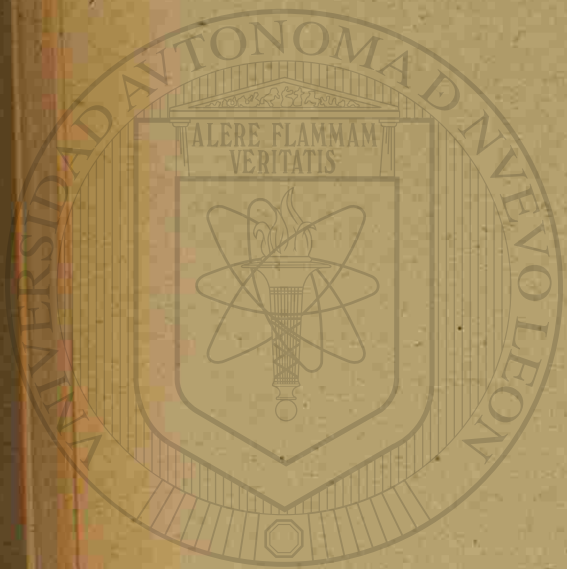
cer comparaciones... Pero pago, señor cura, ¡pago siempre! Y en cuanto doy la moneda... ni visto ni oído... Allí no ha pasado nada...

El sacerdote, creyendo prudente no insistir, le absolvió.

* * *

Teodulio Sabot, carpintero, hace la obra del coro y comulga todos los meses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

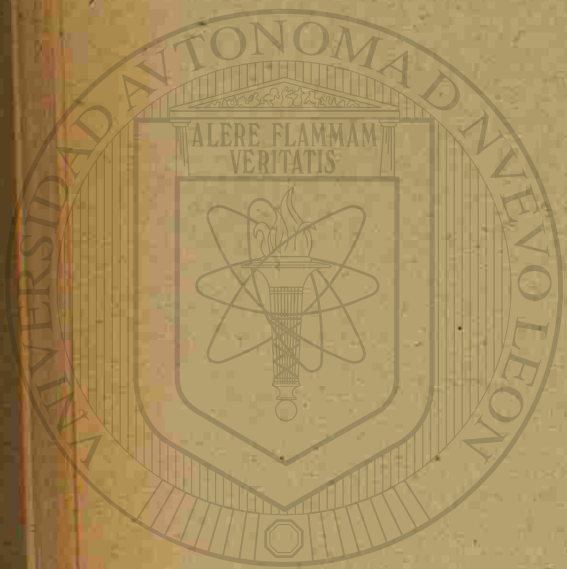


HISTORIA TRISTE

Los huéspedes entraban poco á poco en el comedor inmenso del Hotel, ocupando cada uno su puesto. Los mozos empezaron á servir, lentamente, mientras los rezagados iban aproximándose, para llegar á punto; y los asiduos del establecimiento, los veteranos de aquellas aguas, miraban con interés cuando la puerta se abría, esperando que un rostro nuevo se presentara.

Es el mayor entretenimiento; se aguarda la hora de la comida para conocer á los nuevos huéspedes, imaginando lo que son, lo que hacen, lo que piensan. Se ansían sorpresas agradables, relaciones divertidas, amoríos tal vez. En la vida monótona de un balneario, los compañeros de viaje ó estancia, los desconocidos, nos preocupan grandemente. Despierta la curiosidad, y el deseo de tratarse aguza el interés de cualquiera.

Se tienen antipatías de una semana y amistades



HISTORIA TRISTE

Los huéspedes entraban poco á poco en el comedor inmenso del Hotel, ocupando cada uno su puesto. Los mozos empezaron á servir, lentamente, mientras los rezagados iban aproximándose, para llegar á punto; y los asiduos del establecimiento, los veteranos de aquellas aguas, miraban con interés cuando la puerta se abría, esperando que un rostro nuevo se presentara.

Es el mayor entretenimiento; se aguarda la hora de la comida para conocer á los nuevos huéspedes, imaginando lo que son, lo que hacen, lo que piensan. Se ansían sorpresas agradables, relaciones divertidas, amoríos tal vez. En la vida monótona de un balneario, los compañeros de viaje ó estancia, los desconocidos, nos preocupan grandemente. Despierta la curiosidad, y el deseo de tratarse aguza el interés de cualquiera.

Se tienen antipatías de una semana y amistades

íntimas de un mes; todo se presenta distinto, con una óptica especial. Se les reconocen de pronto á los hombres, á la sombra de los árboles, junto al manantial, méritos valiosísimos; y al cabo de un mes, olvidanse tan encantadoras revelaciones de una breve temporada.

También se contraen, á veces, con facilidad en los balnearios, relaciones duraderas y profundas. Viéndose á todas horas, durante algunos días, no es difícil penetrarse y escudriñar en las almas. Luego, se recuerdan con gusto los primeros encuentros, los primeros lazos amistosos, las primeras conversaciones que motivaron la simpatía, las primeras miradas que preguntaron y respondieron lo que no debían aún precisar con palabras los labios, las primeras confianzas cordiales, y el placer incomparable de abrir el corazón á otra persona que, por sorpresa, nos ha mostrado el suyo.

*
**

Aquella tarde, como todas las tardes, aguardábamos en el comedor la presencia de bañistas nuevos.

Llegaron solamente dos, muy extraños: un padre y su hija. Me parecieron, de pronto, personajes de un cuento de Edgardo Poe; y sin embargo, había en ellos un atractivo; los imaginé víctimas de la Fata-

lidad. El hombre era muy alto, flaco, encorvado, con los cabellos blancos, demasiado blancos para su fisonomía, joven aún; en su porte y en sus modales había cierta gravedad, algo de austero, propio de protestantes. La mujer tendría de veinticuatro á veinticinco años, y era pequeña, delgada también, muy pálida, con el aspecto de una persona rendida y abrumada. Se hallan con frecuencia criaturas así, que parecen muy débiles para soportar los trabajos y las exigencias de la vida, muy débiles para moverse, agitarse y hacer cuanto hacemos los demás, diariamente, sin fatigarnos. Tenía la belleza diáfana de las apariciones celestiales; comía lentamente; al parecer, la costaba un esfuerzo accionar; sin duda era la enferma.

Hallándose frente por frente conmigo, reparé pronto en el padre un movimiento repetido muy singular.

Cada vez que se proponía coger un objeto, su mano, rápidamente, recorría un camino quebrado, en zigzag, en vez de ir por derecho á lo que deseaba. Este movimiento me fatigó de tal manera, que hice cuanto pude para mirar á otra parte, volviendo la cabeza con disimulo.

Reparé que la niña no se había quitado el guante de la mano izquierda.



Después de comer, salí á pasear en el parque del establecimiento. Estábamos en un rincón de la Auvergnia, en Châtel-Guyon, hundido en un desfiladero, al pie de la gigantesca montaña, de aquella montaña que ofrece tantos manantiales hirvientes, nacidos en el profundo centro de muertos volcanes. Lejos, encima de nosotros, los cráteres extinguidos alzaban sus cuellos truncados, en las cumbres de la extensa cordillera; porque Châtel-Guyon está situado en los comienzos del país de los cráteres; más

allá se divisa el de los picos, y más lejos aún el de las cortaduras. Puy de Dôme es el más alto de los volcanes muertos, el pico de Saucy el más airoso de los picos, y la cortadura de Cantal es la mayor de las cortaduras.

Hacía mucho calor aquella tarde. Andaba yo por el paseo, bajo los árboles, mientras la música del Casino lanzaba sus primeros acordes.

En dirección contraria, con paso lento, vi llegar al padre y á la hija; saludé al cruzarme con ellos, con la cortesía que se guardan los compañeros de hotel en los balnearios. El hombre se detuvo y me preguntó:

—¿Podría usted, caballero, indicarme alguna excursión breve y agradable? Perdone mi libertad.

Me ofrecí á llevarlos á un valle por donde corre un arroyuelo, un valle profundo, estrecha garganta entre dos rápidas vertientes cubiertas de árboles.

Aceptaron, y la conversación comenzó, naturalmente, por la virtud que tenían aquellas aguas minerales.

—¡Oh!—dijo el hombre—mi pobre hija padece una enfermedad que los médicos no definen. La dan ataques nerviosos incomprensibles. Ya la suponen enferma del corazón, ya del hígado, ya observan síntomas de un reblandecimiento medular. Ahora,

lo atribuyen al estómago, la gran caldera y el gran regulador del organismo. Por eso vinimos. Yo achaco todo el mal solamente al sistema nervioso; pero sea lo que sea, resulta una cosa muy triste.

De pronto recordé los angulosos movimientos de su mano, y dije al hombre:

—¿No será una dolencia hereditaria? ¿No padece usted algún desequilibrio de los nervios?

Y me respondió tranquilamente:

—¿Yo? Nunca. Nunca me han molestado.

Y después de un silencio breve, prosiguió:

—Sin duda usted alude al movimiento indeciso de mi mano, al coger algún objeto. Proviene de una emoción terrible. ¡Figúrese usted que á esta criatura la enterraron viva!

Un «¡Ah!» de sorpresa y espanto fué mi única respuesta; no encontré palabras.

* * *

Y el hombre continuó:

—Vea usted cómo. La cosa es muy sencilla. Julia padecía terribles accidentes. La creíamos enferma del corazón, temiéndolo todo.

Un día, nos la trajeron fría, inanimada. Se había desmayado en el jardín. El médico nos dijo que se

hallaba muerta, y certificó la defunción. La velé dos noches y un día, la puse yo mismo en el ataúd y acompañé su entierro, depositándola en el sepulcro de mi familia. Estábamos en el campo, en Lorena.

Yo había decidido que fuera enterrada con sus joyas, pulseras, pendientes y sortijas: todos mis regalos; y la vestí con su primer traje de baile.

Imagínese usted cuál sería el abatimiento de mi espíritu al volver á mi casa. Desde mucho antes era yo viudo, y no me quedaba otro cariño en la tierra. Me hallé solo, enloquecido, y caí sobre un sillón, extenuado, sin fuerzas para sentir ni para moverme siquiera. El dolor me había devorado.

Mi viejo ayuda de cámara, Próspero, que me ayudó á vestir y amortajar á la niña, preguntóme:

—¿Quiere tomar alguna cosa el señor?

Con la cabeza, hice una señal negativa. El insistió:

—Enfermará. Necesita un poco de alimento; necesita descanso. ¿Quiere que le ayude á acostarse?

Yo, entonces dije:

—No; déjame.

Y Próspero se fué, sin pisar apenas.

Ignoro cuántas horas pasaron ¡Qué noche; qué noche aquella! Hacía mucho frío y se apagó la chi-

menea: un viento glacial azotaba los cristales con siniestro y acompasado mugido.

¿Cuántas horas pasaron? Sin dormir, abrumado, con los ojos abiertos, las piernas caídas, el cuerpo lacio y el alma embrutecida por la desesperación, ya ni me daba idea del tiempo. De pronto, la campana del vestíbulo sonó.

Aquel tintineo me produjo tan brusca sacudida, que hice crujir el sillón. Las vibraciones del metal resonaban como en una caverna. Miré el reloj. Eran las cuatro de la madrugada.



¿Quién podría llamar á tales horas?

Y, la campana sonó repetidamente, con insistencia. Los criados no se levantaban, y cogiendo una luz, bajé. A punto estuve de preguntar «¿Quién llama?»; pero avergonzándome de aquella cobardía, al descerrar los cerrojos, mi corazón palpitaba con angustia. Cuando abrí, se ofreció á mi vista una forma blanca, indefinible...

Retrocedí, balbuceando:

—¿Quién va? ¿quién eres?

Y una voz muy dulce me respondía:

—Yo, padre mío.

¡Ella! ¡Fué para volverse loco! Retrocedí más y más, pero sin volver la espalda, y hacía con la mano, para espantar la visión, ese movimiento que usted ha visto, y que me ha quedado para siempre.

La sombra me dijo entonces:

—No temas, papá; no he muerto. Iban á mi tumba para robarme las joyas; y, como un anillo no salía, me han cortado un dedo: la sangre ha corrido, he despertado, y aquí estoy.

En efecto, su mano sangraba todavía. Caí á sus pies deshecho en lágrimas, ahogado por los sollozos.

Cuando pude ordenar mis ideas y mis emociones, pero sin comprender aún claramente aquella



dicha terrible, subí á la sala con Julieta y la hice sentar en un sillón; luego llamé á Próspero para que nos encendiera lumbre y buscara todo lo necesario.

Entró y al ver á la niña, horrorizado, convulso, abriendo la boca de par en par, como si le faltara el aire, desplomóse.

No esperaba encontrar allí á su víctima. Seguro de que nunca sospecharía yo de su fidelidad, habiendo cometido el robo, ni cuidó siquiera de volver á enterrarla.

*
*
*

Calló. La noche hundía en sombras el valle solitario y triste, y un espanto incomprensible se apoderaba de mí, al sentir cerca, en aquel sitio apartado y á una hora llena de misterio, el espectro de la resucitada y el temblor nervioso de su padre.

Sólo supe decir:

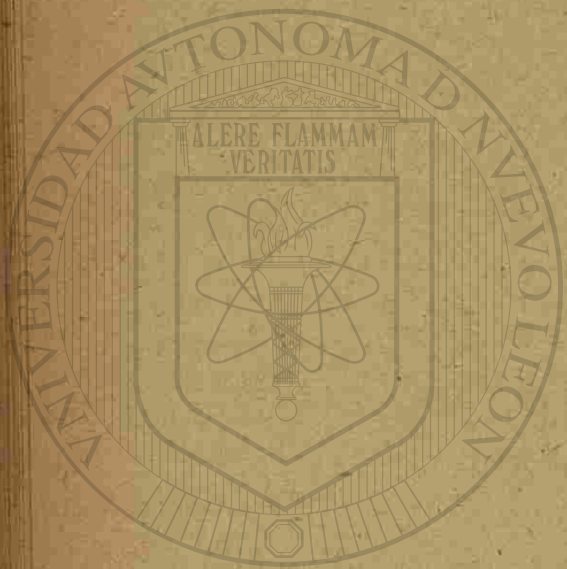
—¡Qué desgracia!

Y al poco rato, sin haber conseguido tranquilizarme, añadí:

—Hace fresco; sería cosa de retirarse ya...

Y volvimos al Hotel, pasó á paso.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FINI! UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L.

EL conde de Lormerin acababa de vestirse. Dando un último vistazo al colosal espejo que cubría una pared entera de su tocador, sonrió.

Aún era un gallardo mozo, á pesar de su cabellera gris. Esbelto, alto, elegante, sin barriga, con la cara enjuta y los bigotes de un color dudoso, que pudiera suponerse rubio, tenía el porte, la nobleza, la distinción, la galanura que diferencian á un hombre de los otros más que los millones.

Reflexionando: — «¡Lormerin se defiende todavía!» —, entró en el salón donde le aguardaba la correspondencia.

Sobre su escritorio, donde todo estaba en su lugar, muy bien ordenado — escritorio de un hombre que no escribe ni trabaja —, yacían diez ó doce cartas y cuatro periódicos de ideas diferentes. Empujando las cartas con un dedo, como un jugador que tiende con habilidad la baraja, puso todos los sobrescritos

á la vista. Y contempló detenidamente los rasgos de la escritura en todos, lo cual hacía todas las mañanas antes de abrir los sobres.

Era para Lormerin un momento delicioso de promesas, de adivinación, de angustia suave. ¿Qué dirían aquellos papeles cerrados y misteriosos? ¿Qué placeres, qué dichas ó qué tristezas guardaban? Abarcándolos con una mirada, reconociendo en algunos el carácter de letra, los clasificaba en dos ó tres grupos, conforme á lo que se prometía. Los amigos á un lado, los indiferentes después, los desconocidos para lo último. Los desconocidos le abrumaban un poco. ¿Para qué se dirigirían á él? ¿Quiénes eran? ¿Qué manos trazaron aquellos caracteres insinuantes, portadores de promesas dulces ó de amenazas?

Aquel día, un sobre le preocupó mucho. Su letra, sencilla y clara, prestábase mal á novelescas interpretaciones, y sin embargo le llenaba de zozobra. Meditó. «¿De quién será? Recuerdo este carácter de letra y no lo reconozco.»

Cogiéndola pulcramente, acercádosela bastante al rostro, quiso leer algunas palabras al trasluz antes de abrirla.

Después la olió. Tampoco el perfume aclaraba sus dudas. La observó con una lente que tenía para

estudiar, agrandándolos, algunos perfiles dificultosos. Nada conseguía, y sus inútiles investigaciones le descorazonaban. «¿De quién será? No acude á mi

memoria y estoy seguro

de haber leído mu-

chas veces car-

tas de la mis-

ma letra. La

mano que la

trazó es una

mano amiga.

Muchas veces

leí sin duda...

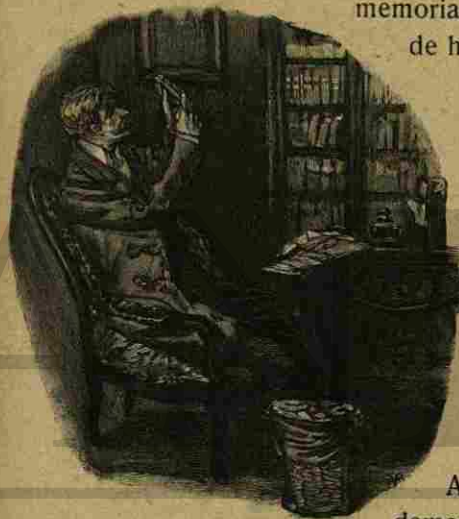
Pero hará mu-

cho tiempo...

¡mucho tiempo!

Abrámosla, ¡qué

demonio!»



Y, rasgando el sobre, leyó:

«Mi estimado amigo: Usted me habrá olvidado sin duda. Son muchos, para recordar á una mujer, veinticinco años de ausencia. Cuando nos despedimos, yo era joven, y me alejaba de París acompañando á mi marido, á quien usted llamaba *mi hospital*. ¿Se acuerda? Murió hace seis años, y

vuelvo á París para casar á mi hija, porque tengo una hija, una hermosa mujer de veintiocho años, á la cual no ha conocido usted nunca.

»Me han dicho que usted continúa siendo galante y buen mozo como siempre, que aún le llaman *el gallardo Lormerin*. Si quiere usted recordar á Elisa, la que usted llamaba Lili, véngase á comer esta noche con ella, y no le asusten sus cabellos blancos, ni encontrar su rostro risueño, trocado en el semblante rugoso de la baronesa de Vauce, la fiel amiga que, á un tiempo satisfecha y turbada, ofrecerá su mano á la mano del amigo, ya no á los labios del amante, ¡mi pobre Jacobo!

ELISA DE VAUCE.»

El corazón de Lormerin palpitaba furiosamente. Hundido en el sillón con la carta sobre las rodillas la contemplaba, crispado por la sorpresa, por la tortura, por el desencanto, que hacían asomar á sus ojos ardientes lágrimas.

¡La mujer que más adoró en su vida! Lili, Elisa de Vauce, la que llamaba en sus ternuras *Flor-de-rescoldo*, á causa del color inverosímil de sus cabellos y del pálido gris de sus ojos. ¡Tan suave, tan delicada, tan divina! La sutil y primorosa baronesa, mujer de un anciano gotoso y granujiento, que

desapareció de París para ser encerrada, secuestrada por su marido, el cual sentía celos devoradores, celos del gallardo Lormerin.

El gallardo Lormerin la quería con toda su alma, y ella debió quererle mucho. Ella le llamaba *su Jacobo*, ¡y lo decía de una manera deliciosa!

Mil recuerdos lejanos y adorables renacían tristes y dolorosos. Una vez se le había presentado al salir de un baile, y se fueron al bosque de Bolonia; ella lujosamente vestida, con amplio escote, y él con batín de casa. Era una hermosa noche primaveral, apacible, serena. El perfume del vestido embalsamaba el ambiente, y al perfume del vestido uníase también el perfume de la carne deliciosa. ¡Qué noche! Junto al silencioso lago, viendo filtrar á través del ramaje los rayos de la luna, ella no pudo contener sus lágrimas. Inquieto Lormerin, indagó la causa de su llanto, y ella dijo:

—No lo sé. La luna, el agua, el silencio, me conmueven. Es... la poesía de la Naturaleza que me hace llorar.

Sonreía el amante, á su vez conmovido, juzgando trivial y encantadora la inesperada emoción de una mujer, de una débil mujer, sensible á todo, que tan fácilmente se altera. Y la besó apasionado mientras murmuraba:

— ¡Lili; Lili mía; eres deliciosa!
¡Qué idilio amoroso, delicado



y breve! ¡Pasó como un relámpago; interrumpióse de pronto, con violencia, en lo más delirante de los deseos! ¡El marido, celoso, estúpido, escondió á su mujer, para no mostrarla jamás á nadie, para que nadie volviese á verla desde aquel día!

Los olvidos acosan, y las mujeres reemplazan con facilidad á las mujeres en el corazón de un hombre joven y gallardo; ¡el recuerdo se defiende mal contra nuevas tentaciones! Lormerin olvidó á Lili, pero su

olvido no borró por completo la imagen deliciosa que había grabado en su alma un profundo, un insaciable goce amoroso. Al ver la carta lo comprendía.

Levantóse diciendo en voz alta:

— Iré á comer con ella esta noche.

Y, maquinalmente; miró al espejo para examinarse de pies á cabeza, pensando: «Habrá envejecido mucho; sin duda más que yo.»

Le satisfacía presentarse aún gallardo y brioso, asombrándola, enterneciéndola y reverdeciendo en la memoria de aquella mujer dichas pasadas, goces lejanos, ¡muy lejanos!

Abrió las otras cartas. Ninguna era importante.

Todo el día estuvo preocupado, queriendo imaginarse la escena que se preparaba. ¿Cómo la encontraría? ¡Una sorpresa muy agradable volver á verse, á los veinticinco años de fecha! Era posible... que ni la reconociera.

Acicalóse atendiendo á minuciosidades verdaderamente femeninas. Con frac, el chaleco blanco le daba un aspecto más juvenil; se puso un primoroso chaleco blanco. El peluquero fué á peinarle, domando con las tenacillas la bien conservada cabellera; y muy temprano aún se dirigió á casa de la baronesa para mostrarle su mucha solicitud.

Lo primero que vió al entrar en una sala preciosa, cuyos muebles eran todos nuevos y elegantes, fué su propio retrato, una fotografía borrosa ya, que recordaba su época triunfante, colgada en la pared, luciendo un magnífico marco de antigua seda.

Tomó asiento. Una puerta se abrió á su espalda, y al volverse, levantándose precipitado, vió á una respetable señora que le tendía las manos.

Las oprimió, las besó con mucho afecto; y luego, alzando la cabeza, contempló á su amiga.

Sí; era una señora respetable—á la cual no hubiera conocido—una señora que le miraba sonriendo con pujos de llorar.

El, no pudo contener una exclamación:

—¿Usted... Elisa?

La baronesa dijo:

—Sí; Elisa; lo soy, aun cuando no lo parezco. Usted no me conocería. ¡He sufrido tanto, tanto!... El sufrimiento me consumió... Ya lo ve... Míreme... O, no me mire, prefiero que no me vea... Usted, en cambio, se mantiene joven. Si le hubiera encontrado en la calle, después de veinticinco años, le reconociera sin duda, gritándole: «¡Jacobó!...» En fin... Siéntese y hablemos de otros asuntos. Llamaré á la niña... ¡la niña! ¡Es una mujer! Ya verá usted cuánto se me parece; digo, cuánto me parezco... No,

no... ¡Cuánto se parece á... Lili! Procuré que no presenciara el encuentro, la sorpresa... las emociones deladoras... Todo ha pasado ya. Siéntese, amigo mío.

Sentóse junto á ella, cogiéndole una mano; pero no sabía qué decirle, no sabía cómo empezar ante aquella desconocida, una señora que no se relacionaba en absoluto con el recuerdo grato de Lili. ¿Cómo fué á la casa? ¿De qué hablaría? ¿De lo pasado? ¿Cómo referirlo al presente? Además, la memoria no le ayudaba en presencia de una pobre mujer envejecida. Ya no recordaba siquiera los detalles amorosos, insinuantes, conmovedores, que al recibir la carta, revolotearon en su imaginación, presentándole á la enamorada Lili, á la ideal *Flor-de-rescoldo*. ¿No aparecería ya nunca la otra, la inolvidable y adorada, el ensueño lejano, la rubia inverosímil de ojos grises, que le llamaba «¡Jacobó!» de una manera deliciosa?

Hallábanse juntos, inmóviles, turbados y sumergidos en una inquietud profunda.

Como su conversación languidecía entre insulsa frases, la baronesa tocó un timbre, diciendo:

—Llamo á Luisa.

Oyóse cerrar una puerta, luego, rumores de faldas, después una voz juvenil que preguntaba:

—¿Quieres algo, mamá?

Lormerin, asombrado ante aquella deslumbrante aparición, balbució:

—Señorita...

Y dirigiéndose á la madre:

—¡La reconozco! ¡Es igual!

Era *la otra*, en efecto; era Lili resucitada. Era la que veinticinco años antes le arrebataron. Y aparecía como aquella noche, acaso más fresca, más encantadora, más atrayente...

Tuvo tentaciones de oprimirla entre sus brazos, diciéndole al oído: —«Lili, Lili mía; ¡eres deliciosa!»

Un criado anunció:

—La señora está servida.

Y pasaron al comedor.

¿Qué le dijeron y qué respondió él mientras comían? Era un delirio extraño que rayaba en locura. Mirando á las dos mujeres, observándolas, comparándolas, una turbación inexplicable y dolorosa le hacía preguntarse:

—¿Cuál es la verdadera?

Y en los ojos claros de la hija encontraba sus recuerdos. Veinte veces abrió la boca para decirle:

—«¿Se acuerda usted, Lili...?», olvidando á la señora, de cabellos blancos y rostro marchito que le contemplaba enternecida.

Y, á pesar de todo, por momentos, dudando, perdía la razón. La mujer que tenía delante no era la de otros tiempos. En la mirada, en la voz de aquella, hubo un algo, una vibración que al presente no advertía. Y su esfuerzo para recordar lo que no resucitaba, era inútil.

Dijo la baronesa:

—Le veo á usted más reposado. Ha perdido usted su actividad avasalladora, ¡pobre amigo!

El conde murmuró:

—¡He perdido mucho más!

Pero, en su corazón, de pronto remozado, sentía como una dentellada, el despertar brioso de un amor largo tiempo adormecido.

La muchacha no dejaba de hablar, expresiva y resuelta. Ciertas entonaciones, algunas frases, la manera de pensar y decir, una semejanza en los gestos que se comunica fácilmente á los que viven siempre juntos, crispaban á Lormerin, estremeciéndole de pies á cabeza. El menor detalle, todo acrecía el fuego de su pasión importuna.

Escapó temprano de aquella casa, dando un paseo por el bulevar con ánimo de distraerse; pero la imagen de aquella mujer le perseguía, le obsesionaba, produciéndole fiebre; como una vieja herida que de pronto se abre otra vez. Lejos ya de las dos

mujeres, veía una sola, joven, amante, como lo fué aquélla, y la deseaba con todos los ardores juveniles,



como si no hubieran transcurrido veinticinco años.

Refugiado en su casa, meditó la manera de remediar su obsesión extraña y terrible.

Pero, al cruzar con una bujía en la mano frente al espejo —el colosal espejo donde

se había contemplado antes de salir—,

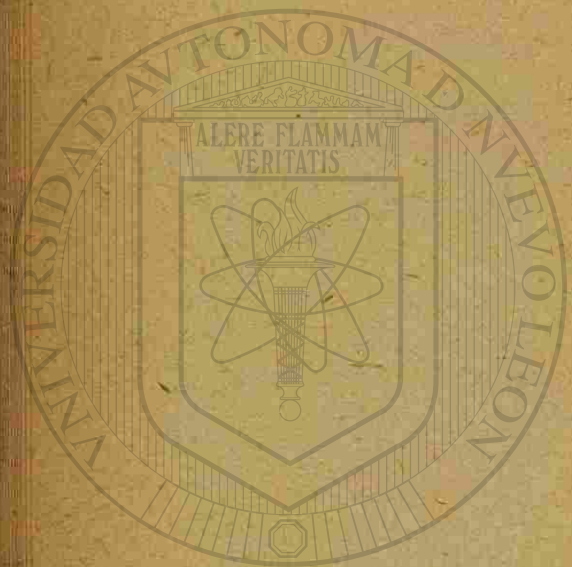
viendo la figura de un hombre macilento y decaído, la comparó al mozo gallardo que adoraba la hermosura de Lili, al joven impetuoso que Lili adoraba...

Entonces, acercando á su rostro la luz, observóse con detenimiento, como se analiza en el microscopio algo desconocido y sorprendente. Descubrió las canas de su bigote y las arrugas de su rostro, de su cuello; ¡todos los estragos de la edad!

Y sentándose abatido, ante su propia imagen, dijo con angustia:

—¡Esto acabó!





DIARIO DE UN ENFERMO

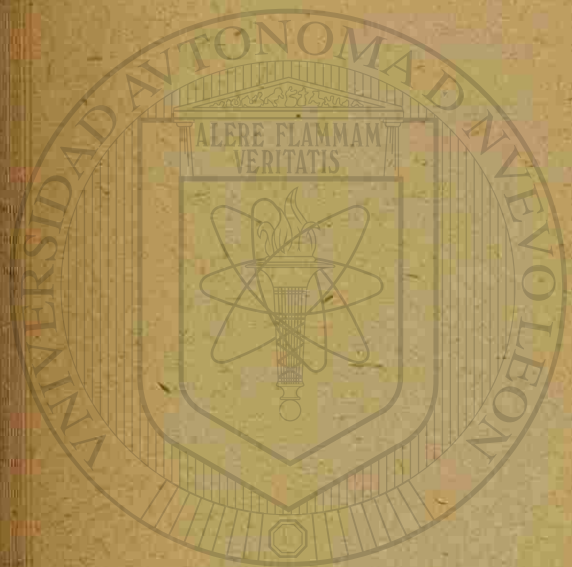
ACABABA de tomar posesión de mi cuarto en el hotel, jaula estrecha, separada solamente de las contiguas por dos tabiques de papel, que dejaban pasar todos los ruidos próximos; y arreglaba en el armario de espejo mis trajes y mi ropa, cuando al abrir un cajón, vi en él un cuaderno arrollado. Lo cogí, lo examiné, y saltó á mis ojos este título:

MI DIARIO

Era el diario de un huésped, del último que había ocupado aquel camarote, y que sin duda lo dejó allí por olvido.

Sus apuntes pueden parecer interesantes á las personas prudentes y ordenadas que no abandonan jamás su hogar. Para éstas copio el manuscrito puntualmente.

*
**



DIARIO DE UN ENFERMO

ACABABA de tomar posesión de mi cuarto en el hotel, jaula estrecha, separada solamente de las contiguas por dos tabiques de papel, que dejaban pasar todos los ruidos próximos; y arreglaba en el armario de espejo mis trajes y mi ropa, cuando al abrir un cajón, vi en él un cuaderno arrollado. Lo cogí, lo examiné, y saltó á mis ojos este título:

MI DIARIO

Era el diario de un huésped, del último que había ocupado aquel camarote, y que sin duda lo dejó allí por olvido.

Sus apuntes pueden parecer interesantes á las personas prudentes y ordenadas que no abandonan jamás su hogar. Para éstas copio el manuscrito puntualmente.

*
**

«Châtel-Guyon, 15 de Julio.

La primera impresión es poco agradable, no es risueño este país. Sin embargo, he de pasar aquí veinticinco días para echar un remiendo al estómago, al hígado y enflaquecer un poco. Los veinticinco días de un agüista se parecen mucho á los veinticinco de servicio de un reservista; están llenos de molestias, de irresistibles molestias. Hoy, nada todavía. Acabo de instalarme, de conocer el país, de visitar al médico. Châtel-Guyon se compone de un arroyo de agua turbia, entre varios accidentes del terreno, en cuyas partes más elevadas aparecen el Casino, las casas y cruces de piedra.

En el fondo del valle, y á la orilla del arroyo, se ve una mole cuadrada, ceñida por un jardín: es el Establecimiento. Algunas personas, con triste aspecto, pasean alrededor del edificio: son los enfermos. Un gran silencio reina en las calles de árboles, bien sombreadas; porque ésta no es una residencia divertida, sino un verdadero balneario; aquí se viene con firme convicción, y el tratamiento cura, según dicen.

Personas competentes afirman que las aguas de aquí hacen verdaderos milagros. Sin embargo, no he visto *ex votos* colgados en las oficinas.

De cuando en cuando, una señora ó un caballero aproxímanse al kiosco, recubierto de pizarras, donde susurra el manantial, risueño y tenue, cuyas aguas, al caer en una pila de cemento, forman espuma. No se cruza ni media palabra entre los enfermos y la camarera del agua curadora. La camarera ofrece al paciente un vaso lleno, donde bailotean varias burbujas. El enfermo bebe y se aleja, para proseguir, á la sombra de los árboles, el paseo brevemente interrumpido.

Ningún rumor en el parque: ni se mueven las hojas; ninguna voz que turbe aquel silencio. Deberían poner á la entrada este rótulo: «Se viene á curarse, y no á divertirse».

Los que hablan, parecen mudos haciendo gestos con la boca para simular sonidos: tanto cuidan de no levantar la voz.

En el hotel reina igual silencio. Es un gran hotel donde se come gravemente, donde se hospedan muchas personas encopetadas que, al parecer, no tienen cosa que decirse. Sus modales revelan su distinción y sus rostros la superioridad que á sí mismos se conceden, y de la que sería difícil, á la mayor parte, dar alguna prueba.

A las dos subo al Casino, pequeña construcción de madera encaramada en un montecillo, á donde

se llega por senderos de cabra. Pero lo que se descubre desde arriba es admirable. Châtel-Guyon se halla en un valle muy estrecho, entre la llanura y la montaña. Descubro á la izquierda los bosques verdes, con algunas calvicies grisáceas, que recuerdan los antiguos volcanes del país. A la derecha, por la garganta angosta del valle, descubro una llanura infinita como el mar, sumergida en brumas azuladas, que velan casi por completo los caseríos, los campos dorados por la cosecha madura y las praderas verdes.

Anochoce. Y, después de haber comido solitariamente junto á la ventana de mi cuarto, escribo estas líneas. Oigo á lo lejos la minúscula orquesta del Casino, ejecutando bailes, como un pájaro loco trinaría en el desierto.

Ladra un perro de cuando en cuando. Es agradable la tranquilidad nocturna. Me parece bien. Hasta mañana.

16 de Julio.—Nada. He tomado un baño y una ducha después; he bebido tres vasos de agua, y he paseado á la sombra de los árboles. Quince minutos entre vaso y vaso; después del último, he paseado media hora. Es el primero de mis venticinco días.

17 de Julio.—He descubierto á dos bonitas muje-

res, misteriosas, que acuden al baño y salen al comedor las últimas, para evitar acaso la presencia de otras gentes.

18 de Julio.—Nada.

19 de Julio.—He vuelto á ver á las dos bonitas mujeres. Son elegantes y tienen además un *no sé qué* atractivo y seductor.

20 de Julio.—Largo paseo á través de un lindo valle con mucho arbolado hasta la ermita de Sans-Souct. Es una tierra encantadora, muy triste, pero muy tranquila, muy dulce, muy verde. Se cruzan en los caminos montañosos las carretas cargadas de heno que dos bueyes arrastan á paso lento al subir las cuestas, ó las retienen, con gran estremecimiento de sus testuces, al bajarlas. Un hombre, con sombrero negro de anchas alas, las guía con una vara y un aguijón que les clava en la frente; con frecuencia, un solo movimiento le basta para detenerlos cuando el mismo peso les hace apresurar la marcha en las pendientes.

Da gozo respirar el aire puro del campo. Está impregnado el ambiente del olor propio del ganado vacuno, que resulta saludable y nada molesto.

21 de Julio.—Excursión al valle de Euval. Es una garganta estrecha, encerrada entre grandes rocas,

al pie de la montaña. Un arroyuelo se desliza y lo cruza.

Oí voces femeninas, y al instante se me aparecieron las dos mujeres misteriosas de mi hotel, que hablaban, descansando sobre un pedrusco.

La ocasión me pareció magnífica, y avancé sin vacilar.

Contestaron á mi saludo finamente. Volvimos juntos. Hablamos de París; sin duda, ellas conocen á muchos de mis amigos.

Las veré de nuevo mañana. La casualidad me favorece.

22 de Julio.— He pasado toda la tarde con mis desconocidas, que son deliciosas: una, morena, y la otra, rubia. Se presentan como viudas.



¿Qué será ello?

Me ofrecí á llevarlas mañana á Royat, y aceptaron.

Châtel-Guyon es menos triste de lo que supuse á mi llegada.

23 de Julio.—Día pasado en Royat. Es un amasijo de hoteles en el fondo de un valle, cerca de Clermont-Ferrand. Mucha gente. Un parque muy hermoso y concurrido. Soberbio paisaje.

Mis compañeras llaman la atención; esto me satisface. Cuando vamos con una mujer encantadora, sus éxitos nos enorgullecen, y más aún, cuando vamos con dos mujeres igualmente bellas. Nada tan agradable como sentarse á una mesa de restaurant concurrido, junto á una mujer que se hace admirar.

Ir al paseo de coches en uno de plaza, tirado por un jamelgo, y salir á la calle acompañando á una mujer desagradable, son las desgracias que más humillan á un hombre delicado, á quien impresiona la opinión de los demás. De todos los lujos, la mujer es el máspreciado, el más distinguido, el más costoso y el que despierta más envidias. Por esto es el que más nos complace y el que ostentamos con más gusto públicamente.

Presentarse con una seductora mujer apoyada en el brazo, es decir á todo el mundo: «Ved; soy

rico, porque poseo un objeto muy costoso; tengo buen gusto, como lo acredita esta joya. Es posible que me quiera un poco, y no será difícil que me engañe, lo cual probaría, en todo caso, que muchos me la disputan.»

Pero, ¡qué vergüenza servir de acompañante á una mujer desapacible!

¡Y cuántas miserias deja entrever esta difícil situación!

En principio, la suponen vuestra mujer legítima. ¿Cómo pensar que tengáis una querida inadmisibile? Una verdadera esposa puede ser mal fachada y fea, pero esto supone mil circunstancias que honran poco al hombre. Lo primero que los curiosos discurren es juzgarle notario ó magistrado, las dos profesiones que tienen la primacía en señoras grotescas y acaudaladas. ¿No es una vergüenza esto? Y, además, parece ir pregonando que tiene todo el heroísmo necesario, unido á la obligación legal, para besar y acariciar un rostro ridículo y un cuerpo mal formado; y se le supone todo el impudor preciso para convertir en madre á una marmota, lo cual es el colmo del ridículo.

24 de Julio.—No me aparto de las dos mujeres desconocidas, á las cuales voy conociendo ya perfectamente. Me resulta delicioso este país. El hotel,

magnífico. Hace un tiempo admirable. Las aguas me producen efectos maravillosos.

25 de Julio.—Paseo en carruaje descubierto al hermoso lago Tazenat. Expedición exquisita, inesperada; lo convinimos á la hora del almuerzo. Nos levantamos bruscamente de la mesa para tomar el coche.

Después de un largo viaje, atravesando montañas, descubrimos de pronto un lago admirable, pequeño, redondo, azul, transparente como un cristal, dormido en la cavidad de un viejo cráter. Una orilla es árida, pedregosa; la otra fértil, llena de árboles. Entre los árboles hay una casita donde vive un hombre afectuoso y culto, que nos da hospitalidad en aquel retiro virgiliano. Se me ocurre una idea: «¿Si nos bañáramos?» Ellas dicen: «Muy bien. Pero, ¿los trajes?»

¡Los trajes! ¡Bah! Estamos en el desierto...

Y se bañan ellas también.

Si yo fuese poeta describiría la visión imborrable de aquellos cuerpos jóvenes y desnudos en la transparencia del agua.

26 de Julio.—Muchos huéspedes miran con malos ojos la intimidad que me une á las viudas. Por

lo visto, hay personas que suponen preciso aburrirse, y no comprenden que se busque otra cosa en la vida, sino aburrimiento. Todo lo que divierte lo juzgan desatención, indelicadeza ó inmoralidad. Para estas gentes, la virtud impone leyes mortalmente fastidiosas.

Yo les diré, modestamente, que todas las religiones y todas las culturas tienen su modelo de virtud, que no se parece á las demás; que la ven de modo muy distinto los mormones, los árabes, los zulús, los turcos, los ingleses y los franceses, y, sin embargo, en todas las razas y en todos los pueblos hay honradez y gente virtuosa.

Citaré un solo ejemplo. En el caso especial de las mujeres, las inglesas lo son á los nueve años, mientras que las francesas no empiezan á serlo hasta los quince. Yo cojo de cada moral aquello que me sirve, y hago con todo, una, comparable á la del Santo Rey Salomón.

27 de Julio.—¡Buena noticia! He perdido 620 gramos de peso. ¡Excelente agua la del balneario! Acompañé á las dos viudas; cenaremos en Rión.

28 de Julio.—¡Pataplúm! Las dos viudas han recibido la visita de dos caballeros, que vienen á buscarlas. Sin duda serán dos viudos. Hoy, por la

noche, se irán. Me lo dicen por escrito, en un papel que me trae una doncella de la fonda.

29 de Julio.—¡Solo! Excursión interminable al viejo cráter de la Nachere. Soberbio panorama.

30 de Julio.—Nada. Continúo mi curación.

31 de Julio.—Idem. Idem.

Este delicioso país me parece bastante abandonado; lo cruzan abominables é infectos arroyos, pestíferos como cloacas. No hay manera de acercarse al hotel sin recibir sus perfumes; además, los criados aumentan la podredumbre con todos los desperdicios de la cocina. Un foco de cólera muy bien dispuesto.

1.º de Agosto.—Nada más que atender á mi curación.

2 de Agosto.—Excursión admirable á Chateau-Neuf, aguas para reumáticos; todo el mundo cojea. Nada tan cómico y risible como este pueblo de cojos.

3 de Agosto.—Nada. Continúo mi curación.

4 de Agosto.—Idem. Idem.

5 de Agosto.—Idem. Idem.

6 de Agosto.—¡Estoy desesperado! Acabo de pesarme, y engordé 310 gramos. ¿Qué significa esto?

7 de Agosto.—Sesenta y tres kilómetros en coche por la montaña. No apunto el nombre de la comarca por respeto á sus mujeres.

Me habían indicado esa excursión alabándomela mucho, y diciéndome que muy pocos la realizaban. Después de cuatro horas de camino llegué a un pueblo muy agradable, á la orilla del río, á la sombra de un espeso bosque de nogales. Nunca vi en Auvernia tantos nogales juntos.

Constituyen toda la riqueza del país, y son bienes comunales. Aquella tierra estaba, en otros tiempos, desnuda por unas partes y cubierta de zarzales por otras. El Ayuntamiento no sabía cómo hacer para que los vecinos la cultivaran. Apenas daba pasto á los corderos.

Y ahora es un bosque soberbio y productivo, gracias á las mujeres. Tiene un extraño nombre; se llama: «Los pecados del señor cura».

Es necesario advertir que las mujeres de lo alto suelen tener fama de ligeras... más ligeras que las de la llanura. Cuando un mozo encuentra en un camino á una mujer, por lo menos ha de darla un beso, y si no lo hace, le llaman tonto. Pensando bien, esta manera de juzgar es la única razonable. Teniendo la mujer por misión natural en las ciudades y en los campos agradar al hombre, justo es que haga el hombre algunas demostraciones para probar que la mujer le agrada. Si se abstiene ante una, significa esto que no le parece bien, cosa in-



juriosa para la infeliz. Si yo fuese mujer, no hablaría segunda vez al hombre que no se hubiera propasado á la primera, porque su recato me parecería una desatención á mi belleza provocativa y á mis encantos femeninos.

Tal vez por esto, los mozos de*** probaban con bastante frecuencia que las mujeres del país les parecían agradables y eran de su gusto, y el señor cura, no logrando corregir tan abundantes demostraciones de atención sexual, resolvió utilizarlas en provecho de la riqueza pública, imponiendo á las pecadoras que, por cada ligereza confesada, plantasen un nogal en las tierras comunales. Y todas las noches veíanse bajar por la colina, como fuegos fatuos, una porción de linternas, porque las pecadoras preferían hacer de noche su penitencia.

En dos años quedó el terreno cubierto de arbolillos, y ahora, más de tres mil soberbios nogales ofrecen sombra y fruto. Son los pecados que perdona el señor cura.

Cuando se buscan tantas maneras de repoblación forestal, acaso la idea del cura fuese aprovechable.

7 de Agosto.—Continúo mi curación.

8 de Agosto.—Preparó las maletas y las despedidas. Abandono este país encantador y tranquilo. Adiós, montañas verdes, vallés frondosos,

collados apacibles, Casino desierto, desde donde se descubren las brumas azuladas que visten la inmensa llanura...»

*
*
*

Y con esto acaba el manuscrito. No quise quitar ni añadir nada en él. Pero mis impresiones en este balneario han sido muy distintas de las de mi antecesor.

Tal vez porque yo no he tropezado aún con dos viudas encantadoras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CARR. 1025 MONTERREY, MEXICO

JUNTO AL LECHO

ARDÍA una gran fogata en la chimenea. Sobre la mesita estilo japonés, dos tazas, una frente a otra, esperaban que se inclinase sobre ellas la tetera humeante; junto al azucarero se alzaba una botella de ron.

El conde de Sallure dejó sobre una silla el sombrero, los guantes y el gabán de pieles, mientras la condesa, con el abrigo desabrochado, se arreglaba un poco el pelo ante un espejo. Sonreía dulcemente a su imagen, haciendo brillar en sus dedos las sortijas mientras acariciaba sus rizos, que le caían sobre las sienes.

Luego volvió hacia su marido la cabeza. El tenía clavados en ella los ojos, como si fuese víctima de una vacilación, como si un pensamiento íntimo le turbara.

Por fin, dijo:

—¿Te han galanteado mucho esta noche tus adoradores?

Ella, desafiándole con una mirada luminosa y triunfal, respondió:

—¡Ya lo creo!



Y se acercó á su taza. El tomó asiento junto á la suya, y mientras partía un bollito, prosiguió:

—La situación en que me pones, dime, ¿no es algo ridícula?

Ella preguntó secamente:

—¿Vas á darme quejas?

—No, hijita; sólo quiero decirte que ha estado un poco inconveniente á tu lado ese caballero, el señor de Burel. Si... si conservara yo mis derechos, no lo hubiera consentido.

—Sé una vez sincero: ahora no piensas como hace un año. La verdad; mudaste de parecer. Cuando supe que tenías una querida, una mujer idolatrada por ti, entonces te preocuparon poco, nada, mis pretendientes. Te dí mis quejas; te dije, como tú esta noche, pero con más razón: «Comprometes á la señora de Servy, me lastimas y me pones en ridículo.» ¿Recuerdas cómo respondiste? ¡Oh! Me respondiste que los matrimonios inteligentes eran libres, que sólo había en ellos una comunidad de intereses, un lazo social, pero no un lazo moral. ¿Es cierto? Me diste á entender que tu querida valía infinitamente más que yo, siendo más femenina y seductora; tú lo dijiste: ¡más femenina! Todo, naturalmente, dulcificado con fórmulas corteses, casi halagadoras, con todos los miramientos y sutilezas de un hombre bien educado. A pesar de todo, comprendí el verdadero sentido de tus palabras. Acordamos vivir juntos, pero distanciados. Teníamos un hijo: el único lazo que nos unía. Me dejaste adivinar que de mí sólo te

interesaban las apariencias. Sí; yo podía, si fuese mi gusto, tener un amante, siempre que mis relaciones guardaran el prudente secreto. Hablaste mucho, y muy bien, del talento que muestran las mujeres, de su delicadeza en asuntos amorosos, no comprometiéndolo en ellos la reputación de la familia. Te comprendí perfectamente, amiguito. Entonces querías mucho, mucho á la señora de Servy; mi cariño legítimo y mi ternura legal te molestaban. Creíste que yo atentaba contra tus derechos y tu libertad, disminuyendo tus goces. Nos acostumbramos á vivir distanciados. Ahora, vamos juntos á los salones, pero de regreso en casa, ya es otra cosa: nada tiene que ver el uno con el otro. Y hace cosa de un mes te muestras celoso. ¿Qué significa esto?

—No son celos, como tú supones; pero me asusta pensar que podrías comprometerte... Tu juventud y tu carácter apasionado...

—Si hablas de apasionamientos, recordaré...

—Te ruego que no insistas. Hablo como te hablaría un bondadoso amigo; y tú exageras mucho en todo lo que dices.

—No exagero nada. Tú mismo confesaste la pasión que te dominaba; por ti me cercioré de que tales relaciones existían, con lo cual me autorizabas para imitarte. No lo hice, sin embargo...

—Perdona que te interrumpa...

—Déjame hablar. No lo hice. No tuve un amante no lo he tenido... hasta hoy. Aguardo, elijo... ninguno me satisface. Hasta hoy no encontré lo que deseo... Un amante que valga más que tú. No dirás que no soy galante y considerada contigo...

—Creo inconvenientes ya esas bromas...

—No es broma. Me hablaste del siglo XVIII, dándome á entender que vivías al estilo de la regencia. No se me olvida. Cuando me convenga usar de mis derechos, cuando me plazca, entiéndelo bien, cuando encuentre un hombre á mi gusto, serás... lo que son tantos otros.

—¡Dices cosas intolerables!

—¿Qué digo? ¿Mi advertencia te parece intolerable? Pues bien reías cuando la señora de Gers dijo que Servy andaba como un... buscando sus cuernos.

—Lo que puede ser gracioso en boca de la señora de Gers, puede ser molesto en la tuya.

—No. Sucede otra cosa: que te parece muy natural que Servy sea... eso, y no te resignas á serlo tú. Cambia todo, según el punto de vista. La palabra importa poco; yo quería saber si estabas ya bien preparado...

—¿Para qué?

—Para... eso. El hombre que se molesta, se dis-

gusta con esos temores, ya está cerca... Dentro de tres meses, reirás cuando yo hable de un... predeterminado.

—Esta noche te complaces en resultar provocativa y desatenta. No me gusta verte así.

—¡Vaya! Si he perdido con el cambio, tuya es la culpa.

—Bien. Hablemos formalmente. Yo te ruego, te suplico, por lo que más quieras, que no autorices los asedios imprudentes del señor de Burel.

—Estás celoso. ¡Bien decía yo!

—No lo creas. Pero, lamentaría que hiciésemos un papel ridículo. Y si otra vez te habla ese caballero como esta noche, rozando casi tus mejillas con su boca...

—Lo decía tan quedo...

—¡Le daré un tirón de orejas!

—Tendría gracia que ahora... ¡estuvieras enamorado tú... de mí!

—No es ningún absurdo.

—Pero sería una lástima; porque no te quiero ya.

El conde se puso de pie, y acercándose á su esposa, le dió, sorprendiéndola, un beso en la nuca. Ella se levantó de un salto, y encarándose con él, dijo:

—Esas cosas acabaron entre nosotros; no estoy

para juegos. Vivimos completamente distanciados; todo acabó.

—No te disgustes. Hace algún tiempo que me pareces encantadora.



—Eso indica... eso quiere decir que va llegando el momento...

—Eso quiere decir que me fascinas, que me atraen tus encantos... Tienes unos brazos, un cutis, un escote...

—¿Ves? de todo eso me hablaba el señor de Burel, muy quedo...

—Eres terrible. Pero... No conozco mujer tan seductora como tú.

—¿Estarás en ayunas?

—¿Qué?

—Hombre, cuando no se ha comido, se tiene hambre, y el hambriento apechuga con todo. Hasta lo que se desprecia cuando se vive ahito, se devora cuando el hambre apura. Hoy... me hincarias el diente.

—¡Oh! ¡Margarita! ¿Quién te ha enseñado á expresarte así?

—Tú. Vamos á cuentas. Desde que acabaste con la señora de Servy, tuviste, que yo sepa, cuatro queridas, mujeres galantes ó de teatro. ¿A qué, sino á un ayuno prolongando, podré atribuir tus devaneos de ahora?

—Voy á serte franco; voy á confesarme brutalmente, sin ambages. Te deseo como nunca; en mí renace todo el amor que agonizaba...

—¡Oh! ¿Y quieres que volvamos á empezar?

—Sí; para que no acabe.

—¡Bah! Esta noche... ¿Ha de ser esta noche?

—Margarita, perdóname.

—Aguarda: entendámonos. Vivimos en la mayor

indiferencia, completamente separados. Tú eres libre, yo también, y cuando me decido á usar de mis derechos, me pides la preferencia. No tengo inconveniente: voy á concederte lo que deseas, al mismo precio.

—Explicate más.

—¿No comprendes? ¿Te parezco tan bien como esas damas galantes que son tus queridas?

—¡Mil veces mejor!

—¿No me adulas?

—Te lo juro.

—¿Y cuánto dinero te costó la más cara en un trimestre?

—No lo sé.

—Calcula: metálico, alhajas, cenas, teatro, etc. ¿Cuánto en total?

—No puedo calcularlo.

—Aproximadamente: cinco mil francos al mes.

¿Algo más?

—Casi, casi.

—Pues bien; dame quince mil francos y seré tuya durante un trimestre.

—¡Margarita! ¿Estás loca?

—Ya lo sabes; no puede ser de otro modo. Buenas noches.

La condesa recogió su abrigo retirándose; un

suave perfume impregnaba el ambiente de su alcoba. El conde la siguió:

—Huele muy bien tu cuarto.

—Pues uso la misma esencia de siempre.

—¿La misma? Cuando tú lo dices; pero me parece más agradable ahora.

—Es posible. Vete, que me quiero acostar.

—¡Margarita!

—Vete; no seas pesado.

El conde se había sentado en un sillón. Ella, exclamó:

—¿No te vas? Peor para ti.

Lentamente, se desnudaba; en corsé, levantó los brazos para soltarse el pelo frente al espejo. El conde se acercó resueltamente á ella, que le dijo con sequedad:

—¿Quieres enfadarme?

La cogió, la oprimió, y, sujetándola, se propuso darle un beso en la boca. Ella, echándose atrás, cogiendo una copa llena de agua, la vació sobre la cabeza de su marido, que murmuró rabioso:

—Haces una estupidez... resistiéndote así.

—No lo niego; pero ya sabes las condiciones: adelanta quince mil francos.

—No; sería más necio aún.

—¿Por qué razón?



—¿Te parece decente que un marido pague á su mujer los...

—¡Cómo discurre!

—Eres mi esposa; lo que te pido es justo.

Si es justo que me lo pidas, ¿por qué lo compras-te á esas mujeres?

—No hagamos extravagancias.

La condesa no cedía. Sentada en un diván, comenzó á quitarse las medias, apareció su pantorrilla sonrosada, y su diminuto pie se apoyó en la caliente alfombra.

El conde, acercándose á ella de nuevo, dijo con ternura:

—¿Qué ocurrencia tuviste?

—¿Cuál?

—Exigirme quince mil francos.

—Nada más justo. Somos libres los dos. Tú me deseas. No podemos casarnos, porque ya soy tu esposa. No queda más que un recurso: págame, como pagas á otra; y seguramente, otras, valiendo menos, te costarían más. Reflexiona. Ese dinero, en vez de ir á manos de una perdida, quedará en tu casa. Puesto que sólo te gustan los amores que te cuestan caros, hago valer el mío. Paga.

Nuestro amor legítimo tiene su tasa como los amores viciosos; tal vez así lo despreciarás menos.

Levantándose casi desnuda la condesa, dirigióse al tocador.

—Vete si no te parece aceptable mi proposición; vete, ó llamo á la doncella.

El conde, indeciso, humillado, la miró, y, bruscamente, arrojándole todo el dinero que llevaba en la cartera y en los bolsillos, gritó con rabia:

—Toma veinte mil. Ahí los tienes; cuéntalos bien, ¡arrastrada!

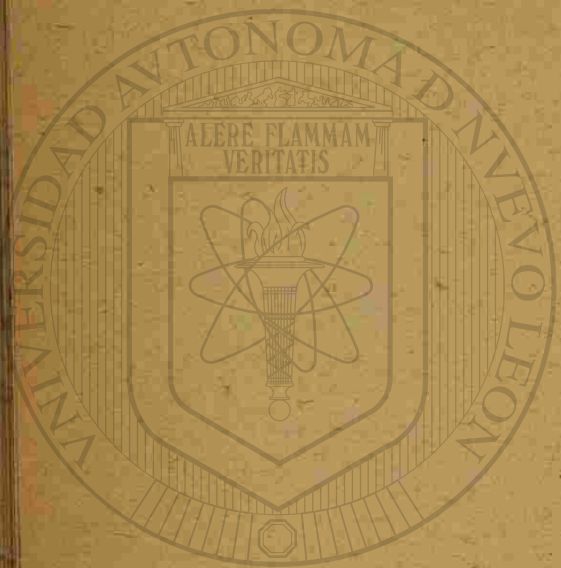
La condesa recogió los billetes y el oro tranquilamente, murmurando:

—¿Lo ves, hombre?

—Sí, lo veo; pero no te acostumbres.

Ella, riendo, muy satisfecha, se acercó á su marido:

—Te sobran cinco mil francos para otro mes. Cuando haya pasado ese tiempo, si no me pagas, tendrás que volver á tus mujeres galantes. Y te advierto que te pediré más dinero cuanto más apasionado te vea. A medida que aumente para ti la satisfacción, debe aumentar el precio.



ÍNDICE

	Págs.
Antón.....	5
El hombre-femenino	23
Un haragán.....	31
Escarmentado.....	45
El armario.....	59
El cuarto de la posada	69
Los prisioneros.....	85
Nuestros ingleses.....	109
El sistema de Roger.....	127
El secreto	137
La madre de los monstruos.....	153
La confesión de Teodulfo Sabot.....	167
Historia triste.....	183
¡Fin!.....	195
Diario de un enfermo.....	209
Junto al lecho.....	225



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 



UNAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BUARAMANGA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
DEPARTAMENTO DE FÍSICA

RECIBIDO
1980